

# LAS GLORIAS DE MARÍA

Primera parte:  
EXPLICACIÓN DE LA SALVE REGINA

POR  
SAN ALFONSO M.<sup>a</sup> DE LIGORIO  
Doctor de la Iglesia

DECIMA EDICION

TRADUCCIÓN DEL  
P. RAMÓN GARCÍA  
de la Compañía de Jesús

*Editorial* APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA  
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78  
[www.apostoladomariano.com](http://www.apostoladomariano.com)

ISBN: 978-84-7770-332-7

- Depósito legal: GR 1-1997

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

## NOTA DE LOS EDITORES

Razón tuvieron los ilustres jesuitas redactores de la «Civiltà Cattolica» en dejar en ella asentado que San Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio sobrepuja con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de estos últimos siglos. (B. A. C.: OBRAS ASCÉTICAS DE SAN LIGORIO, pág. 4.)

Respecto a *Las Glorias de María*, decía el P. Stocchi, S. J. que no están escritas con palabras, sino con fuego; y el cardenal Deschamps, que despiden tanta luz y rebosan tal unción, que no es posible leer una sola de sus páginas sin sentirse hondamente conmovido. (Ibid., pág. 516.)

Pero lo que mejor puede demostrar la aceptación que esta obra ha tenido entre los amantes de la Virgen es la cantidad de ediciones que han sido precisas para atender su demanda.

Hasta ahora podemos contar con 111 ediciones italianas, 82 alemanas, 36 inglesas, 60 españolas,

328 francesas, 64 holandesas y 80 de otras diversas lenguas. (Ibid., pág. 517.)

Y que la obra sigue en plena actualidad se demuestra por la reciente encuesta realizada entre los religiosos españoles sobre cuáles son los mejores libros, quedando *Las Glorias de María* en el segundo puesto, inmediatamente después del *Nuevo Testamento*.



## ADVERTENCIA EDITORIAL

Preparando estábamos nuestra edición de LAS GLORIAS DE MARÍA cuando vino casualmente a nuestras manos la magnífica edición crítica italiana de dos hermosos volúmenes, impresa en Roma (*Via Merulana*, 31), 1936-1937. Muchas son las rectificaciones que la serena investigación de los beneméritos editores introducen respecto a la paternidad literaria de las obras, tan copiosamente alegadas por el santo Doctor. En adelante, no será posible seguir reproduciendo las citas de los autores en la forma inexacta en que se ha venido haciendo durante dos siglos.

Por eso, desde esta edición, hemos procurado, ante todo, no atribuir a ningún escritor texto alguno que, según la edición crítica, no le pertenezca. Cuando en ella se cita, verbigracia, a San Bernardo, sepa el lector que el texto es de San Bernardo, y no de otro escritor alguno. Esta lealtad creemos deber a la buena fe de nuestros lectores.

Pero es el caso que en la edición romana queda un buen número de escritos marianos o anónimos, o adjudicados a escritores más o menos oscuros de los siglos medios, cuyos nombres nada significan para el gran público, e intercalados en el texto recargarían pesadamente la lectura. En razón de aligerarla, el autor de la versión que publicamos, Padre Ramón García, suprimió no pocas repeticiones (el santo Doctor suele alegar los textos latinos y traducirlos más o menos libremente), y por la misma razón, omitió muchas autoridades que, a su juicio, poco o nada añadían, antes estorbaban la marcha desembarazada del pensamiento; creemos que, en general, con ventaja para la fácil lectura de esta obra incomparable, que si algo perdió en exactitud material, lo ganó, sin duda, en interés y popularidad.

Muy adelante llevábamos la pesada labor de resumir las citas y rectificaciones de la edición romana, cuando una reflexión vino a paralizar nuestra pluma: destinando nuestra modesta edición, no a teólogos que trabajan en grandes bibliotecas y pueden acudir a las fuentes, sino al gran público piadoso, que sólo aspira a beber en arroyo cristalino la verdadera devoción a la Madre de Dios, ¿no sería más bien un estorbo esta balumba de aparato crítico, al cabo harto parcial e incompleto? O todo o nada. Con esto decidimos suprimirlo totalmente, persuadidos que en ade-

lante cualquiera que pretenda investigar las fuentes de LAS GLORIAS DE MARÍA habrá de acudir a la edición romana.

Al principio de la nuestra reproducimos la *Súplica a Jesús y María* y la *Introducción* del autor, omitidas en ediciones anteriores; así como también las *Oraciones* que van después de la primera parte, pero hemos suprimido la segunda parte de la obra, porque creemos que la primera (la explicación de la Salve Regina) cumple el deseo que nos hemos propuesto de extender la devoción a la santísima Virgen en el pueblo sencillo.

Ardientemente deseamos que nuestra humilde edición vaya por el mundo privilegiadamente mariano de la hispanidad inflamando los corazones en el amor de la celestial Señora, por cuyo medio reciban de lleno las influencias del Corazón divino.

## SUPLICA DEL AUTOR A JESUS Y A MARIA

Amantísimo Redentor mío y Señor Jesucristo: Sabiendo yo, miserable siervo vuestro, cuánto os complacéis con quien procura glorificar a vuestra santísima Madre, que tanto amáis y deseáis que sea amada y reverenciada de todos, he pensado dar a luz este libro que trata de sus GLORIAS. No sé, en verdad, a quién puedo recomendarlo mejor que a Vos, que tanto apreciáis la gloria de esta divina Madre. A Vos, pues, le dedico y recomiendo. Aceptad, Señor, este corto obsequio tributado al amor que os tengo a Vos y a vuestra amantísima Madre. Acogedlo bajo vuestro amparo, derramando sobre sus lectores la luz de la confianza y llamas de amor hacia esa Virgen inmaculada, en la que habéis colocado la esperanza y el refugio de todos los redimidos. Y en gracia de mi leve trabajo, concededme, os pido, aquel amor hacia María, que deseo ver encendido en el corazón de cuantos leyeren esta obra.

A Vos me dirijo también, oh dulcísima Señora

y Madre mía, María. Vos sabéis que, después de Jesús, en Vos he depositado toda mi esperanza de alcanzar la salud eterna; porque todos mis bienes, mi conversión, mi vocación de dejar el mundo, y las demás gracias que he recibido de Dios, reconozco que me han sido concedidas por vuestra intercesión. Vos sabéis, Señora, que, deseoso de excitar en los demás un amor conforme a vuestros merecimientos, y para daros alguna prueba de agradecimiento por los beneficios que me habéis hecho, he procurado ensalzar vuestro nombre en todo tiempo y lugar, pública y privadamente, insinuando a todos vuestra dulce y saludable devoción. Espero continuar practicándolo hasta el último momento de vida que me queda; pero conociendo que, por mi avanzada edad y quebrantada salud, se acerca el fin de mi peregrinación y mi entrada en la eternidad, por esto he pensado antes de morir dejar al mundo este libro, en el cual, continuando a ensalzaros, animaré a los demás a publicar vuestras glorias y la piadosa acogida que dispensáis a vuestros devotos. Confío, amantísima Reina mía, que esta pequeña ofrenda, muy leve comparada con vuestro mérito, será agradable a vuestro amabilísimo corazón, porque es ofrenda toda de amor. Tended, pues, sobre ella vuestra dulcísima mano con la que me habéis libertado del mundo y del infierno, y aceptadla y protegédla como cosa vuestra. Pero, Señora, por este pequeño obsequio también pido recompensa:

cífrase ésta en acrecentar de aquí en adelante mi amor hacia Vos; en inflamar con el mismo amor a todos aquellos en cuyas manos caiga este libro, avivándoles el deseo de amaros y de veros amada también de los demás, y de emplear todo fervor en publicar y promover cuanto puedan vuestras alabanzas y la confianza en vuestra poderosa intercesión. Así lo espero y así sea.

## INTRODUCCIÓN

Amado lector y hermano en María: Ya que la devoción que me ha estimulado a escribir este libro, y te mueve a ti a leerlo, nos hace a entrambos hijos felices de esta buena Madre; si por ventura oyeres decir que podía yo haber excusado este trabajo, habiendo ya tantos libros doctos y célebres que tratan de este asunto, respóndele, te ruego, con las palabras que dejó escritas el abad Francón en la Biblioteca de los Padres, a saber: que la alabanza de María es un manantial tan abundante que, cuanto más se dilata, tanto más se llena; y cuanto más se llena, tanto más se dilata: con lo cual viene a decir que esta Virgen bienaventurada es tan grande y sublime que, cuanto más la alaban, tanto más queda en que alabarla. De manera que, dice San Agustín, no bastan para alabarla cuanto Ella se merece todas las lenguas de los hombres, aun cuando todos sus miembros se convirtieran en lenguas.

No se me oculta el considerable número de

libros de todos tamaños que tratan de las glorias de María; considerando, empero, que o eran raros o voluminosos o no conformes a mi intento, por eso he procurado, de cuantos autores han llegado a mis manos, recopilar sucintamente, como lo he hecho en este libro, las sentencias más selectas y sustanciales de los Santos Padres y de los teólogos, a fin de facilitar a los devotos, con poco trabajo y gasto, el inflamarse, con su lectura, en el amor de María, y especialmente a fin de dar materia a los sacerdotes para promover con sus sermones la devoción hacia esta Madre divina.

En el mundo suelen los amantes hablar a menudo y alabar a las personas que son el objeto de su amor para que éste obtenga también alabanzas y aplausos de los demás. Sobrado escaso, pues, debe suponerse el amor de aquellos que se precian de amantes de María si anduvieren poco solícitos en hablar de Ella y en hacerla amar también de los demás. No lo hacen así los verdaderos amantes de esta amabilísima Señora, que, ansiosos de alabarla por todas partes, y verla amada de todo el mundo, por eso siempre que pueden, ya pública, ya privadamente, procuran encender en todos los corazones aquellas felices llamas de amor a su amantísima Reina de que ellos están abrasados.

Por lo demás, a fin de que quede persuadido



cada cual de lo mucho que interesa, tanto al bien público como al particular, promover la devoción de María es del caso atender a lo que sobre esto dicen los doctores. Dice San Buenaventura que cuantos se ocupan en publicar las glorias de María tienen asegurado el Cielo. Y lo confirma otro autor, diciendo que el honrar a esta Reina de los ángeles es lo mismo que granjear la vida eterna. Porque la agradecidísima Señora se empeñará en honrar en la otra vida al que se empeña en honrarla en ésta. Y ¿quién ignora la promesa que hizo María a los que cuidan de hacerla conocer y amar en este mundo? *Los que me dan a conocer a los demás obtendrán la vida eterna* (cuyas palabras del *Eclesiástico* le aplica la Iglesia en la festividad de su inmaculada Concepción). Regocíjate, pues, dice el SALTERIO MARIANO, regocíjate, alma mía, y alégrate alabando a María, porque muchos son los bienes que están preparados para los que la alaban. Y ya que en todas las divinas Escrituras, añadía, se habla en alabanza a María, procuremos con el corazón y con la lengua celebrar siempre a esta divina Madre, para que nos lleve algún día al reino de la bienaventuranza.

Refieren las revelaciones de Santa Brígida que acostumbrado el Beato Emingo, obispo, dar principio a sus sermones por las alabanzas de María, se apareció un día la misma Virgen a la Santa, y le dijo: Dile a aquel prelado que suele comenzar sus

sermones por mis alabanzas, que Yo quiero ser su Madre, y que presentaré su alma a Dios y tendrá buena muerte. Y de hecho murió en olor de santidad, orando y con una paz celestial. A otro religioso dominicano, que concluía sus sermones hablando de María, se le apareció también en la hora de la muerte, le defendió de los demonios, le confortó y se llevó consigo su alma dichosa. El devoto Tomás de Kempis nos presenta a María recomendando a su Hijo al que publica sus alabanzas, así: *Hijo, apiádate del alma del que te ama a Ti y me alaba a Mí.*

Y en cuanto a la utilidad de los pueblos, dice un discípulo de San Anselmo, que habiendo sido el sacrosanto vientre de María la vía de salvación para los pecadores, es imposible que éstos no se conviertan y se salven con los sermones sobre las alabanzas de María. Y si es verdadera la sentencia, como por verdadera e indubitable la tengo, conforme probaré en el capítulo V de este libro, que todas las gracias sólo por mano de María se dispensan, y que todos los que se salvan no lo consiguen sino por la mediación de esta divina Madre, por necesaria consecuencia puede decirse, que de elogiar a María, y de la confianza en su intercesión, depende la salvación de todos. Sabemos que así San Bernardino de Sena santificó a Italia; y Santo Domingo convirtió muchas provincias. San Luis Bertrán en todos sus sermones

nunca dejaba de exhortar a la devoción de María, y así otros muchos.

El célebre misionero Padre Pablo Señeri *junior*, en todas sus misiones hacía siempre el sermón de la devoción a María, y a éste le llamaba su sermón predilecto. Y nosotros, en nuestras misiones, en las que tenemos por regla inflexible no omitir jamás el sermón en loor de nuestra Señora, podemos atestiguar que ningún sermón produce, por lo común, tanto provecho y compunción como el de la misericordia de María. Digo *de la misericordia de María*, porque, según San Bernardo, aunque alabemos su humildad y admiremos su virginidad, como somos pobres pecadores, más nos atrae y agrada el oír hablar de su misericordia; porque ésta es la que abrazamos con más gusto, la recordamos más a menudo y con más frecuencia la invocamos.

Por eso en este libro, dejando para otros autores el describir las demás prerrogativas de María, me he propuesto tratar especialmente de su grande misericordia y de su poderosa intercesión; habiendo recopilado del modo que he podido, con el trabajo de muchos años, todo lo que los Santos Padres y los autores más célebres han dicho acerca de la misericordia y del poder de María. Y porque en la hermosísima oración de la *Salve*, aprobada tiempo ha por la misma Iglesia, y mandada rezar

la mayor parte del año por todo el clero regular y secular, se hallan maravillosamente descritos la misericordia y el poder de la Santísima Virgen, me he propuesto, en primer lugar, explicar en distintos capítulos esta oración. Y he creído complacer en gran manera a los devotos de María, añadiéndoles las *lecciones*, o llamémosles *discursos*, para sus fiestas principales, y sobre las *virtudes* de esta divina Madre; poniéndoles al fin la práctica de los *obsequios* más usados por sus siervos y que mayor aprobación de la Iglesia han merecido.(1)

Devoto lector: si por ventura te agrada esta obrita, como lo espero, ruégote me encomiendes a la Santísima Virgen, para que me infunda una grande confianza en su protección. Pide para mí esta gracia, que yo te prometo pedirla también para ti, sea el que fuere quien me haga esta caridad.

¡Dichoso el que se halla asido por el amor y con la confianza a estas dos áncoras de salvación!, digo, a Jesús y a María, porque ciertamente no se perderá. Digamos, pues, entrambos de todo corazón, lector mío, con el devoto San Alonso Rodríguez: *¡Jesús y María, dulcísimos amores míos, padezca por vosotros, muera por vosotros; sea todo vuestro, nada mío!* Amemos a Jesús y a María y

---

(1) En esta edición se ha suprimido esta segunda parte de que habla el autor. Véase la Advertencia editorial.

santifiquémonos, pues es la mayor fortuna que podemos pretender y esperar.

Adiós, hasta que nos veamos un día en el Cielo a los pies de esta dulcísima Madre, y de este amantísimo Hijo, para alabarlos y darles gracias y amarlos juntamente, cara a cara, por toda la eternidad. Amén.

## CAPITULO I

### DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA

1.º — *De la confianza que debemos tener en la Virgen, por ser Reina de misericordia.*

Con justa razón venera la santa Iglesia a la Virgen María, exhortando a los fieles a invocarla bajo el título glorioso de REINA, por haber sido ensalzada a la dignidad de Madre del Rey de los reyes. Si el Hijo es Rey, justo título tiene también la Madre para llamarse Reina. Desde el instante en que dio su consentimiento para ser Madre del Verbo eterno, dice San Bernardino de Sena, mereció ser proclamada por Reina de todo lo criado. Si la carne de María no fue diversa de la de Jesús, ¿cómo puede la Madre ser ajena de la monarquía del Hijo? Así es que, entre ambas, la dignidad real no es común comoquiera, sino una misma. Y añade: Todas cuantas son las criaturas que sirven a Dios, otras, tantas deben igualmente servir a María, pues que estando los ángeles y los hombres, y todas las cosas, sujetos al imperio de Dios,



lo están, del mismo modo, al dominio de María. De aquí es que, hablando un piadoso autor con la soberana Señora, le dice, lleno de afecto: Seguid, Señora, disponiendo a vuestra voluntad de todos los bienes de vuestro santísimo Hijo, porque siendo Madre y Esposa del Rey del universo, pertenece a Vos, como Reina, el dominio de todas las criaturas.

Es REINA, pues, María. Pero nunca olvidemos, para nuestro consuelo, que es Reina dulce, Reina clemente, Reina siempre inclinada a favorecer a los miserables pecadores. Por esto quiere la santa Iglesia que la saludemos llamándola *Reina de misericordia*. El mismo nombre de Reina está diciendo piedad y clemencia, pues como observaron Séneca y San Alberto Magno, la magnificencia de los reyes consiste especialmente en aliviar y consolar a los infelices, causa por que distan entre sí tanto *tirano* y *rey*, pues el tirano se propone su propia utilidad, pero el rey debe tener por fin el bien de los vasallos. Y por eso a los reyes, cuando los consagran, les ungen la cabeza con aceite, símbolo de misericordia, para darles a entender que han de abrigar en el pecho, más que otra cosa, pensamientos de piedad y beneficencia.

Cierto es que los reyes no pueden desentenderse del justo castigo de los malhechores. Pero María no es Reina de justicia para castigar, sino

solamente de misericordia, siempre dispuesta para usarla con los pecadores, por lo cual la santa Iglesia quiere que la invoquemos con tan glorioso título. Considerando el canciller de París Juan Gerson aquellas palabras del Profeta Rey (Ps. 61, 12): *Dos cosas oí, y fueron: que en Dios hay potestad y misericordia*, dice que, consistiendo el gobierno de Dios en justicia y misericordia, le dividió, reservando para Sí la justicia y cediendo a su Madre la misericordia, para que todos los beneficios que se dispensen a los hombres pasen por sus manos virginales y Ella los reparta según quisiere.

Constituyó el Eterno Padre a Jesucristo Rey de justicia, haciéndole Juez universal, como cantó el Profeta (Ps. 71, 2): *Oh Dios, da tu juicio al Rey, y tu justicia al Hijo del Rey*; sobre cuyas palabras dice un docto intérprete: «Señor, a vuestro Hijo Rey disteis la justicia, y la misericordia a la Madre del Rey»; cuyo texto acomoda el SALTERIO MARIANO, diciendo acertadamente: «Señor, da tu juicio al Rey, y tu misericordia a la Madre del rey.» Por esta razón, el Real Profeta predijo que el mismo Dios había de consagrar a María, por decirlo así, como Reina de misericordia (Ps. 44, 8), *ungiéndola con óleo de alegría*, para que nosotros, miserables hijos de Adán, nos alegrásemos al considerar que tenemos en el Cielo a esta santísima Reina llena de unción, de piedad y misericordia.



¡Cuán bien se aplica a este propósito la historia de la reina Ester, figura de María! Leemos en el libro de Ester (c. 4) que, reinando Asuero, salió una orden que mandaba quitar la vida a todos los judíos cautivos en sus estados. Al instante acudió Mardoqueo a Ester, su sobrina, suplicár:dole con insistencia que se interpusiese con el rey para obtener la revocación de la sentencia. Ester lo rehusaba, temiendo indignar más el ánimo del rey; pero Mardoqueo replicó que *no pensase en salvarse a sí sola*, habiéndola Dios elevado al trono para bien de todos los judíos. Así dijo Mardoqueo a la reina Ester, y así podemos decir nosotros a nuestra Reina sacratísima, si es que alguna vez rehusase alcanzarnos el perdón de las penas justamente merecidas por nuestros pecados: Señora, no creáis que sólo para gloria vuestra os haya Dios ensalzado a la dignidad de Reina del mundo, sino para que, constituida en tan alto lugar, podáis mejor ampararnos y favorecernos. Luego que el rey Asuero vio a Ester en su presencia, le preguntó afablemente qué quería, y respondió la reina (7, 3): *Mi rey y señor, si he hallado gracia en tus ojos, dame a mi pueblo; esto es lo que pido*. Asuero accedió, mandando al instante revocar la sentencia. Ahora bien: si este rey, porque amaba a su esposa, le concedió la gracia, ¿cómo podrá Dios, amando infinitamente a María, dejar de oír los ruegos que le presente en favor de los pecadores que recurren a su patrocinio, cuando Ella le diga:

«Señor y Dios mío, *si hallé gracia en tus ojos* — y bien sabe que la halló, bien sabe que es la bendita, la bienaventurada, la única que halló la gracia perdida por el hombre; bien sabe que es la amada del Señor, y mucho más amada que todos los ángeles y santos juntos — ; *si me amas, Señor, dame estos pecadores por quienes te ruego?* ¿Es posible que Dios no escuche tan amorosas palabras? ¿Quién no sabe la eficacia que tienen los ruegos de su Madre? *Lex clementiae in lingua ejus* (Prov., 31, 26). Toda súplica suya es como una *ley* que Dios ha dado para que se use *de misericordia* con todos aquellos por quienes interceda. ¿Preguntas por qué la Iglesia la llama Reina de misericordia? «Para que sepamos, dice un piadoso autor, que Ella es la que abre los tesoros infinitos de la misericordia divina a quien quiere, cuando quiere y como quiere; tanto, que no hay pecador, por grande que sea, que se pueda perder si le protege María.»

Pero viéndonos tan pecadores, ¿se podrá temer que se desdigne de interponerse en nuestro favor? O, siendo tanta su santidad y majestad, ¿esto nos ha de retraer acaso de echarnos a sus pies e implorar su poderoso valimiento? «De ninguna manera, dice San Gregorio; pues cuanto más santa es y en lugar más elevado está, tanto es más dulce y piadosa con los pecadores arrepentidos que recurran a su protección.» Aquella majestad

de que están rodeados los reyes de la tierra causa temor en los vasallos, y muchos no se atreven a estar en su presencia. «Pero, ¿qué temor, dice San Bernardo, puede nadie tener en presentarse a esta Reina de misericordia, cuando en ella nada hay que sea terrible y austero, sino que toda es dulzura y afabilidad? A todos se nos ofrece y da *leche y lana*; *leche* de misericordia, para animarnos a la confianza, y *lana* de refugio, para defendernos de los rayos de la ira divina.

Cuenta Suetonio que Tito, emperador no acertaba a negar cosa alguna de cuantas le pedían; antes bien, que a veces prometía mucho más, diciendo que el príncipe no es bien que despida descontento a nadie. Con todo, ni decía siempre la verdad, ni cumplía siempre sus promesas. Pero nuestra poderosísima Reina, que no puede mentir, tiene en sus manos in .gotables tesoros que dispensar, y es de un corazón tan benigno, que no le sufre despedir a nadie, descontento de su presencia. ¿Ni cómo podríais, Señora, desechar a los miserables, siendo Vos la Reina de la misericordia? ¿Quiénes son los súbditos de la misericordia, sino los miserables? Pues siendo Vos la Reina de la misericordia, y yo el más infeliz de vuestros esclavos, se sigue que debéis tener más cuidado de mí que de todos los demás.

Usad, pues, de clemencia con nosotros, ¡oh

*Reina de misericordia!*, para que nos salvemos. No digáis: «No puedo», viendo la multitud de nuestros pecados, porque mayor que todos ellos es vuestro poder y la piedad de vuestro corazón. No hay cosa que pueda resistir a vuestro poder, porque el Criador, que os honra como Madre, estima como propia la gloria vuestra, siendo indudable que, si es infinita la obligación que tenéis para con vuestro Hijo, por la dignidad a que os elevó, también es grande la suya para con Vos, de quien recibió el ser humano; y por eso, ahora que gozáis de su gloria, os concede por especial honor todo cuanto le pedís.

¡Cuánta, pues, debe ser nuestra confianza en esta dulcísima Reina, sabiendo lo que puede con Dios y la abundancia de su misericordia! No hay persona en la tierra que no participe de sus favores. Así lo reveló a Santa Brígida la misma Virgen, diciendo: «Yo soy la Reina del Cielo, Madre de misericordia, alegría de los justos y puerta de salvación para los pecadores; ni vive en la tierra pecador alguno tan infeliz que esté del todo privado de mi bondad y misericordia, porque, los que menos, logran por mi intercesión no ser molestados de tentaciones, como sin mi favor lo serían. Nadie, sino el que ya es maldito — se entiende con la maldición final e irremediable de los condenados —, se ve tan desechado por Dios que, si me invoca, no encuentre propicia mi propensa

misericordia. Todos me llaman Madre de misericordia, y verdaderamente, lo que usa Dios con los hombres hace que Yo también sea con ellos tan misericordiosa como soy. Por lo mismo, el que pudiendo acudir a Mí, no lo haga, será infeliz en esta vida, y en la otra lo será para siempre.»

Acudamos, pues, acudamos siempre todos a los pies de esta Reina dulcísima, si queremos salvarnos con seguridad; y cuando la multitud de nuestros pecados nos desaliente, acordémonos que fue elegida *Reina de misericordia* para salvar con su protección poderosa a los pecadores, por grandes que sean, que acudan a Ella. Estos han de ser en el Cielo su corona, como se lo prometió en los Cantares su divino Esposo (4, 8): *Ven del Líbano, Esposa mía; ven del Líbano, ven, y serás coronada... de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos.* Y éstos, ¿quiénes son sino los pecadores, cuyas almas se hacen, por el pecado, cuevas de monstruos espantosos? Pues estos mismos, Reina soberana, salvos por vuestro medio, os han de servir en el Cielo de diadema de gloria, porque su salvación será corona vuestra, corona propia, corona digna de la Reina de misericordia.

Aquí viene bien el siguiente



## EJEMPLO.

*María la pecadora, convertida en la hora de la muerte.*

Se cuenta en la *Vida* de Sor Catalina de San Agustín que en el pueblo donde moraba había también una mujer llamada María, que habiendo sido escandalosa en la juventud, no era mejor siendo ya vieja, por lo cual la echaron del pueblo y se refugió en una cueva, donde al cabo murió medio podrida, sin sacramentos y abandonada de todo el mundo, y así, la enterraron en el campo como a una bestia. Sor Catalina, aunque acostumbrada a encomendar a Dios muy de veras las almas de todas las personas que allí morían, habiendo sabido la desgraciada muerte de la vieja, no pensó en pedir por ella, teniéndola, como ya todos la tenían, por condenada. Al cabo de cuatro años se le aparece de pronto un alma en pena, que le dice: «Catalina, ¿he de tener yo tan mala suerte? Tú encomiendas a Dios a todos los que mueren aquí, y sólo de mi alma no tienes compasión.» «¿Quién eres?», le preguntó la sierva de Dios. «Soy María, la que murió en la cueva.» «¡Cómo!, ¿tú en carrera de salvación?» «Sí — volvió a decir el alma —, lo estoy gracias a la misericordia de la Reina del Cielo. Oye cómo fue. Cuando ya vi cerca la muerte, mirándome tan abandonada y llena de pecados, volví los ojos a la Madre de Dios, diciendo: Señora, no hay quien me valga en

este último trance; pero Vos acogéis a todos los desamparados, Vos sois mi única esperanza, Vos sola me podéis ayudar; tened compasión de mí. No se hizo sorda la Virgen sacratísima; me alcanzó de Dios la gracia de hacer un acto de verdadera contrición, morí entonces, y así me salvé. Ahora, en el purgatorio, me ha obtenido también el favor de que se me abrevie la pena, haciendo que sufra con más intensión lo que hubiera tenido que padecer por muchos años, y sólo me falta que se celebren algunas misas por mi alma, las cuales te pido que me mandes decir, y yo te prometo rogar siempre en el Cielo por ti a Dios y a su santísima Madre.» Cuidó Sor Catalina que al instante se aplicasen las misas, y a los pocos días se le volvió a aparecer el alma más resplandeciente que el sol, dándole gracias por el beneficio, y diciendo que iba a la gloria a cantar para siempre las misericordias del Señor y a rogar por ella.

#### ORACIÓN.

Aquí me tenéis, Señora, delante de Vos, como un pobre andrajoso y lleno de llagas en presencia de una Reina poderosa; aquí estoy delante de la Reina del Cielo y de la tierra. Desde ese trono tan elevado no os desdenéis de volver a este miserable pecador vuestros ojos misericordiosos. Dios os colmó de tantas riquezas para que socorráis a los pobres, y os hizo Reina de misericordia para que amparéis a los miserables. Miradme, pues, y compadeceos de mí. Miradme, y no me dejéis hasta mudarme enteramente de pecador en justo. Bien conozco ser indigno de todo favor, y aun merezco ser privado, por mis ingratitudes, de todos los beneficios que por vuestro medio he recibido de la mano divina;

pero Vos, como Reina que sois de la misericordia, no buscáis méritos, sino miserias para remediarlas. Pues ¿dónde habrá en el mundo otro más necesitado que yo?

¡Oh Virgen excelsa! Siendo Vos la Reina de todo el universo, sois también Reina mía, por lo cual me ofrezco a serviros con más empeño que hasta aquí, para que en todas las cosas dispongáis de mí según fuere vuestro mejor agrado; y así os diré con San Buenaventura: Regidme y gobernadme, Señora; regidme, y nunca me dejéis a mi discreción. Mandad y decir lo que tengo que hacer, y si falto alguna vez, castigadme como queráis, porque para mí será muy saludable cualquier castigo que venga de vuestra piadosa mano. En más estimo ser vuestro esclavo que señor de toda la tierra: *tuus sum ego, salvum me fac*. Recibidme, Virgen soberana, como cosa vuestra, y cuidad continuamente de mi salvación. Ya no quiero ser mío, todo me entrego a Vos. Si hasta ahora, por mi desgracia, os he servido mal, si he dejado perder tantas ocasiones en que pude agradaros, propongo ser en adelante uno de vuestros siervos más leales. No, no quiero ya que ninguno me aventaje en amaros y serviros, ¡oh Reina mía amabilísima! Así os lo prometo, y así espero cumplirlo con vuestro auxilio poderoso. Amén.

## 2.º — *Que debemos tener aún mayor confianza en la Virgen María, por ser nuestra Madre.*

No en vano llaman sus devotos MADRE a la santísima Virgen María, ni parece que aciertan a invocarla de otra manera, sin cansarse nunca de darle tan dulce nombre. Madre, sí, porque verdaderamente lo es, no carnal, sino espiritual, de nuestras almas, para conseguírnos, con amor de Madre, la eterna salvación.

Cuando por el pecado perdimos la gracia divina, fue perder la vida del alma: estábamos muertos miserablemente; vino al mundo nuestro



divino Redentor, y muriendo en cruz, con exceso grande de misericordia y amor, nos recobró la vida que habíamos perdido, según Él mismo aseguró (*Jn.*, 10, 10): *Vine para que tengan vida y más abundante*. Más abundante, porque dicen los teólogos que fue más el bien que Jesucristo nos trajo con la redención que el mal que Adán nos había causado con la desobediencia. De este modo, el Señor, reconciliándonos con Dios, se hizo *Padre de nuestras almas en la nueva ley*, conforme a la predicción del Profeta Isaías (9, 6). Pero si Jesús es Padre de nuestras almas, María es Madre; porque, habiéndonos dado a Jesús, nos dio la verdadera vida, y habiéndonos ofrecido en el monte Calvario por nuestra salvación, fue como darnos a la luz, o hacernos nacer a la vida de la gracia.

Dos veces, pues, se hizo nuestra Madre espiritual, dicen los Santos Padres: la primera fue cuando mereció concebir en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios, pues al dar para ello su consentimiento, empezó a pedir con afecto ardentísimo nuestra salvación, y se dedicó de tal suerte a procurárnosla, que desde entonces nos llevó en su seno como amorosísima Madre. Refiriendo San Lucas (2, 7) el nacimiento del Señor, dice que María *dio a luz a su hijo primogénito*. Luego si fue su primogénito, se debe inferir, añade San Alberto Magno, que tuvo después más hijos. Pues siendo artículo de fe que hijo carnal no tuvo

ninguno, fuera de Jesús, se sigue claramente que los demás fueron hijos espirituales, y éstos somos todos nosotros. Lo mismo reveló el Señor a Santa Gertrudis, la cual, leyendo un día en el Evangelio aquellas palabras, quedó confusa, sin alcanzar cómo podía ser que, no habiendo tenido la Virgen más Hijo que a Jesús, allí se dijese que fue su *primogénito*. Dios le explicó que Jesucristo había sido primogénito de María según la carne, y los demás hombres los segundos hijos según el espíritu.

Así también se entiende lo que se dice de María en los Cantares (7, 2): *Tu vientre es como un montón de trigo cercado de azucenas*. Lugar que explica San Ambrosio diciendo que, aunque en el seno purísimo de María hubo solamente un grano, que fue Jesucristo, no obstante, se le llama *montón*, porque en aquel grano estaban encerrados todos los escogidos, de los cuales María había de ser Madre. Y por esta razón, al dar a luz al Salvador del mundo, nos dio también a todos la vida y la salud.

La segunda fue cuando en el monte Calvario ofreció, con gran dolor de su corazón, el Eterno Padre, la vida de su Hijo por nuestra salvación; y así, dice San Agustín que, habiendo entonces cooperado con tanto amor a que los fieles naciesen a la vida de la gracia, se hizo igualmente

Madre espiritual de todos nosotros, que somos miembros de Jesucristo, nuestra cabeza; y es precisamente lo que testimonia en los Cantares (1, 5) la misma bienaventurada Virgen: *Me puso a guardar sus viñas; pero la mía no la guardé*. Para salvar nuestras almas, sacrificó la vida de su dulcísimo Hijo. Porque, ¿cuál es el alma de María? ¿Quién es su vida y su amor, sino Jesucristo? Que por eso le anunció Simeón (Lc., 2, 35) que había de llegar un día en que su pecho se viese *traspasado con cuchillo de gran dolor*, como lo fue la lanza que abrió el costado de Jesús, donde vivía *el alma* de la Madre. Entonces fue cuando, con sus dolores, nos dio la vida, y vida eterna; y así podemos todos llamarnos justamente *hijos de sus dolores*. Siempre estuvo esta Madre amorosa conforme en todo con la divina voluntad, y de aquí reflexiona San Buenaventura que, viendo el infinito amor del Padre para con los hombres en querer que su Hijo amantísimo muriese por ellos, y el del mismo Hijo en aceptar la muerte, dio también su consentimiento, uniéndose con rendida y entera voluntad al beneplácito divino por la salud del hombre. Es verdad que en el negocio importante de nuestra salvación quiso el Señor ser solo, como dice Isaías (63, 3): *Yo solo pisé el lagar*. Mas viendo el deseo ardentísimo que tenía también su piadosa Madre del humano remedio, dispuso que con el sacrificio y oferta de su mismo Hijo cooperase a nuestra salvación, y así viniese a ser Madre de nuestras

almas. Esto es lo que nuestro Salvador significó cuando, poco antes de expirar, mirándola desde lo alto de la cruz, y mirando al discípulo amado, dijo a María (*Jn.*, 19, 26): *Ese es tu hijo*; como si le dijese: Ves ahí el hombre que, en virtud del ofrecimiento que por su salvación haces de mi vida, ya nace a la vida de la gracia; y dirigiéndose después al discípulo, añadió: *Esa es tu Madre*, con cuyas palabras, dice San Bernardino de Sena, quedó constituida por Madre, no sólo de San Juan, sino también de todos los hombres, a quien tanto amó; siendo por esto muy de advertir, añade el Padre Silveira, que el Evangelio no pone el nombre de Juan, sino *el discípulo*, para dar a entender que el Salvador la dio por Madre a todos los que por la profesión de cristianos son discípulos suyos.

*Yo soy la Madre del Amor Hermoso* (*Eccli.*, 24, 24), dice María; porque su amor, al mismo tiempo que hace a las almas hermosas a los ojos de Dios, le estimula a recibirnos por hijos como amorosa Madre. ¿Y qué madre ama tanto a los suyos? ¿Qué madre mira por ello con tanta solicitud como Vos lo hacéis, Reina y Madre dulcísima?

¡Felices los que viven bajo la protección de Madre tan amante y poderosa! El Profeta David, aunque en su tiempo no hubiese aún nacido María, ya se daba por hijo suyo, y esto alegaba a Dios para que le salvase, diciendo (*Ps.*, 85, 16): *Salva,*

*Señor, al hijo de tu esclava.* «¿De qué esclava?», pregunta San Agustín. De la que dijo al ángel: «Aquí está la esclava del Señor.» Y añade San Roberto Belarmino: «¿Quién tendrá la osadía de arrancar a sus hijos de aquel seno maternal, habiéndose refugiado ellos allí para librarse de los golpes de sus enemigos? ¿Qué furia infernal, o qué pasión, por violenta que sea, podrá nunca vencer a los que han puesto toda su confianza en el patrocinio de esta gran Madre?

Cuentan de la ballena que, si por la furia de alguna tempestad, o por temor de los pescadores, ve a sus hijos en riesgo, abre la boca y los guarda dentro del seno mientras pasa el peligro. A este modo, nuestra dulce Madre, cuando ve a sus hijos expuestos al furor de las borrascas que levantan las tentaciones, ¿qué hace? Movida de su grande amor, los esconde dentro de sus entrañas, y allí los tiene y protege hasta colocarlos en el puerto de la gloria eterna. ¡Oh Madre amantísima!, ¡oh Madre piadosísima! ¡Bendita seáis para siempre, y bendito sea el Señor, que os dio a nosotros por Madre y seguro refugio de todos los peligros de esta vida!

Reveló la misma Virgen a Santa Brígida que, a la manera como una madre viese a sus hijos entre las espadas del enemigo, haría todos los esfuerzos posibles por librarlos, así, dice, lo hago y haré yo por los míos, por más pecadores que sean, siempre



que recurran ellos a mí. Fiémonos, pues, en su palabra, seguros de que en todas las luchas que sostengamos con los enemigos infernales saldremos vencedores, con sólo acudir invocándola y repitiendo: «Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.» ¡Oh, cuántas victorias han alcanzado del infierno los fieles con esta breve pero eficacísima oración! ¡Así vencía siempre a los demonios una gran sierva de Dios del Orden de San Benito!

Alegraos, pues, los que sois hijos de María, y alegrémonos todos, sabiendo que adopta benígnamente por hijos a cuantos lo quieren ser. Alegraos, y no temáis perderos, pues con todo su poder os defiende y protege vuestra Madre poderosísima. Si la amáis de todo corazón, si ponéis en Ella vuestra confianza, bien podéis cobrar ánimo y decir con San Buenaventura: ¿Qué temes, alma mía? La causa de tu salvación no se puede perder, porque la sentencia está en manos de Jesús, que es hermano tuyo, y de María, que es tu querida Madre. Con este mismo pensamiento, que alegra tanto a los corazones, nos exhorta San Anselmo a la confianza: La Madre de Dios es mi Madre; ¿con cuánta seguridad no debo esperar, pues mi salvación depende de mi buen Hermano Jesús y de mi piadosa Madre María? Oigamos, pues, las voces de nuestra Madre, que, como a niños tiernos, amorosamente nos llama (*Prov.*, 9, 4): *Si quis*

*est parvulus, veniat ad me.* Los niños tienen siempre en la boca la palabra «madre», y a cualquier susto o peligro claman al momento: «¡Madre, madre!» ¡Oh Madre amorosísima! Esto es lo que Vos deseáis: que cual niño os llamemos y corramos a Vos, porque ciertamente queréis favorecernos y salvarnos, como lo habéis hecho siempre con todos vuestros hijos.

### EJEMPLO.

#### *Conversión y santa muerte de un protestante.*

Se cuenta en la historia de la fundación de la Compañía de Jesús en el reino de Nápoles que hubo un joven escocés llamado Guillermo, pariente del rey Jacobo, nacido y criado en la herejía, el cual, ilustrado con los rayos de la divina luz, que le iba descubriendo sus errores, vino a Francia, donde por los consejos de un Padre de la Compañía, y mucho más por la intercesión de la Virgen nuestra Señora, conoció, al fin, la verdad, abjuró los errores y se convirtió a la fe. Pasó de allí a Roma, donde, hallándole un día muy afligido y lloroso un amigo suyo, y preguntándole la causa, respondió que se le había aparecido la noche antes su madre difunta y condenada, diciéndole: «Hijo, dichoso tú que has entrado en el seno de la verdadera Iglesia; yo estoy condenada por haber muerto en la herejía.» De resultas de esta triste visión



comenzó a enfervorizarse en la devoción de la Virgen Santísima, eligiéndola desde entonces por única Madre, la cual le inspiró el deseo de entrar en religión, y el joven hizo de ello un voto. Habiendo caído enfermo, fue a Nápoles a mudar de aires, y allí murió, pero ya religioso, porque desahuciado a poco de llegar, fueron tantos sus ruegos y lágrimas, que al fin los superiores le recibieron, y delante del Santísimo Sacramento, cuando le llevaron el Señor por viático, hizo los votos religiosos y quedó agregado a la Compañía. Después de lo cual enternecía los corazones de todos con los devotísimos afectos con que, sin cesar, daba gracias a la sacratísima Virgen de haberle sacado de las tinieblas de la herejía y traído a morir en el seno de la Iglesia y de la religión, entre los brazos de sus hermanos, y así exclamaba: «¡Oh, qué gloria es morir en medio de estos ángeles!» Le exhortaban a que no se fatigase, pero respondía: «No, ya no es tiempo de reposar, que está cerca mi fin.» Poco antes de expirar dijo: «Hermanos míos, ¿no veis aquí a los ángeles del Cielo, que me asisten?» Y preguntándole uno de aquellos religiosos qué era lo que estaba diciendo entre dientes, le respondió que el ángel de la guarda le acababa de revelar que estaría muy poco en el purgatorio, y que al instante volaría su alma al Cielo. Empezó de nuevo a trabar dulces coloquios con la Reina de los ángeles, y diciendo dos veces: «Madre, Madre», como un niño que se echa a dormir en los brazos de su

querida madre, expiró plácidamente. Y de allí a poco supo un devoto religioso, por revelación, que estaba ya en la gloria.

#### ORACIÓN.

¡Oh Madre santísima! ¿Cómo es posible que teniendo una Madre tan santa sea yo tan pecador?, ¿una Madre abrasada en el amor divino, y ame yo tan locamente a las criaturas?, ¿una Madre riquísima en virtudes, y me vea yo tan pobre y desnudo de todas ellas? Verdaderamente, Señora, no soy digno de llamarme hijo vuestro, y así me tendré por feliz en que siquiera me contéis como el menor de vuestros esclavos, que por sólo ese título renunciaría gustoso todos los reinos de la tierra. No me privéis de la dicha de poder, a lo menos, deciros Madre. Este nombre dulcísimo me llena de tanta confianza, que, aunque, por otra parte, me aterran mis pecados y el rigor de la divina justicia, me conforta y alienta el pensar que sois Madre mía. Permitidme, pues, que os llame Madre, y Madre amabilísima. Así quiero llamaros, y así os llamaré siempre. Después de Dios habéis de ser toda mi esperanza, refugio y amor, mientras viva en este valle de lágrimas, y cuando llegue la hora de mi muerte, pondré mi alma en vuestras manos benditísimas, diciendo con toda seguridad: Madre mía, Madre mía, vuestro soy; amparadme y tened misericordia de mí. Amén.

#### 3.º — *Del grande amor que nuestra Madre nos tiene.*

Si, pues, María es nuestra Madre, consideremos ahora cuánto es el amor que nos profesa. No pueden dejar los padres de amar a sus hijos; razón por la que, habiendo impuesto la divina Ley, como reflexiona Santo Tomás, obligación estrecha de amar a los padres, para éstos no hay mandamiento escrito, por estar impreso en la misma

naturaleza tan fuertemente como aun en las fieras se ve, dice San Ambrosio. Y así, refieren las historias que ha habido casos en que, oyendo los tigres rugir a sus hijos, han ido nadando hasta la nave donde los llevaban. Pues si aun los tigres hacen esta demostración, ¿cómo podrá olvidar a sus hijos una Madre que tiene el corazón tan tierno y amoroso? *¿Puede la mujer olvidarse del hijo que salió de sus entrañas? Pues dado por imposible que alguna madre se olvidase del suyo, dice María: Yo jamás me olvidaré de ti (Is., 49, 15).*

María es nuestra Madre, no según la carne, como antes dijimos, sino Madre por amor: *Yo soy la Madre del Amor Hermoso (Prov., 24, 24).* Por amor se hizo Madre nuestra, y de ello se gloria, siendo tanto el que nos tiene, aunque sin merecerlo, que no lo alcanza la imaginación, y tan ardiente, que deseó con vivas ansias morir por nosotros juntamente con su Hijo santísimo, inmolada en el ara de la cruz a manos de los verdugos. «Colgado estaba el Hijo de la cruz, y la Madre se ofrecía a los verdugos por nosotros.»

Pero consideremos los motivos que tiene para amarnos, a así vendremos mejor en conocimiento de la grandeza de su amor.

1. El primero nace del que tiene a Dios. Porque el amor a Dios y al prójimo están enlaza-

dos y contenidos en un mismo precepto, como enseña el evangelista San Juan (*I Jn.*, 4, 21); de manera, que, a medida que el uno crece, crece también el otro. Por esta causa, los Santos, como amaban tanto a Dios, ¿qué no hicieron por amor del hombre? Exponer y aun perder la libertad y la vida por la salvación de cualquiera. Sabemos los trabajos que pasó en las Indias San Francisco Javier, donde a veces, buscando las almas, se encaramaba por las breñas, entre mil peligros, hasta encontrar a los miserables en las cavernas, donde habitaban como fieras, y traerlos al conocimiento del verdadero Dios. Sabemos lo que hizo por convertir a los herejes de la provincia de Chablais San Francisco de Sales, que durante un año estuvo cada día atravesando el río, por cima de un madero cubierto de hielo, con el peligro que se deja entender. Sabemos que San Paulino se vendió como un esclavo por rescatar al hijo de una pobre viuda. Sabemos que San Fidel dio gustoso la vida predicando en otra parte a los herejes para ganarlos a Dios. Y así todos los santos, como tenían tan grande amor de Dios, hicieron por el prójimo cosas heroicas y admirables.

Ahora bien: ¿quién hubo que amase a Dios más que María? ¿Qué digo más, si en el primer instante de su ser excedía ya con mucho en el amor al de todos los Santos y ángeles juntos en todo el discurso de su vida? (Esto después lo

probaremos detenidamente.) Reveló la misma Virgen a una ferviente religiosa que era tan grande su amor para con Dios, que con él se pudieran abrasar y consumir los cielos y la tierra, siendo en su comparación como un hielo todo el amor de los serafines. Por este motivo, así como ni entre los espíritus bienaventurados hay quien más ame a Dios que María, así tampoco podemos tener nosotros quien más nos ame, siendo tan ardiente su amor, que si en un pecho se acumulase todo el de los padres y esposos, y también el de todos los Santos a sus devotos, no llegaría ni de lejos al que la Virgen sacratísima tiene a cualquier alma. Confirmando esta verdad, escribe el P. Nieremberg que, en la misma comparación, todo el amor de las madres para con sus hijos es una sombra, pues que la Virgen nos ama sola más que todos los ángeles y santos juntos.

2. Además, nos ama tan ardientemente nuestra Señora porque Jesús, antes de expirar, nos encomendó a su maternal Corazón, como hijos, en la persona de San Juan (*Jn.*, 19, 26) *Mujer, éste es tu hijo*; que fue la postrera palabra dicha a su afligida Madre. Los últimos recuerdos que nos dejan a la hora de la muerte las personas a quienes mucho amamos, son los que más se estiman y más impresos quedan en la memoria.

3. Además, nos ama tanto porque fue mucho



lo que le costamos, como sucede a todas las madres, que aman comúnmente más a los hijos cuya vida les costó más trabajo y dolor. Mas nosotros somos aquellos hijos por los cuales sufrió la pena indecible de ofrecer la vida de su amantísimo Jesús, y la de verle morir al rigor de los tormentos, con cuya oferta nos alcanzó la vida de la gracia. Así, pues, somos hijos suyos, y muy queridos, porque fue mucho lo que le costamos. Y si el amor del Eterno Padre para con el mundo llegó a tal extremo que por él entregó a la muerte a su unigénito Hijo (*Jn.*, 3, 16), de María también se puede decir: de tal modo nos amó María, que nos dio a su unigénito Hijo. Mas Ella, ¿cuándo lo entregó? Cuando, como dice el Padre Nieremberg, le dio licencia para ir a padecer; cuando, de todos los demás abandonado, por odio o por temor, hubiera podido defenderle delante de los jueces, y no lo hizo. Que bien es creíble que las palabras de una Madre tan amante y discreta hubieran bastado a inclinar en su favor el ánimo de aquellos hombres, especialmente de Pilato, que conoció y confesó públicamente la inocencia de Jesús; pero la Madre no despegó sus labios por no impedir la muerte del que pendía la redención del mundo. Finalmente, le entregó mil veces al pie de la cruz, porque durante tres horas de agonía no cesó de ofrecer la vida de su querido Hijo por nuestro remedio, con sumo dolor, pero también con tal resolución y constancia, que San Antonino llegó a

decir (¡cosa que pasma!) que por sí misma le hubiera inmolado, a ser así la voluntad expresa del Eterno Padre. Porque si la fortaleza de Abrahán fue tan grande, que iba ya a sacrificar a su hijo por cumplir el divino mandato, mucho más santa y obediente que Abrahán fue María. ¡Oh, qué agradecidos debemos estar a su excesivo amor! ¿Con qué se puede pagar una fineza semejante? Dios no dejó sin premio la obediencia del gran Patriarca; mas nosotros, ¿qué podíamos retribuir a la Madre por la vida de aquel Hijo incomparablemente más amado y excelente que Isaac? Muy obligados nos tenéis, Señora, dice San Buenaventura, pues que nadie nos amó jamás tanto, habiendo ofrecido tan a costa vuestra, por nuestro bien, al Hijo a quien amabais más que a la propia vida.

4. De aquí nace otra de las razones de su amor, y es el ver que fuimos comprados con el precio de la sangre de Jesucristo. ¡Cuánto estimaría una madre a un cautivo rescatado por un hijo suyo a costa de veinte años de cárceles y trabajos! Mucho más nos aprecia María, que sabe muy bien que sólo por rescatarnos con su vida vino al mundo nuestro divino Redentor, según Él mismo lo dijo (*Lc.*, 19, 10): *Yo vine a salvar lo que había perecido*; y para salvarlo tuvo a bien entregar la propia vida. Por lo cual, si esta Señora nos amase poco, no sería mostrar toda la estimación



debida a tan preciosa sangre. Santa Isabel de Hungría, terciaria franciscana, tuvo revelación de que la Virgen, desde el día que se consagró a Dios en el templo, no cesó de pedir por nosotros, solicitando con instancia la pronta venida del Mesías. Pues ¿cuánto más debemos creer que nos ame ahora, después de vernos tan estimados y ya redimidos a tanta costa por su Hijo amantísimo?

Y como todos lo fuimos igualmente, no excluye a ninguno de su amor, ni a nadie deja de favorecer. *Vestida del sol la vio San Juan (Apoc., 12, 1)*, porque así como *no hay en la tierra cosa que pueda esconderse del calor del astro (Ps., 18, 7)*, así no hay viviente privado del calor de María, esto es, de su amor. ¿Quién podrá comprender el cuidado que tiene de todos, siendo Madre tan amorosa? A todos, dice San Antonino, nos ofrece y dispensa su misericordia inagotable; a todos nos deseó la salvación eterna, cooperando eficazmente para que la alcanzásemos. Por esto es utilísima la práctica de algunos devotos, los cuales, como atestigua el jesuita Padre Salazar, tienen la costumbre de decir a Dios en sus oraciones: «Señor, dadme lo que pide por mí la santísima Virgen María»; y hacen bien en ello, dice el mismo autor, pues que nuestra Madre nos desea beneficios mucho mayores que los que nosotros podemos desear; y por igual razón le aplica San Alberto Magno aquellas palabras de la Sabiduría (6, 14):

*Praeoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat.* Se anticipa y viene a buscar aun a los que no la buscan. Antes de llamarla ya está allí.

Pues si es tan benigna aun con los ingratos e indolentes, que la aman poco, y no se cuidan de acudir a Ella, ¿cuál será su amor para con los que fervientemente la aman y de continuo la invocan? *Fácilmente se deja ver de los que la aman (Sap., 6, 13).* ¡Qué dulzura para nosotros hallarla tan llena de piedad y amor! *No puede dejar de amar viéndose amada (Prov., 8, 17),* mayormente a los que corresponden a su amor con mayor ternura; que bien conoce los que son, bien sabe distinguirlos entre los demás, llegando hasta presentarse a servir a los que le sirven, en expresión de un sabio religioso. Hallábase próximo a la muerte, como cuenta la Crónica, Leonardo, de la Sagrada Orden de Predicadores, el cual había tenido la práctica de invocarla doscientas veces al día. De pronto, ve a su lado a una Reina hermosísima, que le dice: «Leonardo. ¿quieres venir conmigo donde mi Hijo está?» «¿Quién sois Vos?», preguntó el religioso. «La Madre de misericordia —respondió la Virgen—, y pues que tantas veces me has llamado, ahora vengo por ti; vente conmigo al Cielo.» En esto expiró el religioso, dejando prendas tan envidiables de salvación.

¡Oh dulcísima Reina! ¡Felices los que os

aman! Decía San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús: «Si amo a María, puedo estar seguro de la perseverancia, y todo cuanto quiera lo alcanzaré de Dios.» Por todo esto, el devotísimo joven no se cansaba nunca de repetir: «Quiero amar a María.» Mas, aunque sus devotos la amen cuanto alcancen sus fuerzas, María los ama mucho más. Ámenla tanto como San Estanislao de Kostka, cuyo amor era tan ferviente, que en empezando a hablar de la Virgen comunicaba su fervor a todos los presentes; tan ingenioso, que siempre estaba inventando nuevos nombres y títulos con que venerarla; tan continuo, que no empezaba ninguna cosa sin pedirle antes su bendición; tan afectuoso, que cuando rezaba su Oficio o el santo Rosario, u otras oraciones, parecía que la estaba viendo; tan tierno, que de sólo oír cantar la Salve se le inflamaba el pecho y el semblante; tan filial, que si le preguntaban que si le amaba mucho, respondía: «¿Cómo no la he de amar, si es mi Madre?», acompañando estas expresiones con aspecto y semblante de ángel. — Ámenla tanto como el Beato Hermán, que le decía su amada esposa, con cuyo dulce nombre le había honrado la misma soberana Señora. — Tanto como San Felipe Neri, que sólo de pensar en Ella se llenaba su alma de consuelo, llamándola su delicia. — Tanto como San Buenaventura, que le decía, no sólo Madre y Señora, sino su corazón y su alma. — Ámenla tanto como aquel su finísimo

amante Bernardo, que con la fuerza del amor la llegó a llamar robadora de corazones, asegurando que el suyo de cierto se lo había robado. — Llámennla su querida, como San Bernardino, el cual iba diariamente a una capilla suya, y allí pasaba con Ella las horas enteras en amoroso coloquio. — Ámenla tanto como San Luis Gonzaga, que de sólo oírla nombrar se le encendía el corazón y el rostro. — Ámenla tanto como San Francisco Solano, que algunas veces, como fuera de sí, llevado de una santa locura, se ponía a cantar coplas cariñosas delante de una imagen, a semejanza de lo que hacen de noche los amantes del mundo. — Ámenla tanto como la amaron todos sus siervos, los cuales ya no sabían qué hacer en prueba de su amor: como el Padre Juan de Trejo, de la Compañía, que se llenaba de júbilo al considerarse esclavo suyo, y en testimonio de esclavitud iba muchas veces a visitarla a las iglesias, y allí bañaba el suelo con abundancia de lágrimas, besándole y limpiando el polvo con la cara y la lengua, por ser casa de su amada Señora; como el Padre Diego Martínez, también de la Compañía, que, en premio a su gran devoción a la celestial Señora, en todas sus festividades le llevaban los ángeles al Cielo, a que viese la solemnidad con que allí se celebraban, y al subir iba diciendo a voces: «Quisiera tener todos los corazones de ángeles y santos para amar a María; quisiera tener las vidas de todos los hombres para

darlas todas en obsequio de María»; protestando que de muy buena gana hubiera sufrido los mayores tormentos por que María no hubiese perdido (bien que no podía) un solo gramo de toda su grandeza, y que si ésta hubiera estado en su mano, toda se la hubiera cedido, por ser Ella incomparablemente más digna. Amémosla como Carlos, hijo de Santa Brígida, que aseguraba no haber en el mundo cosa que más le llenase de gozo que el saber lo mucho que Dios amaba a María; o como San Alonso Rodríguez, que deseaba ardientemente dar la vida por Ella; o como Francisco Binans, religioso, y Santa Rade-gunda, reina, que se esculpieron en el pecho su dulce nombre. Lleguen hasta a marcársele a fuego, como hicieron, arrebatados de amor, Juan Bautista Arquinto y Agustín Espinosa, ambos jesuitas. Hagan, finalmente, todo lo que el amor más apasionado y ardiente les pueda inspirar, que nunca llegarán sus amantes a quererla tanto como Ella los ama. «Sé muy bien, Señora —decía un discípulo de San Bernardo—, que sois amantísima y que en el amar no os dejáis vencer de nadie.» Se hallaba una vez delante de una imagen suya San Alonso Rodríguez, y sintiéndose abrasado en su amor, le dijo: «Madre mía, ¡si Vos me amarais tanto como os amo yo!» A lo cual respondió la Virgen: «Eso no, Alonso: que, aunque es grande el amor que me tienes, es mucho más lo que yo te amo.» Tiene razón el piadoso autor del *Salterio*



*Mariano* para exclamar: «¡Felices los que son firmes en el amor de esta amabilísima Señora!» Felices, porque siendo tan agradecida, no deja que nadie la exceda en el amor, imitando en esto, como en todo lo demás, a su Hijo santísimo, que en pago de cualquier obsequio vuelve duplicados los favores. Exclamaré yo también, con San Anselmo: Derrítase mi corazón en el amor de Jesús y María. Haced, Señor; haced, Madre mía, que llegue a amaros tanto como merecéis. ¡Oh Dios, enamorado de los hombres!, pues que disteis voluntariamente la vida por ellos, ¿podréis negar ahora vuestro amor a quien pide amaros con todo el corazón a Vos y a vuestra dulce Madre?

#### EJEMPLO.

##### *Santa muerte de una pastorcita.*

Una pastorcilla que guardaba ganado tenía puesta toda su afición y delicia en ir muchas veces a una ermita de nuestra Señora, edificada en el monte, y pasar allí el tiempo en obsequios y amorosos coloquios con su dulce Madre. Y por no estar la imagen, que era de bulto, tan adornada como convenía, le hizo con mucha fatiga un manto decente. Un día trajo una guirnalda de flores silvestres, y subiéndose al altar, se la puso, diciendo: «Madre mía, yo quisiera que fuese una corona de oro y piedras preciosas; pero como pobre os



ofrezco esta guirnalda de flores; aceptadla en testimonio de lo mucho que os amo.» Con estos y otros obsequios semejantes procuraba venerarla y servirla.

Veamos ahora cuál fue la recompensa de parte de la tierna Señora para con esta su querida hija. Habiendo caído enferma de peligro, sucedió que yendo por allí de viaje dos religiosos, y habiéndose sentado a descansar a la sombra de un árbol, tuvieron una visión, el uno en sueños y el otro despierto. Vieron que se acercaba una compañía de doncellas muy hermosas, y una entre todas mucho más hermosa y llena de majestad, a la que preguntó uno de ellos: «Señora, ¿quién sois y a dónde vais por estos caminos?» «Soy la Madre de Dios — respondió —, que con estas santas vírgenes voy a visitar aquí cerca a una pastorcilla que se está muriendo, pues ella me ha visitado muchas veces a Mí.» Y dicho esto, desaparecieron. Los dos religiosos siervos de Dios se dijeron uno a otro: «Vamos también nosotros.» Y llegando a la choza, hallaron a la meribunda echada en la paja. La saludaron, y ella les dijo: «Hermanos, pedid a Dios que os abra los ojos del alma para que veáis la compañía que me asiste.» Se arrodillaron y vieron a la Virgen, que, con una corona en la mano, estaba consolándola. En esto comenzaron las vírgenes a cantar, y al mismo tiempo se desató del cuerpo aquella alma dichosa. María le puso la corona, y

tomándola en sus dulces brazos, se la llevó consigo al Cielo.

#### ORACIÓN.

¡Oh Señora, os diré como San Buenaventura, oh amabilísima Señora, que amando y dispensando gracias robáis los corazones de los hombres!: llevaos también el mío, pues, aunque miserable, desea amaros ardientemente. Vos, Madre mía, con vuestra belleza enamorasteis al mismo Dios, y le trajisteis del Cielo a vuestro seno purísimo; ¿cómo podré yo vivir sin amaros? Igualmente os diré con aquel otro vuestro amante hijo San Juan Berchmans: «No descansaré hasta conseguir un amor muy afectuoso a mi dulcísima Madre», un amor tierno y constante, pues que fue tan grande el vuestro para conmigo, sin merecerlo, antes bien, a no haber sido por él y por las muchas misericordias que de Dios me habéis alcanzado, ¿qué sería ya de mí? Si, pues, aun entonces, que no os amaba, Vos me amabais tanto, ¿qué no debo esperar de la bondad de vuestro corazón ahora que ya os amo? Os amo, Madre mía, sí, os amo, y quisiera juntar en mi pecho el amor de cuantos infelices hay en el mundo que no quieren amaros. Quisiera tener millares de lenguas para dar a conocer vuestra grandeza, vuestra santidad, vuestra misericordia y el amor grande con que correspondéis a todos los que os aman. Si tuviere riquezas, todas las emplearía en vuestro honor y culto; si tuviese vasallos, a todos los quisiera obligar a ser vuestros amantes. Quisiera dar la vida por Vos, siendo necesario. Os amo, Madre mía, pero, por otra parte, temo que el mío no es amor verdadero, pues dicen que el amor hace semejantes a las personas que se aman. Y así, viéndome tan diferente a Vos, lo tengo por señal de no amaros como debo. Vos tan pura, yo tan inundo; Vos tan humilde, yo tan soberbio; Vos tan santa, yo tan pecador. Mas esto es lo que hoy humildemente os pido, que ya que vuestro amor para conmigo es tan grande, que me hagáis semejante a Vos. Poder tenéis para mudar los corazones; aquí está el mío: tomadle en vuestras manos sacratísimas y trocadle enteramente, dando a conocer al mundo lo mucho que podéis en favor de los que amáis, y haciéndome de este modo santo e hijo digno de tan alta Madre, como lo espero con toda confianza por vuestra bondad. Amén.

#### 4.º — *María también es Madre de los pecadores arrepentidos.*

La misma piadosísima Virgen aseguró a Santa Brígida que no sólo es Madre de los inocentes y justos, sino también de los pecadores, con tal de que propongan enmendarse. ¡Oh, y con qué benignidad recibe a sus pies esta Madre de misericordia a cualquier pecador arrepentido! Así lo escribía San Gregorio VII a la princesa Matilde: «Pon fin al pecado y encontrarás a María más amorosa que una madre carnal; te lo prometo con toda certidumbre.» La condición que nos pide para ser sus hijos es dejar la culpa. Sobre aquellas palabras de los Proverbios (31, 28): *Se levantaron sus hijos*, reflexiona un escritor devoto que antes puso *se levantaron* y después los llama *hijos*; porque no puede ser *hijo* de María quien primero no *se levanta* del estado de la culpa donde había caído. En efecto, si mis obras son contrarias a las de María, niego con ellas ser *hijo suyo*, o es lo mismo que decir que no lo quiero ser. ¿Cómo es posible que uno sea su *hijo* y al mismo tiempo soberbio, deshonesto, envidioso? ¿Quién tendrá el arrojo de llamarse *hijo* suyo dándole con las malas obras tantos disgustos? Le decía una vez cierto pecador: «Señora, muestra que eres Madre»; y la Virgen le respondió: «Muestra que eres hijo.» Y a otro que le invocaba como Madre de misericordia, le dijo: «Vosotros, cuando queréis que os favorezca, me

llamáis Madre de misericordia; pero con tanto pecar, me hacéis Madre de miseria y dolor.» Dice el Señor en el libro del *Eclesiástico* (3, 18): *Maldito es de Dios el hombre que exaspera a su Madre; es decir, a su Madre María, como explica el mismo autor, porque Dios, sin duda, maldice al que con su mala vida y obstinación aflige a una Madre tan buena.*

Otra cosa es cuando, a lo menos, se esfuerza el pecador por salir de su mal estado, y se vale para ello del favor de María; que entonces no dejará, por cierto, esta piadosa Madre de socorrerle, para que, al fin, recobre la gracia y amistad de Dios. Así los oyó Santa Brígida una vez, de boca del mismo Jesucristo, que dijo a su Madre amantísima estas palabras: «Al que se esfuerza por volver a mí, Tú, Madre mía, le ayudas, sin dejar privado a nadie de consuelo.» Si el pecador se obstina, no puede merecer el amor de María; pero si aunque alguna pasión le tenga cautivo, sigue encomendándose y pidiéndole con humildad y confianza que le ayude a salir de su mal estado, sin duda le dará la mano, siendo Madre tan misericordiosa, y romperá sus prisiones y le pondrá en camino de salvación.

El sagrado Concilio de Trento (sess. 6, c. 7) condenó como herejía el decir que las oraciones y demás buenas obras hechas por la persona que está en pecado son pecados. No lo son, porque si bien

«la oración en la boca del pecador no es *hermosa*», como dice San Bernardo, por no ir acompañada de la caridad, es, por lo menos, útil y fructuosa para salir del estado de la culpa; y aunque tampoco es *meritoria*, Santo Tomás enseña que sirve para alcanzar la gracia del perdón, supuesto que la virtud para conseguirla no se funda en los méritos del que ruega, sino en la bondad divina y en la promesa y merecimientos de Jesucristo, que dijo en el Evangelio (Lc., 11, 10): *Todo el que pida, recibirá*. Y lo mismo debe entenderse en orden a la Madre de Dios. Si el que pide no merece ser oído, los méritos de María, a quien se encomienda, harán que lo sea. Por lo cual, exhorta San Bernardo a todos los pecadores a dirigirse a María en sus oraciones con gran confianza. «Porque te habías hecho indigno de recibir la gracia, se concedió a María que por Ella recibas cuanto has menester.» Este es su oficio, oficio de Madre, y de tan buena Madre. ¿Qué no haría cualquiera madre por reconciliar a dos hijos suyos que se aborreciesen y buscasen para matarse? María es Madre de Jesús y Madre del pecador; y como no puede sufrir verlos enemistados, no descansa hasta ponerlos en paz. Dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: «Oh María, Tú eres la Madre del reo, tú la Madre del Juez; y siendo Madre de ambos, no puedes tolerar que haya discordia entre tus dos hijos.» Sólo exige del pecador que él se lo ruegue y tenga propósito de enmendarse. Cuando le ve pidiendo a sus pies



misericordia, no mira los pecados que trae, sino el ánimo con que viene. Si viene con buena intención, aunque haya cometido todos los pecados del mundo, le abraza, y sin desdeñarse de tanta miseria, le sana las heridas del alma, siendo, como es, *Madre de misericordia*, no sólo en el nombre, sino en las obras y en el amor y ternura con que nos recibe y favorece. En estos mismos términos le dijo a Santa Brígida la misma Señora: «Por mucho que uno peque, al punto le recibo; no miro a los pecados que trae, sino a la intención con que viene; no me desdeño de ungir y curar sus llagas, pues me llamo y soy en verdad Madre de misericordia.»

María, pues, es Madre de los pecadores que desean convertirse, y como tal, no sólo se compadece de ellos, sino que parece que siente como propio el mal de sus hijos. Cuando la Cananea rogó al Señor que librase a su hija de un demonio que la atormentaba, dijo (*Mt.*, 15, 22): *Ten misericordia de mí; una hija mía es molestada por el demonio*. Si la hija lo era y no la madre, parece que debió haber dicho: «Señor, compadeceos de mi hija.» Pero la mujer habló bien, porque las madres sienten como propios los males de sus hijos. Pues así es, puntualmente, como pide a Dios María por cualquier pecador que se acoge a Ella, y podemos creer que le dice de esta manera: «Señor, esta pobre alma, que está en pecado, es hija mía; ten misericordia, no tanto de ella como de Mí, que soy su Madre.»



¡Ojalá que todos los pecadores recurriesen a tan dulce Madre! Todos alcanzarían perdón. «¡Oh María! — exclama, maravillado, el autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA —, Tú abrazas con afecto materno al pecador que todo el mundo desecha, sin que le dejes hasta verle reconciliado con el supremo Juez.» Quiere decir que, cuando el hombre, por el pecado, se ve aborrecido y desechado de todos; cuando aun las criaturas insensibles, como el fuego, el aire y la tierra, quisieran castigarle y vengar el honor de su Criador ofendido, María le estrecha en sus brazos con afecto de madre, si él llega arrepentido a sus pies, y no le deja hasta reconciliarle con Dios y volverle a la gracia perdida.

Se echó a las plantas de David, como cuenta el libro II de Samuel (14, 6), una mujer de Tecua, celebrada por su discreción, y le dijo así: *Señor, yo tenía dos hijos, los cuales, por desgracia mía, riñeron, y el uno mató al otro, y después de haber quedado sin el uno, ahora quiere la justicia quitarme el otro. Tened compasión de mí y no permitáis, Señor, que me vea privada de mis dos hijos.* El rey, compadecido, perdonó al delincuente, y se lo mandó volver libre. Pues esto viene a ser lo que dice María cuando ve a Dios airado contra el pecador que la invoca: Dios mío, Yo tenía dos hijos, que eran Jesús y el hombre; éste ha dado a Jesús la muerte, y vuestra justicia quiere castigar al culpable; pero, Señor, tened compasión de Mí, y si perdí al uno, no

consintáis que pierda al otro también. ¡Ah! ¿Cómo Dios le ha de condenar, amparándole María y pidiéndole por él así, cuando el mismo Señor le dio por hijos a los pecadores? «Yo se los di por hijos, parece que dice Su Divina Majestad, y Ella es tan solícita en el desempeño de su oficio, que a ninguno deja perecer de cuantos tiene a su cargo, especialmente si la invocan, sino que hace los mayores esfuerzos para restituirlos a mi amistad.» Y ¿quién podrá comprender la bondad, misericordia y caridad con que nos recibe siempre que imploramos su ayuda y favor? Postrémonos a sus sagrados pies, dice San Bernardo, abracémoslos con toda confianza, y no nos apartemos de allí hasta lograr que nos bendiga y nos reconozca por hijos. Nadie desconfíe de su amor, sino dígame con todos los afectos del alma: «Madre y Señora mía, bien merezco por mis pecados ser desechado de Vos y recibir de vuestra mano cualquier castigo; pero aunque supiera perder la vida, no he de perder la confianza de que me habéis de salvar. Toda mi esperanza la pongo en Vos, y con sólo que me concedáis morir delante de una imagen vuestra, implorando vuestra misericordia, no dudaré conseguir el perdón y volar al Cielo a bendeciros en compañía de tantos siervos vuestros que murieron implorando vuestro auxilio y fueron salvos por vuestra poderosa intercesión.»

Léase el ejemplo siguiente, y véase si podrá

ningún pecador desconfiar de la misericordia y amor de esta buena Madre, siempre que la invoque de corazón.

### EJEMPLO.

*Ernesto, el monje bandolero.*

Cuenta el P. Carlos Bovio, S. J., que en la ciudad de Radulfo, en Inglaterra, hubo un joven de casa noble, llamado Ernesto, el cual, habiendo repartido sus bienes a los pobres, abrazó la vida religiosa en un monasterio, donde vivía con tal observancia y perfección, que los superiores le estimaban grandemente, en especial por su singular devoción a la Virgen nuestra Señora. Tanta era su virtud, que habiendo entrado una epidemia en aquella ciudad, y acudiendo la gente al monasterio para solicitar de los religiosos asistencia y oraciones, mandó el abad a Ernesto que fuese a pedir favor a la Virgen, delante de su altar, sin apartarse de allí hasta que le diese respuesta. Ernesto obedeció, y a los tres días de perseverar en esta disposición, le ordenó la Virgen ciertas oraciones que se habían de decir, y así cesó la peste.

Pero después se entibió, y el enemigo empezó a molestarle con varias tentaciones, especialmente contra la castidad, y con la sugestión de que huyese del monasterio. El infeliz, por no haberse encomendado a la Virgen, se dejó al cabo vencer,

determinado a descolgarse por una pared. Pero pasando con este mal pensamiento delante de una imagen que estaba en el claustro, le habló la piadosísima Virgen, diciéndole: «Hijo, ¿por qué me dejas?» Sobrecogido y con gran compunción, respondió: «¿No veis, Señora, que ya no puedo resistir más? ¿Por qué Vos no me ayudáis?» «Y tú — replicó la Virgen —, ¿por qué no me invocas? Si te hubieras encomendado a Mí, no te sucedería eso; hazlo en adelante, y no temas.» Fortalecido con estas palabras, se volvió a la celda.

Allí le asaltaron de nuevo las tentaciones, y como ni entonces acudió a la Virgen, finalmente se escapó del monasterio, y a poco se dio a todos los vicios, viniendo a parar, de pecado en pecado, hasta hacerse salteador de caminos. Después alquiló una venta, donde, por la noche, por robar a los pasajeros, les quitaba la vida. Entre las muertes que hizo, mató a un primo del gobernador, quien por varios indicios empezó a formarle proceso. Entre tanto llegó al mesón un caballero joven, y luego que anocheció, el huésped fue donde dormía, con ánimo de asesinarle, según costumbre. Se acerca, y en lugar del caballero, ve tendido en la cama un Santo Cristo, que, mirándole benignamente, le dice: «Ingrato, ¿no te basta que haya muerto por ti una vez? ¿Quieres volverme a quitar la vida? Pues extiende la mano y hiéreme.» Admirado y confuso, Ernesto empezó a llorar amarga-

mente, diciendo así: «Vedme aquí, Señor: ya que usáis conmigo de tan grande misericordia, quiero volverme a Vos.» Y sin diferirlo un instante, salió con dirección al monasterio. Pero en el camino fue preso por los ministros de la justicia y llevado al juez, delante del cual confesó todos sus delitos, por los que fue condenado a la pena de horca, y tan ejecutiva, que ni siquiera le dieron tiempo de confesión. El se encomendó entonces de veras a la Virgen misericordiosa, y al tiempo de echarle los cordeles al cuello, la Virgen le detuvo para que no muriese, y después soltó la cuerda y le dijo: «Vuelve al monasterio, haz penitencia, y cuando me vuelvas a ver con una cédula en la mano, en que estará escrito el perdón de tus pecados, disponte a morir.» Así lo hizo: contó al abad todo lo sucedido, hizo penitencia rigurosa por muchos años, al cabo de los cuales vio a la Virgen dulcísima con el papel en la mano, se acordó del aviso, se dispuso para la última partida y acabó santamente.

#### ORACIÓN

¡Oh Reina soberana, digna Madre de Dios! El conocimiento de mi vileza y la multitud de mis pecados debieran quitarme el ánimo de acercarme a Vos y llamaros Madre. Pero aunque es tanta mi infelicidad y miseria, es mucho también el consuelo y confianza que siento en llamaros Madre. Merezco, bien lo sé, que me desechéis; pero humildemente os ruego que miréis lo que hizo y padeció por mí vuestro divino Hijo, y entonces, si podéis, despedidme. Es cierto que no hay pecador que haya ofendido tanto como yo a la divina Majestad: pero estando el mal ya hecho, ¿qué recurso me queda

sino acudir a Vos, que podéis ayudarme? Sí, Madre mía, ayudadme.

No digáis «no puedo», porque sois omnipotente y alcanzáis de Dios todo cuanto queréis. No respondáis tampoco «no quiero», o bien decidme a quién he de acudir pidiendo el remedio de mi desventura. A Vos y a vuestro Hijo os diré con San Anselmo: Señor, compadeceos de este infeliz, y Vos, Señora, intercede por mí o mostradme otros corazones más piadosos a quienes pueda recurrir con más confianza, pero, ¡ah!, que ni en la tierra ni en el Cielo se encuentra quien tenga de los desdichados más compasión, ni quien mejor los pueda socorrer. Vos, Jesús mío, sois mi Padre; Vos dulce María, sois mi Madre. Cuanto más infelices somos los pecadores, más nos amáis y con mejor solicitud nos buscáis para salvarnos. Yo soy reo de muerte eterna, yo soy el más miserable de todos los hombres; pero con todo, no es menester buscarme, ni es esto lo que ahora pretendo, pues voluntariamente corro a vuestros pies. Aquí me tenéis; no seré desdichado, no quedaré confundido; Jesús mío, perdonadme; Madre mía, interceded por mí.



## CAPITULO II

### VIDA Y DULZURA

1.º — *María es vida nuestra, porque nos alcanza el perdón de los pecados.*

Para conocer el motivo por qué la santa Iglesia llama a la Reina de los ángeles *vida nuestra*, es de saber que así como el alma es la que da vida al cuerpo, así la divina gracia es la vida del alma. Porque un alma sin la gracia de Dios tiene nombre de viva; pero, en verdad, está muerta, como se dijo en el *Apocalipsis* (3, 1), a uno: *Tienes nombre de vivo; pero estás muerto.* Y María es la que, alcanzando a los pecadores la divina gracia, les restituye la vida verdadera. Así lo enseña la santa Iglesia, que le pone en la boca estas palabras de los *Proverbios* (8, 17): *Los que madruguen para venir a Mí, me hallarán.* Y el *madrugar* quiere decir acudir al instante que puedan. Los setenta intérpretes traducen: *Hallarán la gracia*; de manera que es lo mismo hallar a María que recobrar la gracia de Dios. Y poco más abajo dice el mismo libro de los

*Proverbios (8, 35): El que me encuentre, hallará la vida y recibirá de Dios la salvación. «Oíd — dice el SALTERIO MARIANO —, oíd, los que deseáis el reino de Dios: honrad a la Virgen María y hallaréis la vida y la salud eterna.»*

Llegó a decir San Bernardino de Sena que si Dios no aniquiló a los hombres después del pecado, fue por el amor especial con que ya miraba a esta futura Hija suya; y que no dudaba que por Ella sola había concedido perdón y hecho todas las misericordias que usó con los pecadores en la antigua Ley. Por esto nos exhorta San Bernardo a buscar la gracia, y buscarla por medio de María, porque Ella fue quien la encontró, y así la llama el Santo: *la que halló la gracia: inventrix gratiae*; de lo cual la cercioró el ángel San Gabriel, diciéndole, para consuelo nuestro (*Lc.*, 1, 30): *No temas, María, que has hallado gracia*. Pero, ¿cómo podía decir el ángel esto, si María nunca la había perdido? Una cosa dícese con verdad, que la encuentra quien antes no la tenía; y la Virgen siempre estuvo con Dios, siempre con la gracia, y aun llena de gracia, según el mismo Arcángel testificó diciendo: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo*. Pues si para sí no la encontró, por haber estado siempre *llena*, ¿para quién fue? Para los pecadores que la habían perdido. Corran, pues, a María los pecadores que han perdido la gracia y la hallarán seguramente; corran y díganle con un piadoso

escrito: «Señora, las cosas deben restituirse a quien las pierde; nosotros perdimos esta joya preciosa, a nosotros se ha de devolver.» Como que agradó siempre a Dios, y le agradará eternamente, si acudimos a Ella, sin duda ninguna hallaremos lo que buscamos. Dice en los *Cantares* (8, 10) la misma Señora: *Yo soy muro y mis pechos como una torre*; y añade: *Desde que fui en sus ojos como la que halla paz*. Es decir, que Dios la puso en el mundo para que fuese nuestro muro y defensa. Con cuyas palabras alienta San Bernardo al pecador y le dice: «Ve, y busca la Madre de la misericordia, y muéstrale las llagas de tu alma, que Ella pedirá a su Hijo santísimo que te perdone, por aquel licor precioso con que le alimentó; y el Hijo, que la ama tanto, no dejará de oírla.» Con este espíritu nos manda la santa Iglesia pedir en aquella oración que decimos frecuentemente: «Ayuda nuestra fragilidad, ¡oh Dios misericordioso!, para que por la intercesión de nuestra Madre, cuya memoria renovamos, nos veamos libres de nuestras iniquidades.»

Motivo tenía, pues, San Lorenzo Justiniano para llamarla «Esperanza de malhechores», por ser Ella la única que les alcanza el perdón. Motivo San Bernardo para llamarla «Escala de pecadores», porque Ella es la que da la mano a todos los caídos, sacándolos del precipicio y levantándolo de nuevo a Dios. Motivo tenía San Agustín para llamarla «Única esperanza de los pecadores», pues sólo por

su medio podemos esperar la remisión de todos nuestros pecados. Motivo San Juan Crisóstomo para saludarla así en nombre de todos: «Dios te salve, Madre de Dios y Madre nuestra, cielo donde Dios reside, trono en que dispensa toda suerte de gracia; pide siempre a Jesús por nosotros, a fin de que por tus oraciones obtengamos el perdón en el día de la cuenta, y después la eternidad feliz.» Motivo hay, pues, para llamarla *Aurora* (*Cant.*, 6, 9), porque así como la aurora es fin de la noche y principio del día, dice el Papa Inocencio III, así la Virgen Santísima fue extirpación y fin de todos los vicios. Aquellos admirables efectos que produjo en el mundo cuando nació, los produce siempre que en un alma nace su devoción, pues disipa las tinieblas de nuestros pecados y nos pone en el camino de la virtud. Por eso dice San Germán: «¡Oh Madre de Dios! Vuestra defensa es inmortal, vuestra intercesión es vida, vuestro nombre, a quien le pronuncia con devoción, es señal de tener ya vida o de haberla de recibir en breve.»

Anunció María en su Cántico (*Lc.*, 1, 48) que *todas las generaciones habian de llamarla bienaventurada*. «Sí, Señora — repite San Bernardo — ; todas las generaciones ahora y siempre os han de llamar bienaventurada, porque para todas habéis engendrado la vida y la gloria, y por Vos han de hallar los pecadores misericordia, y los justos, gracia.» Pecador, no desconfíes aunque hayas cometido todos

los pecados imaginables, sino acude a María, y verás sus manos llenas de misericordia, y conocerás por experiencia que es mayor su deseo de usarlas contigo que el tuyo de recibirlas.

San Andrés Cretense llama a María «Fianza del perdón divino y prenda de nuestra reconciliación». Siempre con el bien entendido que nos hemos de valer de su amparo para reconciliarnos con Dios, pues de este modo es como el Señor promete perdonarnos, y lo asegura con una prenda. ¿Y cuál es la prenda? María, a quien Él mismo nos dio por abogada, y por cuya intercesión, unida a los méritos de Jesucristo, perdona Dios a cuantos recurren a Ella. Santa Brígida oyó de boca de un ángel que ya en tiempos antiguos se alegraban los Profetas al saber que por la humildad y pureza de esta Virgen preciosa había Dios de aplacarse y reconciliar consigo a los pecadores, que tenían provocada su justa ira.

Nunca, pues, debe temer el pecador que le despida María cuando la invoca, porque es Madre de misericordia, y como tal, desea que se salven aun los más miserables, como que es arca de refugio y ninguno de cuantos se acogen a Ella padecerá el naufragio de la eterna perdición, dice San Bernardo. En el Arca de Noé, hasta los animales se libraron de las aguas del Diluvio, y bajo el manto de María quedan salvos los pecadores. Una

vez la vio Santa Gertrudis con el manto extendido, bajo el cual se habían refugiado muchas fieras: leones, osos y tigres; y María, lejos de echarlos de Sí, los recibía y acariciaba con grandísimo agrado, entendiendo por aquí la Santa que cuando los pecadores más perdidos buscan a María, no son desechados, sino acogidos y libres de la muerte eterna. Entremos, pues, en esta arca saludable, refugiémonos bajo este manto sagrado, y hallaremos misericordia y lograremos la salvación.

#### EJEMPLO.

##### *Elena, convertida por rezar el rosario*

Cuenta el P. Bovio, S. J., que una mala mujer, por nombre Elena, entró una vez en la iglesia, donde oyendo predicar un sermón de las excelencias del santo Rosario, al salir compró uno, pero de vergüenza le llevaba escondido. Empezó, con todo, a besarlo, y aunque al principio lo hacía sin devoción, después le infundió la Virgen tal consuelo y dulzura, que ya quería estarle siempre rezando. Con esto concibió un horror tan grande de su mala vida, que no podía sosegar, sintiéndose como impelida a ir a confesarse. Hízolo con extraordinarias muestras de arrepentimiento y admiración del confesor. Acabada la confesión, fue a dar gracias a la Virgen Santísima delante de un altar; allí rezó el Rosario, y la Señora le habló así desde aquella imagen: «Elena, basta ya de ofensas; desde



hoy muda de vida y Yo te favoreceré.» Confusa con estas palabras, respondió: «¡Ah, Señora, es cierto que hasta aquí he sido muy mala; pero Vos, que todo lo podéis, ayudadme; en vuestras manos me pongo; haré penitencia todo lo que me queda de vida.» Salió de allí con esta firme resolución; vendió cuanto tenía, lo repartió a los pobres y emprendió una vida muy penitente. Tenía tentaciones, y muy terribles; pero acudiendo a la Virgen, salía victoriosa. Así llegó con el tiempo hasta merecer favores sobrenaturales, como visiones, revelaciones y profecías. Finalmente, antes de morir (de que ya tenía aviso de María Santísima) se le apareció la misma Señora en compañía de su divino Hijo, y al tiempo de expirar vieron algunas personas que el alma de aquella pecadora volaba a los Cielos en figura de una paloma muy hermosa.

#### ORACIÓN

¡Oh Madre de Dios y única esperanza mía! Ved aquí a vuestros pies a un pecador miserable, que implora vuestra clemencia. A una voz os dice toda la Iglesia Madre de pecadores. Pues si lo sois, a Vos me acojo; Vos me habéis de salvar. Bien sabéis cuánto desea vuestro amantísimo Hijo mi salvación y lo mucho que padeció por ella. Hoy os ofrezco todas sus fatigas y dolores, el desabrigo del pesebre, los trabajos de la huida a Egipto, el cansancio y sudor, la sangre derramada y las penas con que expiró en la cruz a vuestra presencia. Dad a conocer a todo el mundo, favoreciéndome, lo mucho que la amáis, pues por el amor que le tenéis imploro vuestro valimiento. Dad la mano a un caído digno de compasión. Si yo fuese justo, no pediría misericordia; pero como soy pecador, os busco a Vos, que sois Madre de piedad; y pues vuestro amoroso corazón se alegra de favorecer a los miserables que no se obstinan, hoy le podéis dar este

gusto y a mí un gran consuelo, que, aunque pecador y digno de las penas eternas, no estoy obstinado todavía, por la divina misericordia. Decidme, Señora, qué tengo que hacer, y alcanzadme fuerza para ello; por mi parte, dispuesto me hallo a todo lo que fuese menester para recobrar la gracia perdida. Bajo vuestro manto me acojo. Vuestro Hijo santísimo quiere que acuda a Vos, que sois su Madre, para que por la virtud de su sangre y de vuestros ruegos poderosos, sea de ambos la gloria de haberme salvado. Él me envía para que Vos me socorráis. Aquí me tenéis; en Vos confío. Ya que pedis por otros, decid también por mí siquiera una palabra. Decid al Señor que deseáis mi salvación, y me salvará. Decid que soy vuestro, y me basta.

## 2.º — *La Virgen también es nuestra vida, porque nos obtiene la perseverancia.*

Es la perseverancia final don tan alto y precioso, que ningún hombre lo merece, sino que es del todo gratuito, como tiene la Iglesia declarado en el Concilio de Trento. Con todo, San Agustín enseña que se puede alcanzar con la oración, y aun infaliblemente. Añade el Padre Suárez: «... con tal que no cesemos de pedirlo hasta el fin»; pues, en expresión de San Roberto Belarmino, cada día se debe pedir para que cada día se pueda obtener. Ahora bien: conforme a la opinión común, y cierta para mí, como probaré en el capítulo V, si es verdad que dispensa Dios, por mano de María, todas las gracias que concede a los hombres, no habrá duda en que también alcanzaremos por su medio el don de la perseverancia, que es la gracia suprema. Sí, la alcanzaremos pidiéndosela siempre con toda confianza. Ella misma lo promete

a cuantos la sirvan con fidelidad; y la santa Iglesia, que es infalible, le pone en la boca las palabras que lo aseguran (*Eccli.*, 24, 30): *Los que se guían por Mí no pecarán; los que me dan a conocer obtendrán la vida eterna.*

Para perseverar en gracia hasta la muerte necesitamos fortaleza espiritual con que resistir a los asaltos del enemigo, la cual sólo se alcanza por medio de María (*Prov.*, 8, 14): *Mía es la fortaleza.* En mi mano ha puesto el Altísimo este don, para que le dispense a mis devotos. *Por Mí reinan los reyes.* Con mi fervor rigen mis siervos sus sentidos, dominan sus pasiones y se hacen dignos de reinar después eternamente. ¡Oh, qué esfuerzo sienten en sí los siervos de esta gran Señora para vencer todas las tentaciones! María es aquella *torre inexpugnable ceñida de escudos y defensa*, donde tienen las almas fieles *armas en abundancia* para pelear y vencer a todos sus contrarios (*Cant.*, 4, 4).

También se llama *plátano* (*Eccli.*, 24, 19), porque el plátano tiene las hojas grandes y parecidas a un escudo; esta propiedad explica bien la protección y firmeza con que María defiende a los suyos; o bien, dice el Beato Amadeo, porque así como los viajeros se guarecen de la fuerza del sol y la lluvia bajo las hojas de este árbol, así los hombres bajo el manto de María hallan refugio contra el ardor de las pasiones y la violencia de la tentación. ¡Desdi-

chado de aquel que se aparta de tan segura defensa! ¡Desdichado del que olvida su devoción y no recurre a Ella en los peligros! ¿Qué sucedería si llegase a faltar el sol?, dice San Bernardo. ¿Qué sería entonces el mundo, sino un caos tenebroso y horrendo? Pierda el alma la devoción de María, y luego se cubrirá de tinieblas, de aquellas tinieblas donde sólo habitan fieras terribles, cuales son el pecado y el diablo (*Ps.*, 103, 20). ¡Ay de aquellos que se ofenden de la luz de este sol, que desprecien la devoción de María! Con sobrado motivo dudaba mucho San Francisco de Borja de la perseverancia de aquellos en quienes no veía una devoción especial a esta soberana Señora. Preguntó una vez a ciertos novicios cuáles eran los Santos de su mayor devoción, y advirtiéndole que algunos de ellos no la tenían particular con la Virgen Santísima, avisó al Maestro de novicios que estuviese alerta; y fue así que, al fin, aquellos desdichados salieron de la religión.

También tenía San Germán motivo para llamar a la Santísima Virgen «Respiración y aliento de todo cristiano»; porque si el cuerpo sin respirar no puede vivir, tampoco el alma puede conservar la vida de la gracia, sino por medio de María, que nos la consigue seguramente. Tuvo un día el Beato Alano una gravísima tentación, y por no haberse encomendado a la Virgen, poco le faltó para ser vencido y perecer; pero la Soberana Señora se le

apareció, y para que otra vez fuese más advertido, le dio una bofetada y le dijo: «Si hubieses acudido a Mí, no te hubieras visto en semejante peligro.»

Al contrario, dice María: *Dichoso el que oye mi voz, y va todos los días a pedir a las puertas de mi misericordia luz y socorro* (Prov., 8, 34). Abundancia de luz y pronto socorro le dará María para salir de sus vicios y volver al camino de la virtud.

Inocencio III la llama hermosamente «Luna en la noche, y Aurora temprana, y Sol al mediodía». *Luna*, al que vive ciego en la oscuridad del pecado, iluminando su alma, para que vea su infeliz estado y el peligro en que se halla de condenarse; *Aurora*, al que comienza a conocer el riesgo, para ayudarle a recobrar la gracia; y *Sol clarísimo*, al que ya está en gracia de Dios, para que no vuelva a caer en el precipicio.

Aplican a María los Doctores sagrados aquellas palabras de la Escritura santa (Eccli., 6, 31): *Sus lazos son ataduras saludables. ¿Y por qué lazos y ataduras?* Porque *liga* a sus devotos para que no huyan y se extravíen por los campos del vicio. Añade el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: *María descansa en la plenitud de los Santos* (Eccli., 24, 16), porque vive en medio de los Santos, y los detiene para que no vuelvan atrás, y les conserva la virtud para que no descaezcan, y sujeta con su poder al diablo para que no les haga daño.



*Todos sus devotos tienen dos vestidos (Prov., 31, 21);* es decir, las virtudes de Cristo y las de María, como explica doctamente Cornelio a Lápile; y así vestidos viven bien y acaban bien; por lo cual exhortaba tantas veces San Felipe Neri a sus penitentes, diciéndoles: «Hijos, si queréis perseverar, sed devotos de la Virgen Santísima»; y lo mismo aseguraba San Juan Berchmans, como ya dijimos. Es hermosa la reflexión de un piadoso abad a propósito de la parábola del hijo pródigo. Dice que si hubiera tenido madre, aunque tan díscolo, no se hubiera ido de la casa paterna, o hubiera vuelto mucho antes; dando a entender que el que tiene la dicha de ser hijo de María, o no se aparta nunca de Dios, o, si le acontece tal desgracia, vuelve pronto por medio de la Madre amantísima.

¡Oh, si amasen a esta benignísima y amorosísima Señora todos los hombres! Si luego que sintiesen la tentación corriesen a sus brazos, ¿quién caería jamás?, ¿quién se perdería? Sólo se pierde quien no la invoca. San Lorenzo Justiniano le aplica aquellas palabras de la Escritura: *Anduve sobre las olas del mar*; como si dijese: «Yo me hallo con mis siervos en medio de las tempestades, para asistirlos y librarlos de la perdición eterna.»

Cuenta el Padre Bernardino de Bustos que a un pajarillo le enseñaron a decir *Ave María*, y vinien-



do una vez a cogerle un gavián, dijo: *Ave María*, y el gavián quedó muerto. Pues si el ave, sin entender lo que decía, se libró de la muerte, mucho más debe esperar esto una persona racional si invoca de corazón su dulce nombre cuando le asalte el enemigo de las almas. Al sentir la tentación, dice Santo Tomás de Villanueva, no hay que discurrir ni hacer otra cosa sino acogernos al instante bajo el manto de María, como los polluelos bajo las alas de la madre cuando el milano viene. Vos, Madre y Señora, nos defenderéis, porque no tenemos otro amparo ni otra esperanza y protección en quien, después de Dios, podamos confiar.

Concluyamos con aquellas palabras tan afectuosas de San Bernardo: «¡Oh tú, quienquiera que seas, advierte que en esta vida, más bien que andar por tierra firme, vas navegando entre peligros y borrascas! Si quieres no quedar sumergido, mira la estrella, llama a María. En los peligros de pecar, en las tentaciones porfiadas, en las dudas, piensa que María te puede socorrer, y llámala de contado. No falte jamás su nombre en tu corazón con la confianza, ni de tu lengua con la invocación. Si la sigues, no errarás el camino de la salud. Si acudes a Ella, no desconfiarás. Si te tiene de su mano, no caerás. Si te protege, nada temerás. Si te guía llegarás al puerto sin trabajo. En una palabra: si María toma a su cargo defenderte, alcanzarás la bienaventuranza. *Hazlo así y vivirás* (Lc., 10, 28).

## EJEMPLO.

*Conversión de María Egipciaca.*

Es famosa la historia de Santa María Egipciaca, como se cuenta en el libro primero de las *Vidas de los Padres del yermo*. A los doce años se escapó de casa de sus padres, y se fue a Alejandría, donde con su mala vida era el escándalo de toda la ciudad. Pasados otros dieciséis, salió de allí y vagando llegó a Jerusalén, a tiempo que se celebraba la fiesta de la Santa Cruz, y viendo entrar en la iglesia mucha gente, quiso también entrar en ella, más por curiosidad que por devoción; pero en la puerta sintió que una mano invisible la detenía. Hizo otra vez por entrar, y le sucedió lo mismo, hasta tercera y cuarta vez. Entonces la infeliz, retirándose a un rincón del atrio, conoció con luz superior que su mala conducta la echaba de la iglesia. Alzó los ojos y vio allí cerca, por dicha suya, una imagen de María Santísima, a la cual empezó a decir, llorando, de esta manera: «¡Oh Madre de Dios, tened piedad de esta pecadora! No merezco que me miréis, pero Vos sois el refugio de los pecadores: amparadme y favorecedme por el amor de Jesucristo, vuestro Santísimo Hijo. Haced que pueda entrar en la iglesia, y mudaré de vida, y me iré a hacer penitencia donde Vos me digáis.» Entonces oyó una voz interior, como de la Virgen, que le decía: «Pues que acudes a Mí con propósito de enmendarte, ya puedes entrar.» Entró, adoró la

Santa Cruz con abundancia de lágrimas, volvió a la imagen, y le dijo: «Vedme pronta, Señora: ¿dónde queréis que me retire?» «Pasa el Jordán — le respondió la Virgen —, y allí encontrarás tu descanso.» Confesó y comulgó, y, pasando el río, llegó al desierto, y entendió que allí era donde se debía quedar.

Los diecisiete años primeros tuvo que sufrir terribles asaltos de los demonios; pero acudía siempre a la Virgen, y la Virgen Santísima le alcanzaba fuerzas para resistir y vencer. Finalmente, habiendo pasado en aquella soledad cincuenta y siete años, siendo ya de edad de ochenta y siete, la encontró por divina providencia San Zósimo, abad, a quien refirió todo el relato de su vida, suplicándole que volviese al año siguiente con la sagrada Comunión. Hízolo así, y le pidió lo mismo para otro año, al cabo del cual volvió, pero la halló ya muerta, aunque rodeada de un gran resplandor, y con estas palabras escritas de su mano: «Entierra aquí el cadáver de esta pecadora y pide a Dios por su alma.» Vino corriendo un león, hizo un hoyo con las garras, el Santo la sepultó, y volvió al monasterio, contando a todos las misericordias que Dios había obrado con aquella felicísima penitente.

#### ORACIÓN

¡Oh Madre de piedad, Virgen sacratísima! Ved aquí a vuestros pies al pecador ingrato que, menospreciando tantas veces la gracia

divina, hizo traición a Dios y a Vos; pero mi gran miseria no me quita la confianza, antes bien, me la aumenta, porque espero que así también serán mayores las muestras de vuestra misericordia. Dad a conocer a todo el mundo que, del mismo modo que sois para cuantos acuden a Vos clemente y generosa, igualmente lo sois para conmigo. Basta, Señora, que me miréis y os compadezcáis de mí, porque, mirándome, no podréis dejar de protegerme. Y si Vos me protegéis, ¿qué podré temer? Nada; ni a mis pecados, porque Vos podréis remediar el daño hecho; ni a los enemigos infernales, porque sois más poderosa que todo el infierno; ni tampoco la ira justa de vuestro Hijo, indignado contra mí, porque una palabra que Vos le digáis será suficiente para aplacarle. Sólo temo dejar por mi culpa de encomendarme a Vos en las tentaciones y perderme así. Pero esto es lo que hoy os prometo, solicitando al mismo tiempo que me ayudéis a cumplirlo con fidelidad. Ved qué hermosa ocasión se os presenta de dar contento a vuestro piadoso corazón favoreciendo a un miserable. En Vos coloco toda mi esperanza; alcanzadme gracia de llorar mis pecados con verdadero arrepentimiento y fortaleza, para no volver a pecar. Enfermo estoy, pero tenéis a vuestra disposición la medicina del Cielo. Si mis pecados me han hecho débil, vuestra protección me puede hacer fuerte y robusto. En fin, todo lo espero de vuestra mano, porque todo lo podéis para con Dios.

### 3.º — *María hace dulce la muerte a sus devotos.*

*El amigo ama en todo tiempo y en la adversidad se conoce el hermano*, dicen los *Proverbios* (17, 17). Pero los amigos del mundo, como no suelen ser verdaderos, sólo duran mientras hay prosperidad; luego que nos ven en desgracia, y mucho más a la hora de la muerte, nos abandonan. No lo hace así María con los suyos. En todos los trabajos de la vida, y especialmente en las angustias de la muerte, que son los mayores que puede haber en este valle de lágrimas, no se aparta de sus queridos siervos, y

si nuestro proceder correspondió a la profesión de cristianos, nos proporciona una muerte dulce y feliz. Porque desde aquel gran día en que con tanta pena asistió en el Calvario a la muerte del Señor y caudillo de todos los predestinados, adquirió el derecho de asistir a la muerte de todos ellos, y por esta causa nos enseña la santa Iglesia a decir frecuentemente en el Avemaria: *Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.*

Grandes son las angustias de un moribundo, ya por los remordimientos que dejan los pecados de la vida pasada, ya por el temor del juicio cercano, ya por las dudas de la salvación. Todo el infierno se arma y acomete con más violencia que nunca para arrebatarse aquel alma en las puertas de la eternidad, *viendo que le quedan pocos instantes (Apoc., 12, 12)*, y que si la pierde, la pierde para siempre, y el tentador, que en vida nos persiguió tan obstinadamente, no se contenta entonces con venir solo, sino que trae consigo otros muchos compañeros y tentadores. Y sus casas, dice Isaías (13, 21), *se llenarán de dragones*. Diez mil se dice que vinieron a tentar a San Andrés Avelino a la hora de su muerte, habiendo tenido con ellos un combate tan recio y porfiado, que hacía temblar a los buenos religiosos que le asistían, como en su *Vida* se lee, pues vieron hinchársele la cara hasta ponerse negra, estremecerse sus miembros, crujir los hue-



sos, caerle un torrente de lágrimas y dar con la cabeza violentas sacudidas, señales todas de la batalla espantosa que estaba sufriendo. Todos lloraban de compasión, redoblaban el fervor de las súplicas, y al mismo tiempo estaban espantados de ver morir a un Santo de aquella manera, aunque, por otra parte, se consolaba advirtiéndole que de cuando en cuando levantaba la vista, como pidiendo socorro a una devota imagen de María Santísima, que tenía delante, y acordándose de que había dicho muchas veces que en aquel trance sería esta Señora su amparo y refugio. Plugo, finalmente, a la divina Bondad que acabase la lucha con gloriosa victoria; porque, cesando la conmoción del cuerpo, y deshinchado y vuelto a su primer color el semblante, fijó los ojos amorosamente en aquella imagen; hizo, como en acción de gracias, devota inclinación a María (que se le apareció en el acto, según se cree), y expirando dulcemente en sus brazos maternos, voló para siempre a los gozos del Paraíso. Y al mismo tiempo una religiosa capuchina, que estaba también en la agonía, se volvió a las monjas que la asistían, y les dijo: «Recemos un Avemaría, porque ahora acaba de morir un Santo.»

¡Oh, qué cierto es que a la presencia de María huyen los rebeldes! Si en aquella hora la tenemos de nuestra parte, ¿qué temor nos podrán causar todos los enemigos del infierno? Temeroso David



de las angustias de la muerte, se confortaba con la confianza en el Redentor que había de venir y en los méritos de la que había de ser su Madre; dice (*Ps.*, 22, 4): *Cuando camine por la sombra de la muerte, tu vara, Señor, y tu báculo me consolarán.* Explica Hugo, Cardenal, por el *báculo* el árbol de la Cruz, y por la *vara*, la intercesión de María, vara florida que anunció el profeta Isaías (11, 1), diciendo: *Saldrá una vara o vástago de la raíz de Jesé* (es decir, de la familia de David, hijo de Jesé), *y de ella brotará una flor.* Es, ciertamente, María *vara* de gran poder, *vara* que vence y quebranta toda la violencia de los enemigos infernales. Y si Ella está por nosotros, ¿quién se nos opondrá?

Hallándose el Padre Manuel Padial, de la Compañía de Jesús, cercano a la muerte, se le apareció la celestial Señora, llenándole de gozo, y diciéndole: «Ya, finalmente, llegó la hora de que te den los ángeles el parabién, cantando así: ¡Oh trabajos dichosos! ¡Oh mortificaciones remuneradas!» Y al mismo tiempo salió de allí, huyendo, un ejército de enemigos, que iban rabiosamente gritando: «¡Ay que nada podemos! ¡Le defiende la que no tiene mancha!» También fue asaltado en aquel trance el Padre Gaspar Hayevod, de la Compañía, con una gran tentación contra la fe; pero acudiendo a la Virgen fervorosamente, se le oyó decir en alta voz: «Gracias os doy, Señora, de que vengáis a socorrerme.»

El autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA afirma que la Virgen manda en aquella hora al príncipe San Miguel, con toda su celestial milicia, para que defiendan a sus devotos, reciban sus almas y las suban a los Cielos en triunfo. Y aunque, como dice Isaías (14, 9) todo el *infierno se pone también en movimiento y envía a los peores diablos*, con orden de tentar al alma primero, y de acusarla después en el divino tribunal; con todo, si es alma que María haya tenido bajo su protección, no se atreverá a tanto, sabiendo que nunca se condenó ni condenará ninguna de las que Ella patrocine. Escribe San Jerónimo a la virgen Eustoquia que María no sólo socorre a los moribundos, sino también les sale al encuentro para acompañarlos al tribunal divino, amparándolos bajo su manto, con lo que seguramente logran sentencia de salvación.

Así lo hizo con Carlos, hijo de Santa Brígida, de , cuya muerte estaba la madre temerosa, por haber muerto lejos de su presencia y en el ejercicio peligroso de la milicia; pero nuestra Señora le reveló que se había salvado por el amor que siempre le había tenido, para lo cual Ella misma le había asistido al tiempo de morir, sugiriéndole todo lo que entonces debe hacer un cristiano. Vio al mismo tiempo al Juez sentado en su trono, y que el demonio tuvo atrevimiento de presentarle dos quejas contra su Santísima Madre: la primera, que le hubiese estorbado tentar a Carlos cuando estaba

para morir; la segunda, que le hubiese llevado Ella delante del Juez, alcanzándole de este modo la salvación, sin darle siquiera lugar a que expusiese las razones que le asistían para probar que aquella alma era suya. Pero el Señor le echó de su presencia, y el alma de Carlos entró triunfante en la gloria.

*Sus lazos son ligaduras saludables, y en la última hora encontrarás en Ella descanso (Eccli., 6, 31).* ¡Dichoso tú, hermano mío, si aquella hora te encuentra ligado con las dulces cadenas del amor de María! Estas son *cadenas de salvación*, que te aseguran la eterna felicidad, y te darán a gustar por anticipación aquella paz envidiable, principio del eterno descanso. Refiere el Padre Binet, en su libro *DE LAS PERFECCIONES DE NUESTRA SEÑORA*, que estando él ayudando a bien morir a un hombre muy devoto de María Santísima, le dijo el moribundo, poco antes de expirar: «Padre. ¡si usted supiese qué alegría siento en esta hora de haber servido a la Madre de Dios! No hallo palabras con que explicarlo.» Y el Padre Suárez, por haberlo sido también (tanto, que aseguraba hubiera trocado todo su saber por el mérito de un Avemaría) murió con tanto gozo, que, expirando como estaba, decía: «Nunca hubiera pensado fuese cosa tan dulce el morir.» Igual contento sentirás tú, sin duda, devoto lector, si amas ahora a esta buena Madre; la cual no podrá entonces dejar de mos-

trarse correspondida con los hijos amantes que la hubieren fielmente servido, visitándola con frecuencia, rezando su santo Rosario, ayunando en su honor, y, especialmente, dándole sin cesar gracias y alabanzas por sus continuos favores, y encomendándose de veras a su poderoso patrocinio.

Ni el haber sido pecador algún tiempo te quitará este consuelo, si desde hoy quieres enmendarte y empezar a servirla con fervor; y en las tentaciones y angustia que fraguará el demonio para desalentarte, Ella, que es agradecida y benig-nísima, te confortará con su auxilio y aun vendrá en persona para asistirte en aquella hora. Cuenta San Pedro Damían que, temeroso un día un hermano suyo, llamado Martín, de los pecados de la vida pasada, se puso delante de un altar de la Virgen, dedicándose por esclavo suyo, y atándose por señal una cinta al cuello, dijo: «Señora y espejo de pureza: yo, pobre pecador, ofendí a Dios y a Vos, mancillando la castidad. Ya no me queda otro remedio que ofrecerme por vuestro esclavo. Ved-me aquí; a Vos me dedico para siempre; recibid a este rebelde pecador, y no me desechéis.» Y luego puso en la peana del altar unas monedas, con promesa de traer cada año otras tantas, en señal de tributo. Así llegó, en fin, la hora de su muerte, cuando, de pronto, empezó a decir: «Levántense todos y hagan acatamiento a mi Señora»; añadiendo después: «¡Oh, qué favor, Reina del Cielo,

que os dignéis visitar a este pobre esclavo! Bendecidme, Señora, y no permitáis que se pierda mi alma después de haberme favorecido con vuestra soberana presencia.» En esto, llegó su hermano, a quien refirió todo lo sucedido, quejándose de que no se hubiesen levantado los circunstantes al entrar la Virgen, y a poco expiró plácidamente en el Señor. Tan dichosa como ésta será tu muerte, piadoso lector, si hubieses sido fiel a María; y aunque en el tiempo pasado hayas ofendido a Dios, tendrás, arrepentido ya, una muerte dulce y feliz con su amparo maternal y asistencia amorosa.

Si te desalientan los pecados de la vida pasada, te asistirá, como lo hizo con Adolfo, conde de Alsacia, el cual, habiendo trocado el mundo por la religión de San Francisco, fue muy devoto de la Madre de Dios, como se refiere en la Crónica de la Orden; y estando ya en los últimos días de su vida, acordándose de los años mal empleados en el siglo, y temeroso del rigor del tribunal divino, comenzó a desconsolarse y dudar de su salvación. Pero he aquí que María, la cual no duerme en las angustias de sus devotos, acompañada de muchos Santos, se le aparece, le conforta y le dice estas tiernas palabras: «Amado Adolfo, ¿cómo siendo mío temes la muerte?» Al instante se dispó todo el temor, y murió con indecible gozo.

Animémonos también nosotros, aunque peca-



dores, esperando que, si ahora la servimos con fidelidad, se dignará entonces venir y asistirnos y consolarnos con su amabilísima presencia, como Ella misma lo prometió a Santa Matilde, diciéndole: «A todos los que piadosamente me sirven quiero fidelísimamente asistirles como Madre piadosísima y consolarlos y ampararlos.» ¡Oh Dios mío, y qué dulce consuelo tendremos cuando, ya cercanos a las puertas de la eternidad, y en aquel momento en que se ha de sentenciar la causa de nuestra salvación o condenación eterna, veamos a nuestro lado a la Reina del Cielo asistiéndonos, animándonos y prometiéndonos su protección!

Hay de estos otros ejemplos innumerables. Favor tan señalado hizo a Santa Clara de Asís, San Félix de Cantalicio, Santa Clara de Monte-Falcó, Santa Teresa, San Pedro Alcántara. Pero contemos otros pocos para nuestro consuelo.

Refiere el Padre Crasset, de la Compañía de Jesús, que Santa María Oñacense vio una vez que la Virgen Santísima estaba a la cabecera de la cama de una devota viuda de Villebroek, consolándola y mitigándole el ardor de una calentura muy ardiente. — San Juan de Dios, estando para morir, esperaba que llegase esta Señora, de quien había sido devotísimo; pero viendo que se tardaba, empezó a afligirse y a quejarse quizá. Pero cuando fue tiempo se le apareció, y como reprendiéndole



de su poca confianza, le dijo estas dulces palabras: «Juan, no dejo Yo a los míos en esta hora»; como si le dijese: «¿Pensabas, acaso, que te había Yo de abandonar? ¿No sabes que a la hora de la muerte no desamparo a los que me aman? No he venido antes porque no era tiempo; ahora que ya lo es, veme aquí, que vengo a llevarte conmigo al Cielo.» A poco expiró el Santo, y voló a la gloria, donde estará dando gracias eternas a su amantísima Madre y Señora.

#### EJEMPLO.

*Maria asiste a una pobre moribunda desamparada.*

Demos fin a este discurso con otro ejemplo que descubre igualmente la ternura de tan buena Madre para con sus hijos queridos en aquella hora.

Estaba ayudando a bien morir el párroco de cierto lugar a un hombre rico, en una casa muy bien puesta, con asistencia de muchos criados, parientes y amigos; pero veía también a los diablos que, en forma de perros hambrientos, estaban cerca esperando su alma; y así fue que al instante que acabó de expirar se la llevaron, por haber muerto en pecado mortal.

En el interin fue el cura mandado llamar a casa de una pobre que estaba también para morir y pedía los Santos Sacramentos. Mas no pudiendo a un tiempo asistir a los dos, envió a otro sacerdote

con el Viático, el cual no halló en la estancia de aquella buena mujer ni criados ni muebles preciosos, y acaso estaba echada por su pobreza en un poco de paja; pero vio el cuarto lleno de resplandor, y cerca de la moribunda, a la Reina de los ángeles, consolándola y enjugándole con un lienzo el sudor de la muerte. Por respeto a tan gran Señora, no se atrevía a entrar; pero la Virgen le hizo señas que entrase, y le mostró un banquillo para que, sentado en él, oyese la confesión de su sierva, la cual se confesó, recibió con gran devoción el Santísimo Sacramento y a poco entregó su alma dichosamente en brazos de María.

#### ORACIÓN.

¡Oh dulcísima Madre! ¿Cuál será la muerte de este miserable pecador? Cuando pienso en el último instante de mi vida y en aquel tribunal y estrecha cuenta que me aguarda; cuando reflexiono que con mis pecados tengo merecida sentencia de condenación, me lleno de espanto.

En la sangre de mi Redentor y en vuestra intercesión poderosa pongo toda mi esperanza. Aunque sois Reina del Cielo, Señora del mundo y Madre de Dios, que es de todas la mayor dignidad, tanta grandeza no os aleja de nosotros, antes bien, os inclina más a tener compasión de nuestra miseria, porque Vos no hacéis como los amigos del mundo, que si los levanta la fortuna, se olvidan de lo que fueron y no se dignan mirar siquiera a sus amigos antiguos caídos en desgracia. Vuestro noble corazón, al contrario, donde ve mayor necesidad, allí acude más pronto. Luego que os invocamos, y aun antes, venís. Nos consoláis en nuestras aflicciones, disipáis las tempestades, vencéis a nuestros enemigos, y en toda ocasión procuráis nuestro bien.

Sea para siempre bendita la mano divina que en Vos ha juntado tanta majestad y ternura, tanta grandeza y amor. Doy al Señor

gracias porque en vuestra felicidad consiste la mía, y de vuestra suerte pende mi suerte.

¡Oh consoladora de los afligidos! Consolad a uno que viene a buscaros. Los remordimientos me atormentan, así por los muchos pecados que cometí como por saber si los he ya llorado debidamente. Veo que todas mis obras han sido malas, que los enemigos infernales esperan mi muerte para acusarme y que la divina Justicia, ofendida, pide satisfacción. ¡Ay, Madre amorosa! ¿Qué ha de ser de mí? Si Vos no me amparáis me doy por perdido. ¿Qué decís? ¿Que me protegeréis? Decid que sí, Virgen piadosísima, y alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados, gracia para enmendarme y firmeza en el servicio del Señor los pocos días que me quedan de vida. Y cuando llegue la hora de la muerte y me veáis en aquellas angustias, no me abandonéis, esperanza mía, sino ayudadme entonces mucho más para que no desespere, acordándome de la multitud y gravedad de mis pecados y viendo a mis enemigos en orden de batalla para acometerme.

Más os quiero pedir, y perdonad mi atrevimiento: Venid Vos en persona a consolarme con vuestra presencia. Este favor, que a tantos habéis hecho, yo también lo reclamo. Si es grande mi audacia, mayor es vuestra bondad. Madre sois, y siempre buscáis a los más necesitados para llenarlos de consuelo. En Vos confío. Sea gloria vuestra el haber salvado a un infeliz merecedor del eterno castigo y haberle abierto las puertas del reino celestial, donde, al veros, correré a vuestros pies para adoraros, rendiros gracias, bendeciros y amaros por toda la eternidad. Amén.

## CAPITULO III

### ESPERANZA NUESTRA

#### 1.º — *María es esperanza de todos.*

Los herejes modernos no pueden sufrir que, invocando a María, la llamemos *esperanza nuestra*, porque dicen que esto sólo es propio de Dios, el cual maldice a quien pone su confianza en las criaturas (*Jerem.*, 17, 5); y siéndolo María, ¿cómo en Ella se podrá colocar? Así hablan los herejes; pero la santa Iglesia, regida por el Espíritu Santo, manda que cada día los eclesiásticos y religiosos, en su nombre y en el de los demás fieles, la saluden, alzando la voz con el dulce título de *esperanza nuestra*, esperanza de todos.

En contraposición a la falsa y pestilente doctrina de los herejes, hagamos aquí una reseña de lo que dicen a una voz los Santos y Doctores de la Iglesia católica.

«De dos maneras, dice el Doctor Angélico, podemos esperar en una persona: o como principal, o como medio.» El que pide al rey una gracia, la espera del rey como soberano y del ministro como intercesor; y si la consigue, ya sabe que, aunque viene del soberano principalmente, el conducto ha sido el ministro, en el cual, como medianero, puso, con razón, su esperanza. Dios, que es bondad infinita, desea sumamente enriquecernos con su gracia: pero como para ello exige confianza de nuestra parte, para animarnos a tenerla nos dio a su misma Madre por Madre y Abogada, depositando en sus manos los tesoros de su poder, a fin de que la salvación y cualquier otro bien, de Ella lo esperemos. Los que la colocan en las criaturas sin dependencia de Dios, como hacen los pecadores, que por granjear el favor de un hombre disgustan al Criador; éstos son a los que les cae propiamente la maldición divina. Mas los que confían en el valimiento de aquella Madre de piedad, criatura tan privilegiada y poderosa para alcanzarnos la gracia y vida eterna, son benditos y agradables a los ojos de Dios, que quiere se le dé honor, porque en la tierra le honró y amó Ella más que la multitud de todos los ángeles y Santos.»

Con razón, pues, llamamos a la Virgen *esperanza nuestra*, confiando, como enseña el Santo Cardenal Belarmino, que por su intercesión hemos de alcanzar de Dios lo que por nuestra súplicas no

pudiéramos. «Pedímosle, añade el Padre Suárez, que interceda por nosotros, a fin de que su dignidad de medianera supla nuestra miseria; y esto no es desconfiar de la divina misericordia, sino conocer y temer nuestra propia vileza.» Doctrina conforme a las palabras del *Eclesiástico* (24, 24), que le aplica la Iglesia: «Madre de santa esperanza.» Madre de quien esperamos, no los bienes del mundo, transitorios y viles, sino los celestiales y eternos.

San Efrén: «Dios te salve; esperanza del alma; Dios te salve, auxilio del cristiano, refugio de pecadores, defensa de corazones fieles, salud de todo el mundo.» Así lo dice el Santo, y considerando que en el orden de la providencia con que Dios nos gobierna tiene determinado que nadie se haya de salvar sino por medio de María, como probaremos largamente después, añade: «No hay para nosotros otra esperanza sino en Vos, oh Virgen fidelísima.» Santo Tomás de Villanueva sostiene lo mismo.

San Bernardo da la razón de lo que vamos diciendo con estas palabras: «Vean aquí los hombres los designios de Dios, que son de piedad: habiendo de redimir al género humano, puso en manos de María todo el precio de la redención para que le reparta Ella como quisiere.»

Un piadoso autor moderno, explicando lo que



se refiere en el capítulo 25 del *Exodo* sobre aquel propiciatorio o trono de gracia que Dios mandó a Moisés fabricar de oro acendrado, para hablarle desde allí, dice que María es este propiciatorio para bien de todas las gentes; que desde él habla Dios lleno de piedad al corazón del hombre, da respuesta de clemencia y perdón, concede toda suerte de dones y nos colma de bienes.

San Ireneo: «Antes de encarnar el Verbo divino en el seno purísimo de María, mandó al Arcángel a pedir su consentimiento, porque a Ella quiso debiese el mundo el alto misterio de la Encarnación.»

El sabio Idiota: «Todo bien, todo auxilio, toda gracia que de Dios recibieron y recibirán hasta el fin del mundo los hombres, todo fue y todo será por intercesión de María.»

Blosio: «¡Oh Señora! Siendo Vos tan amable y agradecida con todos los que os aman, ¿quién por su desdicha será tan necio que deje de amaros? Vos, en las dudas y confusiones, dais luz a los que a Vos acuden; Vos consoláis a los que en Vos confían; Vos los libráis de los peligros; Vos socorréis a los que os llaman; Vos, después de vuestro Hijo, sois la salud de vuestros fieles siervos. Salve, esperanza de los desdichados, refugio de los desamparados. Sois omnipotente, pues que vuestro Hijo hace sin tardanza cuanto Vos queráis.»

San Germán: «¡Oh Señora mía! Vos sois mi consuelo, dado por Dios, guía de mi camino, fortaleza de mi debilidad, riqueza de mi gran miseria, medicina de mis llagas, alivio de mis dolores, libertad de mis cadenas, esperanza de mi salvación. Oye mis ruegos, compadécete de mis suspiros, Señora mía, refugio mío, vida mía, auxilio, confianza y fortaleza mía.

San Antonino: «Bien puede el mundo tenerla por fuente y madre de todo bien, y decir (*Sab.*, 7, 11): *Con Ella he recibido toda suerte de bienes.*»

El sabio Idiota: «Quien halla a María, halla toda la felicidad, halla la gracia y la virtud, porque su poderosa intercesión le alcanza todo cuanto necesita, enriqueciendo su alma con la gracia divina, como lo hace saber Ella misma, asegurando que en su mano tiene todas las riquezas del Cielo; es decir, todas las misericordias de Dios, conforme a lo que se le aplica en el capítulo 8 (v. 18) de los *Proverbios*: *Yo poseo tesoros en abundancia para enriquecer a los que me aman.*»

El autor del ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA: «Todos debemos tener puestos los ojos en las manos de María, para recibir los bienes que deseamos.»

¡Y qué bienes tan preciosos! ¡Cuántos soberbios hallan la humildad en la devoción de María!

¡Cuántos iracundos, la mansedumbre! ¡Cuántos ciegos, la luz! ¡Cuántos desesperados, la confianza! ¡Cuántos descarriados, la salvación! Así lo prometió por su boca dulcísima, diciendo a su prima, cuando llegó a visitarla (*Lc.*, 1, 48): *Desde hoy, todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.*

«Sí, comenta San Bernardo, todas las generaciones lo dirán, porque a todas disteis la vida y la gloria; porque en Ti los pecadores encuentran perdón, y los justos, gracia perdurable.»

El devoto Lanspergio: «Hombres (dice en boca de Dios), honrad a mi Madre con singular veneración. Yo os la di para ejemplo de pureza, refugio segurísimo y asilo en las tribulaciones. Nadie recele acercarse a Ella, pues la crié tan benigna y misericordiosa para que a ninguno deseche, a ninguno se niegue, a todos abra el seno de su piedad y a nadie despida desconsolado.»

¡Qué tiernos sentimientos de confianza para con Jesucristo y su bendita Madre abrigaba el autor desconocido que escribió el *Estímulo de amor*: «Aunque parezca que me tiene Dios ya reprobado, sé que no se puede negar a Sí mismo. Me abrazaré a Él hasta que me bendiga, y sin mí no se podrá ir. Me esconderé en sus llagas, y de este modo fuera no me encontrará. Me echaré a los pies

de su bendita Madre, pidiendo perdón; como es tan buena, no podrá dejar de apiadarse de mí, o, al verme tan desdichado, inclinará en mi favor, compadecida, la indulgencia de su Hijo Santísimo.»

Concluyamos, pues, diciendo con el monje Eutimio: «Poned en nosotros, ¡oh piadosa Madre!, vuestros ojos de misericordia. Siervos vuestros somos, y en Vos hemos colocado toda nuestra esperanza.»

#### EJEMPLO.

##### *Resucitada por la oración del marido.*

Se cuenta en el TESORO DEL ROSARIO que un caballero casado y muy devoto de la Madre de Dios, habiendo hecho en su palacio un oratorio, pasaba en él mucho tiempo delante de una imagen de la misma Señora, no sólo de día, sino también de noche, quitándose del sueño. Su mujer, que le sentía levantarse a deshora, salir del cuarto y volver tarde entró en sospechas, y con esta inquietud un día se atrevió a preguntarle resueltamente si, fuera de ella, amaba a alguna otra mujer. El respondió, sonriéndose, que amaba a una Señora, la más amable del mundo, a quien había dado todo su corazón, y que primero moriría que dejar de quererla. «Tú misma, si la conocieses —añadió—, me estimularías a tenerle más

amor aún», entendiéndolo de la Virgen Santísima, a quien realmente amaba con ternura. Entrando su esposa entonces en mayores recelos, para acabar de asegurarse, le volvió a preguntar si cuando salía de la alcoba iba acaso a buscarla. El caballero, que no sabía lo que pasaba por el interior de su mujer, respondió que sí. Con esto, persuadida de lo que no era, una noche, luego que se vio sola, tomó un cuchillo, y, desesperada, se degolló. Cuando el caballero volvió, después de sus devociones, notó que la cama estaba muy humedecida. Llamó a su mujer, y no respondió; la mueve, pero está insensible. Busca una luz, y ve el lecho bañado en sangre y muerta a la infeliz, con la cuchilla en la garganta. Entonces conoció que los celos la habían arrebatado a cometer aquella maldad. Echa la llave, vuelve a la capilla, y, postrado delante de la Virgen Santísima, comenzó a llorar amargamente y a decir: «Madre mía, ya veis en qué aflicción tan grande me veo. Si ahora Vos no me consoláis, ¿a quién he de acudir? Por mi devoción he tenido este infortunio de ver a mi mujer muerta y condenada. ¡Vos, Señora, podéis remediarlo: hacedlo por vuestra bondad!»

¡Oh, y cuán cierto es que todo el que acude a esta Madre de misericordia halla el consuelo y remedio que desea! Al acabar la súplica, oye la voz de una criada, diciéndole que le estaba llamando la señora. Apenas, de alegría, lo podía

creer, y le mandó que se enterase bien si era cierto. Ella volvió asegurándolo, y que viniese pronto, pues la señora le esperaba. Va corriendo, abre la puerta y halla viva y sana a su mujer, la cual, llorando se le echa a los pies y pidiéndole mil perdones le dice: «¡Ah esposo mío! Por tus ruegos me ha librado del infierno la Madre de Dios.» Empezó él también a llorar, y fueron juntos a la capilla a dar a la Virgen las debidas gracias. Al otro día hubo convite, al que asistieron todos los parientes, en cuya presencia le mandó el marido que contase lo que había pasado. Ella lo hizo, mostrando la cicatriz que había quedado en el cuello para testimonio de la verdad, y a vista de tan gran prodigio, todos sintieron en sus corazones nuevos deseos y estímulos al amor y devoción para con la Sacratísima Virgen.

#### ORACION

¡Oh Madre del Amor Hermoso! ¡Oh vida, refugio y esperanza nuestra! Bien sabemos que vuestro Santísimo Hijo, no contento de ser continuamente nuestro abogado para con el Padre, quiso que Vos también lo fueseis, para que con vuestra poderosa intercesión nos alcancéis las misericordias divinas, el logro de todo justo deseo, y después la salvación eterna. A Vos recurre, pues, este pecador miserable; a Vos que sois la esperanza de los desvalidos. Por los méritos de mi Señor Jesucristo y vuestra poderosa mediación espero salvarme con tanta confianza, que, si estuviese en mi mano la salvación, la pondría en las vuestras, porque más confío en vuestra misericordia y protección que en mis propias obras. ¡Oh Madre y esperanza mía, no me abandonéis, aunque lo tengo merecido! Mirad las miserias que me cercan y moveos a compasión de mi alma, para que no se pierda. Conozco que por mis culpas he



cerrado la puerta muchas veces a las luces, auxilios y gracias que Vos me procurabais. Pero vuestra piedad con los infelices y el valimiento que tenéis para con Dios es mucho más que el número y malicia de mis pecados. Los cielos y la tierra publican que a quien Vos protegéis no puede perecer. Olvidese todo el mundo de mí, con tal de teneros a Vos. Decid al Señor que soy vuestro, decidle que corro de vuestra cuenta, y me salvaré. En Vos, Señora, confío y quiero vivir, y espero morir diciendo que mi única esperanza es Jesús, y Vos después de Jesús.

## 2.ª — *María es la esperanza de los pecadores.*

*Dos lumbreras puso Dios en el Cielo: el sol, para que iluminase el día, y la luna, la noche (Gen., 1, 16).* El sol, dice Hugo, Cardenal, que es símbolo y figura de Jesucristo, cuya luz reciben los justos y viven en gracia; y la luna, figura de María, por quien son iluminados los que viven en la noche de la culpa. Siendo, pues, María luna tan propicia para todos los pecadores, si alguno, dice el Papa Inocencio III, yace en la noche de la culpa, mire a esta luna, invoque a María. Ya que perdió la luz del sol, perdiendo la gracia divina, no le queda más que volverse a mirar a María que le dará el resplandor y conocimiento para ver su infeliz estado, y también fuerzas para que salga de él; como que por sus ruegos piadosos, dice San Metodio, se convierten muchos a cada hora.

Uno de los dictados con que la santa Iglesia quiere que la invoquemos, y de los que más nos esfuerzan y alientan, es el de *Refugio de pecadores*.

Hubo en Judea ciudades de asilo, donde se refugiaban los delincuentes. Ahora, entre nosotros, no hay tantas: pero tenemos a María, que vale por muchas, de quien se dice en un salmo (86, 3): *Cosas de mucha gloria se dicen de Ti, ¡oh ciudad de Dios!* Y con otra ventaja muy principal: que no era el asilo para todos los reos, cuando bajo el manto de María todo pecador halla abrigo y absolución de cualquier crimen que haya cometido, por ser para todos ciudad de refugio, dice el Damasceno.

Ni es menester que uno hable por sí. Ella se encarga de la defensa. Si nos falta el ánimo para pedir perdón al Señor. Ella hará nuestras veces. Adán, Eva y todos los hijos que habéis provocado la ira de Dios, acudid a María, que es vuestra Madre, ciudad de asilo y única esperanza.

Dios te salve, abogada única de los pecadores y amparo segurísimo de los desvalidos. Decía David (Ps., 26, 5): *El Señor me protegió escondiéndome dentro de su tabernáculo.* ¿Qué tabernáculo es éste, propio de Dios, pregunta San Andrés cretense, tabernáculo en que sólo entró el Señor para cumplir en él el soberano misterio de la redención humana, sino María? Acudamos, pues, a María, como van los enfermos *al hospital general*, a cuya beneficencia tiene un desdichado tanto más derecho cuanto más pobre y miserable se ve.

Cuanta más sea la miseria, menos los méritos y mayores las llagas del alma, que son los pecados, más motivo parece que tiene cualquier pecador para decirle: Señora, pues que sois la salud de los enfermos, y yo el más enfermo de todos, tengo más necesidad que nadie de que me admitáis y me sanéis. Digámosle, con Santo Tomás de Villanueva: «Los pecadores no conocen otro refugio fuera de Vos. Vos sois su abogada y única esperanza; en vuestras manos nos ponemos.»

En las revelaciones de Santa Brígida es llamada «Lucero que sale delante del sol», para que entendamos que cuando en un alma pecadora empieza a nacer su devoción, es señal infalible de que dentro de poco vendrá Dios a iluminarla con su gracia. EL SALTERIO MARIANO, después de comparar el estado del pecador con un mar agitado por la borrasca, donde los infelices se ven caídos de la nave, que es la gracia de Dios; combatidos por las olas y remordimiento de la conciencia, temerosos de la ira divina, sin luz, sin piloto, sin esperanza y próximos a perecer, los anima, con todo, a confiar, y señalando a María, les dice: «No os desalentéis, pecadores, sino alzáad los ojos y mirad aquella hermosa estrella del mar, que ella os sacará, sanos y salvos, a puerto de salvamento.»

Esta era también la exhortación de San Ber-

nardo: «El que no quiera quedar sumergido, mire la estrella, llame a María.» Sí, porque «Ella, dice Blosio, es el único amparo de los que han ofendido al Señor, el esfuerzo de todos los tentados y atribulados, y su misericordia y dulzura se extiende, no a los justos sólo, sino a los pecadores, aunque se vean al borde del precipicio, a los cuales acoge benignamente, alcanzándoles el perdón de su divino Hijo al instante que ellos imploran su ayuda y favor; llegando a tanto la bondad de su corazón, que muchas veces aun a los más obstinados y desamorados con Dios los previene, despierta, solicita y saca del abismo profundo de los vicios, alcanzándoles la gracia y después la gloria. Dios le dio un natural tan piadoso y blando, para que nadie desconfie de acudir a valerse de su intercesión. Finalmente, no es posible que ninguno se pierda que con humildad y esmero aspire a su devoción.»

Lamentábase el profeta Isaías (64, 5-7) y hablando con el Señor le decía: *Estás enojado porque nosotros pecamos, y no hay uno que se ponga de por medio y detenga tu brazo.* Y «era, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, porque entonces aún no había nacido María.» Pero si ahora se llega Dios a irritar contra un pecador, y María toma a su cuidado protegerle», aplaca el enojo de su Hijo y salva al pecador. Ni ¿quién podrá mejor detener con su mano la espada de la divina justicia e impedir que

se descargue el golpe? No desconfíes, pecador, sino acude a María en todas tus necesidades, y siempre la encontrarás dispuesta a socorrerte; porque Dios se complace de que sea Ella la que en toda urgencia y necesidad nos ampare a todos. Y como tiene entrañas de tanta misericordia y deseo tan grande de la salvación de los pecadores, por perdidos que estén, los anda buscando, y si por su parte la buscan también ellos, pronto halla medio de hacerlos aceptos al Señor.

Deseaba el patriarca Isaías comer carne de caza, y prometió a su hijo Esaú, luego que se la trajese, darle su bendición. Rebeca, que oyó la conversación, deseando que más bien la recibiese su querido Jacob, le dijo (*Gen.*, 27, 9) que fuese corriendo y le trajese dos cabritos para guisarlos al gusto del anciano padre. Según San Antonio, fue Rebeca figura de María, que dice a los ángeles: «Id y traedme pecadores, figurados en los cabritos, que yo sé disponerlos (con alcanzarles dolor y propósito) de manera que vengan a ser agradables al gusto del Señor.» La misma Señora reveló a Santa Brígida que ninguno hay en la tierra tan enemigo de Dios, que si acude a Ella, no llegue a recobrar la gracia. Una vez oyó la misma Santa, de la boca de Jesucristo, hablando con su Madre Santísima, que hasta para el enemigo infernal habría remedio si se humillase a pedir perdón por medio de la Virgen. Nunca lo hará él, por su



obstinación y soberbia; pero si esto fuera posible, tanto es el poder de María y tanta la fuerza de sus ruegos, que, sin duda, le alcanzaría misericordia y gracia. Mas, lo que sucederá con el demonio, se está verificando diariamente con los pecadores que se valen del patrocinio en su piedad soberana.

Figurada estuvo María en el arca de Noé, porque así como en ella se salvaron todos los animales, así bajo su manto se libran todos los pecadores, que por los vicios de sensualidad son comparados a los brutos; mas !con la diferencia, dice un escritor mariano, que los animales no mudaron de naturaleza con entrar en el arca; pero bajo aquel manto prodigioso el lobo se convierte en cordero, y el tigre en paloma». Cierta día vio Santa Gertrudis bajo el manto extendido de María muchas fieras de diversas especies: leopardos, osos, leones; y vio que la Virgen no sólo no los echaba de Sí, sino que los acariciaba con su mano. Y entendió que estas fieras eran los pecadores, que al implorar el favor de María eran acogidos por ella con amor y benignidad. ¡Oh Señora! No tenéis asco de ningún pecador, por inmundo que esté, si a Vos recurre; no os desdeñáis en extender vuestra mano piadosa para sacarle del abismo de la desesperación, si él os llama. Sea mil millares de veces bendita y ensalzada la misericordia del Señor, Madre amabilísima, por haberos criado tan benigna y dulce hasta con los pecadores infelici-



simos. Desdichado del que no os ame; desdichado del que, pudiendo, no acude a Vos, porque para él no habrá remedio; así como de cuantos en Vos confien, ninguno se perderá.

Permitió Booz a la joven Rut (2, 3) que recogiese las espigas que caían de manos de los segadores. Así Dios concede a la Doncella purísima que *halló gracia en sus ojos* que vaya recogiendo otras espigas de más valor, que son las almas. Los segadores son los operarios evangélicos, misioneros, predicadores y confesores, los cuales, con sus fatigas, están siempre cultivando la heredad del Señor y ganándole almas. Pero hay algunas como espigas abandonadas, tan duras y rebeldes, que sólo la Virgen piadosísima, con su poderosa mano, puede recogerlas y ponerlas en salvo. ¡Ay de aquellos que ni de mano tan santa se dejan coger! Bien se pueden dar para siempre por abandonadas y perdidas; así como una y mil veces serán felices las que no resistan. «No hay en el mundo, dice Blosio, pecador alguno tan perdido y enfangado, que sea aborrecido de María», porque, si acude a su amparo, Ella tiene en su mano el poder, el saber y el querer para alcanzarle la gracia y amistad de Dios.

Razón sobrada tenían los Santos para dirigiros, Señora, la voz, y llamaros a boca llena Refugio único de pecadores, Esperanza de malhecho-

res, Esperanza de desesperados. ¿Quién, oyendo esto, no pondrá en Vos toda su confianza? ¿Quién dudará conseguir perdón y cuanto pida, sabiendo que protegéis aun a los que se ven caídos en el abismo de la desesperación?

Refiere San Antonino que cierto pecador creyó hallarse ya delante del tribunal de Cristo. El diablo le acusaba y la Virgen le defendía. El enemigo presentó contra el reo todo el proceso de su mala vida, el cual pesaba mucho más que las buenas obras. ¿Qué hizo entonces su celestial Abogada? Puso la mano en el peso y le inclinó en favor del acusado, dándole a entender que le alcanzaba el perdón con que él mudase de vida, y así lo hizo desde aquel día con verdadera enmienda.

#### EJEMPLO.

##### *Perdonado por intercesión de María.*

Un hombre casado vivía en desgracia de Dios; la mujer era buena, y no pudiendo apartarle del mal camino, le rogó que, a lo menos, siempre que hallase alguna imagen de la Virgen le rezase una Avemaría. El tomó el consejo, y yendo una noche a ofender a Dios vio una lámpara encendida delante de una de sus imágenes con el Niño en los brazos. Le rezó su Avemaría; pero, al acabarla, notó que el Niño estaba todo llagado, y de las

heridas corriendo sangre. Admirado y compungido por conocer que sus culpas eran la causa, empezó a llorar; pero viendo que el Señor le volvía las espaldas, lleno de confusión se dirige a la Virgen, diciendo: «Madre de misericordia, vuestro Hijo me desecha, pero en Vos, que sois Madre suya y tan compasiva, tengo abogada. Favorecedme y pedidle por mí.» La Virgen le respondió desde la imagen: «Madre de misericordia me llamáis los pecadores; pero me hacéis Madre de miseria renovando la Pasión de mi Hijo y mis dolores.»

Con todo, como Ella no acierta a despedir desconsolado a ninguno de los que llegan a su puertas, se puso a pedir a su Santísimo Hijo que se dignase perdonarle. Mostraba el Señor repugnancia, pero la benignísima Señora dejándole en el nicho, se le puso de rodillas, diciendo: «Hijo mío, no me levanto de aquí hasta que perdones a este pecador.» Entonces respondió Jesús: «Madre mía, nada puedo negaros; pues queréis que le perdone, le perdono por amor vuestro. Traedle a que bese mis llagas.» Con esta licencia se acercó él, y, conforme las iba besando, se iban cerrando y quedando sanas. Al fin de todo le dio el Niño un abrazo, y desde aquella hora mudó el hombre de vida, pasando santamente lo restante de ella y amando con ternura a su Protectora, por quien alcanzó gracia tan especial.

## ORACION.

Purísima Virgen María, adoro vuestro santísimo corazón, donde tuvo el Rey de los Cielos su descanso y delicia. Yo, pecador miserable, vengo a vuestra presencia con el mío lleno de manchas, y así no alego méritos ni virtudes, antes bien, sé que por mis vicios no merezco más que tormentos eternos. Pero ahora que siento deseos vivos de enmendarme, me valgo con toda confianza de vuestra bondad y misericordia. Mirad, Señora, lo que vuestro dulcísimo Hijo padeció por mí, y de esta suerte no podéis desecharme. Os ofrezco todas las penas de su santísima vida, el desabrigo del pesebre, los trabajos de la huida a Egipto, la pobreza, agonía, sudor de sangre y muerte afrentosa con que a vuestra presencia expiró en la cruz. Por todas estas penas y por el tierno amor que le tenéis, os pido me deis la mano para conseguir mi salvación. Madre mía, no creo que me abandonéis ahora que, arrepentido, acudo a Vos e imploro vuestro valimiento. Si otra cosa pensara, haría injuria a vuestra misericordia, que siempre busca a los más infelices para salvarlos. No, no negaréis vuestra piedad a quien Jesús no negó su preciosa sangre; pero como sus méritos no se aplican si Vos no intercedéis, así lo espero de vuestra piedad. No son riquezas, honores, ni otros bienes del mundo lo que solicito. Pido la gracia de Dios, su amor santísimo, el cumplimiento de su voluntad, y después, la gloria, para amarle eternamente. ¿Será posible que me escuchéis? Sí, ya me escucháis; ya me recibís bajo vuestro manto; ya rogáis por mí; ya me alcanzáis lo que deseo. Sea así, Madre mía, y no me dejéis nunca ni ceséis un instante de pedir por mí hasta verme salvo en el Cielo, donde, postrado a vuestras plantas, no me cansaré de bendeciros y ensalzaros eternamente. Amén.

## CAPITULO IV

### A TI CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA

1.º — *María ayuda prontamente a todos los que la invocan.*

Desterrados y peregrinos, vamos caminando por este valle de lágrimas los hijos de Eva, reos de su misma culpa, condenados a la misma pena y siempre lamentando los males que sufrimos de cuerpo y alma. Feliz el que entre tantas miserias vuelva con frecuencia los ojos al consuelo del mundo, al amparo de los afligidos, a la Madre de Dios. *Feliz, dice María (Prov., 8, 34), quien oye mis consejos y viene de continuo a las puertas de mi piedad solicitando mi patrocinio.*

Bien nos enseña la santa Iglesia la solicitud y confianza con que hemos de acudir continuamente a nuestra amorosísima Protectora ordenando venerarla con un culto muy especial: tantas festividades, el sábado de cada semana, tres veces al día,

y los eclesiásticos en el Oficio divino a cada hora, por sí y a nombre de los demás fieles, sin contar las novenas, oraciones, procesiones y peregrinaciones a sus imágenes y santuarios en tiempo de aflicción o calamidades. Esto es lo que la misma Señora pretende, recibiendo nuestros obsequios, aunque tan mezquinos, con el fin de consolarnos y socorrernos al ver nuestra confianza y devoción.

Dice el ESTÍMULO DE AMOR que de María Santísima fue en los tiempos antiguos figura muy expresa aquella mujer llamada Rut, nombre que en su lengua significa *la que ve y la que se apresura*; porque luego que *ve* nuestras miserias, viene *con celeridad* a remediarlas, siendo tanto el deseo que tiene de hacernos bien, que no lo difiere para después; y como, por una parte, no es avara de sus beneficios, y, por otra, es Madre amorosísima, corre a dispensarnos los tesoros de su liberalidad.

¡Oh y cuán veloz corre a favorecer a todos los que la invocan de corazón! *Tus dos pechos son como dos cabritillos mellizos (Cant., 4, 5)*. Sobre estas palabras dice Ricardo de San Víctor que los pechos de María están prestos a dar leche de misericordia a quien se la demanda, como para correr son veloces los cabritos. La piedad de la Virgen se derrama sobre quien la implora, aunque sólo sea rezando un *Avemaría*. Y no sólo corre, sino vuela, a semejanza del Señor, que para responder a



quien le llama y conceder lo que se le pide, en cumplimiento de su promesa, vuela veloz. De este modo se entiende quién es aquella Mujer insigne del *Apocalipsis* (12, 14), *a quien dieron alas de águila*, expresión que el Padre Ribera explica del amor con que siempre voló hacia Dios; pero otros dicen, más a nuestro propósito, que significa velocidad mayor que vuelo de serafín, con que acude a socorrer a todos sus hijos. Por esto dice San Lucas en su Evangelio (1, 39) que cuando fue a visitar a su prima y a llenar de bendición aquella casa, *iba con gran ligereza*. Por lo mismo se dice también en los *Cantares* (5, 14) *que sus manos fueron hechas a torno*; porque así como el arte de tornear es más fácil y pronto que los demás, así más pronto es María que ningún Santo en favorecer a sus devotos. Según es el deseo que tiene de consolarlos, así es la prontitud con que acude luego que se siente llamar. Por eso el *SALTERIO MARIANO* la llama *Salud de los que la invocan*; y, al decir de los Santos, basta llamarla para ser uno amparado, basta invocarla para salvarse; siendo mucho mayor su voluntad de dispensarnos favores, que la nuestra de recibirlos.

Ni la muchedumbre de nuestros pecados debe hacernos desconfiar cuando nos llegamos a sus pies, porque es *Madre de misericordia*, y la misericordia no ha lugar cuando faltan miserables. Al modo que una madre natural no deja de atender a

la cura de un hijo tiñoso, aunque le cause asco, así María no nos desecha cuando la buscamos, a pesar la fealdad de nuestros delitos. Esto significó la piadosa Señora cuando, como vio Santa Gertrudis, extendía su piadoso manto para cubrir a los que venían buscando refugio en él, o mandaba a los ángeles que los defendiesen del enemigo.

Es tanta la clemencia con que nos mira y tanto el amor que nos tiene, que no espera nuestras súplicas para socorrernos, pues (*Sab.*, 6, 14) *nos alcanza los favores divinos antes que nosotros los solicitemos. Hermosa como la luna* es llamada, no sólo por la apacibilidad con que sale iluminándonos y alegrándonos, sino porque, llevada de su entrañable amor, se anticipa a nuestras súplicas y deseos. Esta bondad proviene, dice Ricardo de San Víctor, de tener un pecho santísimo tan lleno de piedad, que de suyo difunde misericordia, sin poder oír que un alma se halle en necesidad y no correr al punto a su remedio.

Bien lo dio a conocer en aquella boda del Evangelio, estando todavía en carne mortal. Luego que advirtió el sonrojo de los esposos, por habérseles acabado el vino, sin que nadie se lo rogase, y únicamente movida de sus piadosísimas entrañas, se acercó a su Hijo querido y le pidió que hiciese el milagro y consolase a aquella familia. *No tienen vino*, dijo; y el Señor, para consolar a los esposos, y

mucho más dar gusto a su Madre, lo hizo benignamente. Pues si favorece así aun a los que de Ella no se valen, ¿cuánto más pronto se mostrará en socorrer a los que la llaman con devoción?

Si alguno lo pone en duda, oiga el testimonio de los Santos que dice: ¿Quién jamás acudió a María, y dejó de encontrar amparo? ¿Quién, oh Virgen Santa, recurrió a valerse de vuestro patrocinio, con el cual podéis aliviar a todo miserable y salvar a todo pecador, y le abandonasteis? No, nunca sucedió ni sucederá que habiendo alguno acudido a Vos, le hayáis faltado. Y si esto se ha visto alguna vez, «no se hable más de vuestra misericordia», dice San Bernardo.

«Antes faltarán los cielos y la tierra, añade Blosio, que María en socorrer a los que la invoquen sinceramente, poniendo en ella su confianza.» Y aun a veces seremos oídos más pronto recurriendo a Ella que si acudiésemos al Señor.

No porque la Madre sea más poderosa que su Hijo, puesto que bien sabemos que nuestro único Salvador es Jesucristo, sino porque recurriendo al Señor, y considerándolo como Juez, a quien también pertenece castigar, puede suceder que nos falta la confianza necesaria para ser oído; pero yendo a María, que otro oficio no tiene más que el de la misericordia para defendernos como abogada, parece nuestra confianza mayor y más segura.

Y así, vemos que muchas cosas pedimos a Dios, y no las alcanzamos. Las pedimos a María, y las alcanzamos. ¿Por qué? No porque sea más poderosa, sino por la razón ya dicha, y también porque Dios quiere de esta manera honrar a su Madre Santísima.

Dulce es la promesa que acerca de esto oyó Santa Brígida de boca del Señor, cuando, hablando una vez a su querida Madre, le dijo así: «Pídemme cuanto quieras: nada te negaré. Y todos los que por tu medio busquen misericordia, con propósito de enmendarse, alcanzarán la gracia.» Lo mismo oyó Santa Gertrudis otra vez en que Jesús dijo a María que Él, por su omnipotencia, le había concedido el que usase de misericordia con los pecadores, de cualquier modo que quisiese.

Repitamos todos con gran confianza: Acordaos, Señora piadosísima, que a ninguno jamás habéis desechado. Y así, perdonadme si me atrevo a decir que no quiero ser yo el primer desdichado que deje de hallar clemencia recurriendo a Vos.

#### EJEMPLO.

*San Francisco de Sales, socorrido por rezar el «Acordaos».*

Bien experimentó la eficacia de esta oración San Francisco de Sales, como en su *Vida* se cuenta. Tenía el Santo diecisiete años, y hallándose en

París dado al estudio y juntamente a la devoción y amor de Dios, en cuyo trato gozaba su alma delicias indecibles, permitió el Señor, para probarle y unirle más consigo, que el demonio le hiciese creer que todo cuanto bien hacía era inútil, porque estaba ya reprobado. Al mismo tiempo le dejó el Señor en gran oscuridad y aridez de espíritu, pues quedó como insensible a toda buena consideración, aunque fuese de la dulzura y bondad divina, con lo que la tentación tuvo más fuerza para afligir el ánimo del santo joven, en términos que perdió apetito, sueño, color y alegría, causando compasión el mirarle. En medio de esta deshecha borrasca, todos los pensamientos y palabras del Santo eran de confianza y dolor, prorrumpiendo en estos o semejantes afectos: «¿Conque he de vivir privado de la gracia de mi Dios que antes se mostraba conmigo tan suave y amoroso? ¡Oh amor, oh belleza infinita, a quien he consagrado toda mi alma! ¿Se acabaron para mí vuestras consolaciones? ¡Oh Virgen purísima, Madre de Dios, la más hermosa de las hijas de Jerusalén! ¿Conque jamás he de ver en el Cielo vuestro hermoso rostro? ¡Ah Señora! Si ha de ser tan grande mi desgracia, a lo menos no permitáis que en el infierno diga blasfemias contra Vos.» Tales eran los tiernos afectos de aquel amor afligido y enamorado de Dios y de su santísima Madre.

Un mes duró la prueba, al cabo del cual tuvo el



Señor por bien librarle por medio del consuelo del mundo, María Santísima, a quien el Santo había consagrado su virginidad, y en quien decía tener colocada toda su esperanza. Se volvió una tarde a casa y de paso entró en una iglesia, donde vio una imagen de la Virgen, y escrita al pie la oración de San Bernardo, que empieza: *Memorare*, etc. «Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen!, que nunca se oyó haber sido abandonado ninguno de cuantos acudieron a refugiarse a Vos.» Se postra allí delante, dice esta oración con íntimo efecto, renueva el voto de virginidad, promete, además, rezar el santo Rosario todos los días, y añade: «Reina y Señora mía, valedme de abogada con vuestro Santísimo Hijo, a quien no me atrevo yo a recurrir. Madre mía, si es que en el otro mundo he de tener la suma desgracia de no amar a un Señor tan digno de ser amado, alcanzadme, a lo menos, que en éste le ame todo cuanto yo pueda. Esta es la gracia que os pido y espero de Vos.» Acabada esta súplica, quedó como quien descansa en los brazos de la divina Providencia, resignado enteramente en la voluntad de Dios. Y en el acto mismo se sintió libre de la tentación por mano de aquella Madre dulcísima. Volvió la serenidad a su alma y juntamente la salud corporal. Siguió siendo devotísimo de María, cuyas misericordias y excelencias no cesó de publicar en sermones y libros todo el tiempo que le duró la vida.



## ORACIÓN.

¡Oh Madre de Dios, Reina de los ángeles y esperanza de los hombres! Vos, que escucháis a todo el que os llama, quienquiera que sea, ved aquí postrado a vuestros pies a un desventurado que hasta ahora fue cautivo del demonio, pero que ya desea consagrarse del todo por esclavo vuestro, ofreciendo honraros y servir os en adelante lo que le dure la vida. Bien conozco que, habiendo ofendido a vuestro Hijo Santísimo, poco es el honor que os puede resultar de que os sirva, un esclavo tan vil y rebelde como he sido yo; pero Vos tenéis poder para trocarme en otro hombre distinto, y si lo hacéis, el honor será debido a vuestra sola misericordia. No rehuséis esta oferta, Madre mía. Ovejas perdidas vino a buscar el Verbo eterno, y por salvarlas se hizo Hijo vuestro. ¿Cómo habéis Vos de desechar a esta ovejuela que por vuestro medio vino buscando el buen Pastor? Ya se dio el rescate por mi remedio; ya mi Redentor derramó aquella sangre preciosa que pudiera redimir infinitos mundos. Sólo falta que a mí también se me aplique, y esto a Vos os toca, Virgen benditísima, pues, como San Bernardo nos enseña, Vos sois la que dispensáis a quien os agrada todo su valor y merecimiento. Vos salváis a todo el que queréis, añade San Buenaventura. Conque, Señora, Vos me habéis de valer, Vos me habéis de salvar. En vuestras manos pongo mi alma, Vos la salvaréis.

*2.º — Poder de María contra las tentaciones.*

No sólo del Cielo y de los Santos es María Santísima Reina poderosa, sino que también tiene dominio sobre el infierno y los enemigos infernales, por haberlos vencidos valerosamente con las armas de sus virtudes. Ya desde el principio del mundo anunció Dios a la serpiente maligna que *una Mujer la quebrantaría la cabeza (Gen., 3, 15)*. Y esta Mujer única fue María, que, con la fuerza de su humildad y demás virtudes, alcanzó del enemi-

go completa victoria. Y para que nadie se equivocase, no dijo Dios: *Pongo*, sino *Pondré enemistad entre ti y la mujer*; no creyese alguno que era Eva la victoriosa. El triunfo se reservaba, dice San Vicente Ferrer, a una Virgen descendiente de Eva, por cuyo medio habían de alcanzar nuestros primeros padres y todos sus hijos un bien mucho mayor que el que ellos perdieron por el pecado. Dudan algunos si aquellas palabras *quebrantará tu cabeza* pertenecen a María o a Jesucristo, porque el texto de los Setenta intérpretes dice: *El quebrantará*; pero en la *Vulgata* latina, que en la Iglesia tiene tanta autoridad, como declaró el sagrado Concilio de Trento, la palabra es *Ella*, no *Él*; y así lo entendieron San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Juan Crisóstomo y otros muchos. Mas sea como quiera, o la Madre por virtud del Hijo, ambos vencieron al diablo, que, como prisionero de guerra, quedó bajo los pies de esta Virgen benditísima. Añade San Bruno: «Eva fue vencida, y nos acarreó tinieblas y muerte; María venció, y nos trajo la luz y la vida, dejando a su contrario atado tan fuertemente, que ya no puede hacer el más mínimo daño a sus devotos.»

Sobre aquellas palabras de los *Proverbios* (31, 11): *En Ella confía el corazón de su Esposo; no la faltarán trofeos*; dice un escritor mariano que este *Esposo* es Jesucristo, al cual enriquece su Madre con los *despojos* arrebatados al diablo. Y Cornelio a

Lápide dice que puso Dios en manos de María el Corazón de Jesús para que le gane la voluntad de los hombres, y así no le faltarán trofeos; es decir, almas que Ella le conquiste y con que le enriquezcan, arrancadas del poder de los enemigos infernales.

Se sabe que la palma es símbolo de la victoria, y nuestra Reina, como erguida palma, está en medio de los príncipes celestiales: *Quasi palma exaltata sum in Cades (Eccli., 24, 18)*, en señal de la victoria que ganan cuantos se ponen bajo su patrocinio. Hijos — parece que nos está diciendo —, cuando os acose el enemigo, venid a Mí, miradme a Mí y cobrad ánimo, porque en Mí, que os defiende, veréis al instante segura la palma de la victoria. Verdaderamente, el recurso a María es medio segurísimo para salir bien de todos los asaltos del enemigo, pues la Virgen — dice San Bernardino — se llama dominadora de los demonios porque los doma y refrena, y por eso es contra las potestades del infierno *terrible como los reales de un ejército en orden de batalla*.

Pone en su boca estas palabras el Espíritu Santo (*Eccli., 24, 23*): *Doy, como la vid, fruto de olor suave*, porque así como dicen que de la vid, cuando está en flor, huyen las serpientes, así, dice San Bernardo, huyen los demonios de aquellas almas dichosas en quienes sienten el olor de la devoción a Ma-

ría. — Por lo mismo es llamada *cedro*: *Quasi cedrus exaltata sum in Libano* (*Eccli.*, 24, 17), no sólo porque, como el cedro, está libre de corrupción, sino también porque, como el cedro con su buen olor ahuyenta las serpientes venenosas, así María pone en fuga a los demonios.

Los judíos antiguamente alcanzaron muchas victorias llevando consigo el Arca de la Alianza. Con ella venció Moisés, con ella fueron vencidos los filisteos, con ella se ganó Jericó. Y es cosa bien sabida que el Arca era figura de la Virgen; y que así como dentro se guardaba el maná, así en el vientre purísimo de esta Doncella estuvo encerrado el Salvador del mundo, maná del Cielo. Por medio de esta arca mística, se gana victoria, y el día que esta Señora fue ensalzada y coronada en los Cielos quedó enteramente abatido el poder del infierno, dice San Bernardino de Sena.

¡Qué temor tan grande tienen los enemigos a María y a su santo nombre! Se comparan bien (*Job.*, 24, 16) a los ladrones que *andan robando de noche, pero al despuntar la aurora huyen de la luz como de la muerte*. Así, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, viene el enemigo a despojar las almas cuando viven en las tinieblas de la ignorancia; pero luego que las ve iluminadas por la gracia de Dios y la misericordia de María, huye de allí precipitado. ¡Dichoso, pues, el que en medio de la pelea invoca su santísimo nombre!

En confirmación de esta verdad, fue revelado a Santa Brígida que Dios le ha dado tanto poder sobre aquellos espíritus soberbios, que cuantas veces asaltan a sus devotos y éstos la llaman, a una señal suya huyen despavoridos y con tal espanto, que mejor sufrirán dobladas penas que no el verse vencidos por Ella. Particularmente es eficacísimo el auxilio que presta en las tentaciones contra la castidad, y por esta razón la compara el Esposo divino (*Cant.*, 2, 2) con la azucena entre espinas; a la cual dicen que nunca llega tampoco animal ponzoñoso.

Todos los que tienen la dicha de ser devotos de esta Señora pueden confiadamente decir: «¡Oh Madre mía!, si en Vos espero, no seré vencido; antes bien, con vuestra defensa perseguiré a mis enemigos, y oponiéndoles como poderoso escudo vuestra protección y auxilio omnipotente, quedaré victorioso.» Y ciertamente que lo quedarán, porque tenerla de su parte es lo mismo que tener un arma irresistible contra el poder de todo el infierno junto.

Cuando sacó Dios su pueblo de la cautividad de Egipto, le guiaba por el desierto con *una nube* (*Exod.*, 13, 21), *que de día era reparo contra los ardores del sol, y de noche, columna de luz*; figura de María y de los oficios piadosos que ejercita continuamente. Como nube, nos defiende de los



rigores de la divina justicia, y como columna luciente, de la malignidad de los demonios. Porque no se derrite la cera tan pronto puesta cerca del fuego, como pierden los enemigos infernales toda la fuerza contra las almas que traen presente el santísimo nombre de María y la invocan y procuran imitar.

¡Cómo tiemblan los malignos sólo de oír su nombre sacrosanto! A la manera que los hombres caen a tierra cuando un rayo da cerca de ellos, así los demonios quedan aterrados al oír el nombre de María. ¡Cuántas victorias han alcanzado sus devotos con la invocación de este santísimo nombre! Así los venció San Antonio de Padua, el Beato Enrique Susón y otros muchísimos; entre los cuales hubo un cristiano en el Japón que, acometido visiblemente por ellos en gran multitud, les dijo: «Yo no tengo armas que os puedan infundir temor; si Dios os da licencia, haced de mí lo que más os agrade; pero invoco en mi ayuda los dulcísimos nombres de Jesús y María.» Apenas dicho esto, se abre de repente la tierra y caen precipitados por allí los espíritus infernales. Y por experiencia sabemos que todo el que se vale de igual medio sale con victoria de cualquier peligro.

¡Glorioso y admirable es tu nombre, Señora!, dice el **SALTERIO MARIANO**. Los que a la hora de la muerte se acuerden de invocarle no se espantarán



del infierno, porque los demonios huyen cuando le oyen, siéndole más terrible que un ejército armado. Así es Señora. Vos, con el escudo de vuestro piadosísimo nombre, libráis a vuestros devotos del poder de los príncipes de las tinieblas. ¡Qué dolor que todos los cristianos, en el acto de la tentación, no le invoquen con gran confianza! Cierto que si lo hiciesen, no llegaría ninguno a caer, porque es nombre de tanta eficacia, que al oírle pronunciar tiembla todo el abismo. ¿Qué más diré? Aun del pecador más perdido, apartado de Dios y poseído de los demonios, huyen ellos al instante que, con ánimo de enmendarse, pronuncia este nombre poderosísimo; aunque también es cierto que si no sigue la enmienda, como propuso, vuelven a él con más ímpetu que antes.

#### EJEMPLO.

##### *Amparado por la Virgen en el tribunal de Cristo.*

Vivía en Reisberg un canónigo regular devotísimo de la Virgen María, llamado Arnoldo, el cual, viéndose a las puertas de la muerte, y habiendo ya recibido todos los Sacramentos, llamó a sus compañeros y les pidió no le dejasen solo en aquel punto. Dicho esto, empezó a temblar, y con un sudor frío, los ojos desencajados y voz espantosa, dijo: «¿No veis que los demonios me quieren llevar?» Después dio un grito, diciendo: «Herma-

nos, pedid por mí a María Santísima; en Ella confío.» Se pusieron al instante a rezar la Letanía de nuestra Señora, y al decir: *Santa María, ruega por él*, exclamó el moribundo: «Repetid, repetid muchas veces el nombre de María que ya me hallo en el tribunal divino.» Aquí se detuvo, y a poco dijo, como respondiendo: «Es cierto que lo hice, pero también hice penitencia.» Y volviéndose a la Virgen, imploraba su favor, diciendo: «Señora, si Vos me ayudáis me salvaré.» Le volvieron los demonios a dar otro asalto, pero él se defendía santiguándose con un santo Cristo y llamando sin cesar a su dulce abogada. Así pasó la noche. A la mañana se serenó, y alzando la voz dijo con alegría: «Mi Señora y refugio me ha alcanzado misericordia y salvación.» En esto vio que le convidaba a que le siguiese, y respondió al instante: «Voy, Señora, voy», y hacía fuerza para levantarse; mas no pudiendo seguirla con el cuerpo, expiró dulcemente, y, como esperamos, voló el alma en su compañía al reino de la eterna felicidad.

#### ORACIÓN

Ved aquí a vuestros pies, ¡oh esperanza mía!, a un pecador miserable que, por culpa suya, fue muchas veces esclavo del demonio. Conozco que el haberme vencido y preso fue por no acudir a valirme de Vos; que si lo hubiera hecho, seguro es que no hubiera caído tan profundamente. Espero que, por vuestro favor, habré yo salido de sus garras crueles y alcanzado la misericordia divina. Pero, en lo por venir, temo me vuelva a prender y a atar con sus cadenas, porque no desconfía de vencerme otra vez, y ya se

dispone a nuevas tentaciones y asaltos. Ayudadme Vos, Reina y Señora mía; tenedme bajo vuestro manto, y no permitáis que de nuevo venga a ser esclavo suyo. Bien sé que me daréis victoria si a Vos acudo. Pero éste es el temor que ahora me aflige, temor de olvidarme de Vos en la ocasión y peligro. Esta, pues, es la gracia que deseo y pido humildemente, Virgen Santísima; no olvidarme de implorar socorro cuando me llegue a ver en medio de la pelea. Clame yo entonces: Madre mía, ayudadme. Mayormente en el último combate, a la hora de la muerte, asistidme propicia y venid a mi memoria para que os invoque sin cesar con el corazón, y con la boca, y así, teniendo vuestro poderoso nombre y el de vuestro dulcísimo Hijo en el alma y los labios, logre la incomparable dicha de ir a veros y bendeciros en la gloria por toda la eternidad. Amén.

## CAPITULO V

A TI SUSPIRAMOS, GIMIENDO Y LLORANDO, EN ESTE  
VALLE DE LÁGRIMAS

1.º — *Cuán necesaria sea para salvarnos la  
intercesión de nuestra Señora.*

Que el invocar y hacer oración a los Santos, y especialmente a la Reina de todos, María Santísima, para que nos alcancen del Señor gracias y favores, es cosa no solamente lícita, sino útil y santa; es verdad de fe, definida en los Concilios, contra los herejes, que la motejan de injuriosa a Jesucristo, único medianero nuestro. Pues si Jeremías, después de su muerte, ruega por la ciudad de Jerusalén (2 *Macab.*, 15, 14); si los ancianos del *Apocalipsis* (6, 8) presentan a Dios las oraciones de los Santos; si promete San Pedro a sus discípulos (2 *Petr.*, 1, 15) acordarse de ellos después de pasar de este mundo; si San Esteban (*Act.*, 7, 59) ruega por sus perseguidores; si San Pablo (*Act.*, 27, 24) lo hace por sus compañeros; si pueden los Santos

pedir por nosotros ¿por qué no hemos de solicitar su intercesión? El mismo San Pablo (*1 Tesal.*, 5, 25) se encomendó en las oraciones de sus discípulos. Y Santiago (5, 16) nos exhorta a rogar los unos por los otros. Luego bien podemos hacerlo con toda seguridad.

¿Quién niega que Jesucristo sea nuestro medianero de justicia, que con sus méritos nos ha reconciliado con el Padre? Mas ¿no será también cosa impía el decir que desagrada a Dios dispensar mercedes por intercesión de los Santos, y con especialidad por medio de su Madre amantísima, a quien desea grandemente ver amada y venerada de todos? ¿Quién no sabe que el honor tributado a la madre redundará en honor de los hijos? (*Prov.*, 17, 6). ¿Quién ha de creer que se oscurezca la gloria del Hijo alabando a su Madre, sino, al contrario, que cuantos más elogios se le den a Ella, más se le dan a Él? Bendecir a la Reina Madre, dice San Ildefonso, es bendecir al Hijo. No se duda que por los merecimientos de Jesucristo se concedió a María la dignidad de ser medianera de nuestra salud, no de justicia, sino de gracia y de intercesión, como la llaman el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA y San Lorenzo Justiniano. Y, por lo mismo, el acudir a la Virgen para que nos alcance las gracias no proviene, dice el Padre Suárez, de que desconfiemos de Dios y de su misericordia, sino del temor de nuestra propia indignidad y vileza, conociendo la cual

recurrirnos a María para que supla nuestra miseria con sus méritos e intercesión. Que esto sea cosa útil y santa, lo dudará solamente quien no tenga fe.

Mas lo que ahora intentamos probar es que su intercesión es necesaria para salvarnos, si no de una manera absoluta y rigurosa, a lo menos, moralmente, hablando con toda propiedad. Y decimos que esta necesidad dimana de la voluntad positiva de Dios, que ha determinado que todas las gracias que a los hombres dispensa hayan de pasar por manos de María, según la opinión de San Bernardo, que ya es común hoy entre los doctores y teólogos, como lo explica bien el autor del libro intitulado REINO DE MARÍA. Esta es la opinión de Vega, Mendoza, Segneri, Poiré, Crasset, Contenson y otros innumerables. Hasta Natal Alejandro, autor ordinariamente tan mirado en lo que dice, lo asegura sin titubear.

Sólo un escritor moderno (1) ha mostrado ser de diverso sentir, aunque habla con mucha piedad y doctrina cuando explica la verdadera y falsa devoción. Mas con la Madre de Dios ha sido muy avaro en concederle esta prerrogativa, que le atribuyen largamente San Germán, San Anselmo, San Juan Damasceno, San Buenaventura, San Antonino, San Bernardino de Sena y tantos otros

---

(1) Pasa el santo Doctor a refutar a Ludovico Antonio Muratori en su libro *Della regolata divozione*, cap. 22.



doctores sagrados, que sin dificultad aseguran ser la intercesión de María no sólo útil, sino también necesaria. Dice dicho autor que el suponer que Dios ninguna gracia conceda sino por medio de la Virgen es una hipérbole o exageración deslizada al fervor de algunos Santos, la cual, entendida como se debe, quiere decir que de María hemos recibido a Jesucristo, por cuyos méritos lo alcanzamos todo; pues sería error, añade, el creer que Dios no puede concedernos favores sin la intervención de su Madre, enseñando el Apóstol (1 Tim., 2, 5) que los cristianos sólo reconocemos a *un Dios y a un mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo.*

Pero, con licencia de este escritor, una es *mediación de justicia*, por vía de merecimiento; otra *de gracia*, por vía de ruegos. Y una cosa es decir que Dios *no puede*; otra, que *no quiere* conceder sus gracias, sino por medio de María. Nadie niega que Dios, como fuente de todo bien, es dueño absoluto de sus beneficios, ni que María, si nos da, es porque lo recibe graciosamente de Dios. Mas ¿quién pondrá tampoco en duda ser cosa muy puesta en razón que, habiendo amado y honrado a Dios esta criatura excelentísima más que ninguna otra, y sido ensalzada a la dignidad incomparable de Madre del mismo Dios, quiera el Señor que todas las gracias que haya de conceder pasen por sus manos virginales? Confesamos que Jesucristo es el *único* mediador *de justicia*, y por sus méritos alcanzamos

gracia y salvación; pero añadimos que María es mediadora *por gracia*, y que si bien cuantos favores nos impera son en virtud de los méritos del Redentor, y pidiéndolos Ella en nombre del Redentor, pero, al fin, pasan todos por sus benditas manos.

En esto no hay nada que se oponga a los dogmas de nuestra fe; antes bien, es muy conforme a lo que tiene y cree la santa Iglesia, enseñándonos en las oraciones públicas que de continuo acudamos a esta dulce Madre y la invoquemos, llamándola *salus infirmorum, refugium peccatorum, auxilium christianorum, vita, spes nostra*. Y en el Oficio divino, que manda rezar en las festividades de la Virgen, aplicándole una palabras de la Sabiduría (*Eccli.*, 24, 25), nos dice que hemos de poner en Ella *toda la esperanza de gracia, de vida, de salvación eterna*, como medio para preservarnos de pecar, cosas todas que declaran manifiestamente la necesidad que tenemos de su poderosa intercesión.

Y en este creer y sentir nos confirman innumerables teólogos y Santos Padres, de los que no es justo que digamos que por ensalzar a María hablaron con hipérboles y se les cayeron de la boca exageraciones, porque el exagerar y aumentar con exceso es traspasar los límites de la verdad, vicio muy ajeno de los Santos, asistidos en lo que escribían del espíritu de Dios, que es espíritu de verdad.

Y aquí se me permita decir en breve digresión que cuando una opinión tiene algún fundamento y mira de alguna manera el honor de María Santísima, no conteniendo nada que sea contrario a la fe, decretos de la Iglesia o a la verdad en sí, el no admitirla o impugnarla con pretexto de que la contraria puede también ser verdadera, denota poca devoción a la misma Señora. En la lista de los pocos devotos no quisiera estar yo, ni que se contase ninguno de mis lectores; antes bien, que todos no hallásemos comprendidos en el número de los que firmemente creen cuanto sin error se puede creer de su grandeza, pues entre los obsequios que más le agradan, uno es el de creer con firmeza sus excelencias y prerrogativas. Y cuando otra razón no hubiera, bastaría saber lo que enseñan los Santos, que todo cuanto se diga en alabanza de María todo es poco para lo que merece su dignidad de Madre de Dios. Añádase lo que nos propone la santa Iglesia, que en su Misa nos manda decir estas palabras: «Feliz eres, ¡oh sagrada Virgen!; feliz y dignísima de toda alabanza.»

Pero volviendo al punto, veamos lo que dicen los Santos: San Bernardo la llama *Acueducto lleno, de cuya plenitud recibimos todos*. Dice también que antes no había en el mundo esta fuente copiosa; pero que, ya nacida, de ella corre la gracia hasta nosotros continuamente. Por lo que, así como para tomar la ciudad de Betulia mandó romper Holo-

fernes las cañerías que iban a la ciudad, así el demonio, para apoderarse de las almas, procura que pierdan la devoción a nuestra Señora, y si lo consigue, tiene hecho lo demás. ¡Oh alma!, añade el Santo, mira con cuánta devoción y afecto desea Dios ver honrada a su Madre, pues depositó en sus manos todos los tesoros de su bondad para que sepamos que todo cuanto tenemos de esperanza, de gracia y de salvación lo recibimos de María. Y considerando el nombre que la santa Iglesia le da de *Puerta del Cielo*, dice que de allí no viene gracia ninguna que no pase por sus manos benditísimas.

San Antonino asegura que todas cuantas misericordias se han dispensado a los hombres, todas han sido por medio de María. Por eso la comparan con la luna, porque así como la luna se interpone entre el sol y la tierra, y derrama sobre ésta los rayos que recibe del sol, así María es medianera entre Dios y nosotros, y nos transmite la gracia.

San Jerónimo, o quien sea el autor de un sermón de la Asunción inserto en sus obras, confirma esta verdad, diciendo que *en Jesucristo está la plenitud de gracia como en cabeza de quien se derivan los espíritus vitales*; esto es, los auxilios divinos con que se alcanza la salvación eterna, y que *en María está la gracia en plenitud, como en cuello y conducto por donde todo pasa a los miembros*.

San Bernardino de Sena lo trae aún más expresamente, enseñando que por su medio se transmiten a los fieles, que son el cuerpo místico de Jesucristo, todas las gracias de la vida espiritual que desciende del mismo Señor; añadiendo que en el punto en que fue concebido en su seno virginal el Verbo eterno, adquirió la Madre cierto derecho y jurisdicción a todos los dones que proceden del Espíritu Santo, en términos que ya ninguna criatura recibe gracia ni favor que no pase por sus manos virginales, con derecho y autoridad para dispensarlas a quien, cuándo y en el modo que más la agrade.

El Padre Crasset, S. J., explicando aquellas palabras donde anuncia el profeta Jeremías (31, 22) la encarnación del Verbo divino, diciendo: *Una mujer rodeará al Hombre-Dios*, compara las gracias que vienen por su mano a las líneas que salen de un círculo, las cuales han de pasar por la circunferencia; así, de Jesucristo nuestro Señor, que es centro de la gracia, no procede ninguna sin que haya de pasar por medio de María, que en la Encarnación le tuvo en su seno inmaculado.

Por esto el abad de Celles nos exhorta a recurrir a *la tesorera de todas las gracias*, pues únicamente por su medio deben aguardar los hombres todo el bien que pueden esperar.

El Padre Suárez enseña ser hoy sentir de la



Iglesia universal que la intercesión de la Virgen no sólo es útil, sino necesaria. *Necesaria*, vuelvo a decir, no en sentido absoluto, porque precisa y absoluta sólo nos es la de Jesucristo nuestro Señor, sino en sentido moral, por haber Dios determinado no conceder al hombre cosa alguna que no pase por manos de su Madre, conforme a la doctrina de San Bernardo, enseñada mucho tiempo antes por aquel Santo, que, hablando con la misma Señora, dice así: «¡Oh María! El Señor ha dispuesto que por vuestras manos pasen todos los bienes que ha de repartir a los hombres, y para ello os ha confiado todos los tesoros y riquezas de su gracia.»

Otro escritor mariano asegura igualmente que sin el consentimiento de esta purísima Doncella no quiso Dios hacerse hombre, por dos motivos: el uno, para que quedásemos sumamente obligados a tan gran bienhechora, y el otro, para que supiésemos que la salvación de todos quedaba pendiente de la voluntad y arbitrio de la misma Señora.

En fin, el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, comentando aquellas palabras del profeta Isaías (11, 1-3), en que dice que *de la estirpe de Jesé, padre de David, brotará un retoño, que es María, y de éste una flor*, que es el Verbo encarnado, dice hermosamente: «Todo el que aspire a conseguir la gracia del Espíritu Santo, busque la flor en su tallo, porque en éste se halla la flor, y en la flor, a Dios.»



Y sobre aquel texto de San Mateo (2, 11): *Hallaron al Niño con María, su Madre*, escribe: «Jamás hallará nadie a Jesús sino por medio de María.»

De todo lo dicho se infiere claramente que cuando estos Santos y Doctores enseñan que todas las gracias del Cielo vienen por sus manos, no han querido decir solamente que sea porque de Ella hemos recibido a Jesucristo, fuente de todo bien, sino porque, además, quiere Dios que cuantos favores y auxilios se han dispensado después a los hombres, y se dispensarán hasta el fin del mundo por los méritos de Jesucristo, todos hayan de ser debidos a la intercesión de su Madre santísima.

Por eso escribe San Ildefonso: «Siervo del Hijo quiero ser; mas porque nadie puede lograrlo sin ser siervo de la Madre, por eso ambiciono serlo de la Madre.»

#### EJEMPLO.

*¡Jamás renegaré de mi Madre!*

Un joven a quien su padre había dejado, con la nobleza, muchos bienes de fortuna, por haberse dado a los vicios, vino a ser tan pobre, que tuvo que ponerse a pedir limosna, y al cabo se fue de su patria para vivir con menos vergüenza donde nadie le conociese. Encontró en el camino a un hombre que había sido criado de su casa, el cual, viéndole

tan derrotado y miserable, le dijo que se alegrase, porque él le presentaría a un señor muy poderoso, de quien seguramente podía esperar cuanto necesitase.

Era este hombre, por lo visto, un malvado hechicero, y llevando consigo al mozo por un bosque cerca de una laguna, empezó a hablar con persona invisible. El joven, admirado, le preguntó con quién hablaba y él respondió: «Con el demonio.» Y al mismo tiempo le animaba a no temer, viéndole tan asustado. Siguió conversando, y dijo: «Señor, este joven se ve reducido a extrema necesidad, y quisiera recobrar lo perdido.» «Si está dispuesto a obedecerme — contestó el espíritu infernal — le haré más rico que antes era: pero con la condición que reniegue de Dios.» Al oír esto, el joven se horrorizó; pero instigado por el maldito hechicero, al fin lo hizo, y renegó de su Criador. «No basta — volvió a decir el diablo —; también ha de renegar de la Virgen, porque ésta es la que nos hace mayor daño. ¡Oh, a cuántos nos arrebató de las manos, volviéndolos a Dios y alcanzándoles la salvación!» «Eso, no — dijo el joven —; yo no reniego de mi Madre, porque Ella es toda mi esperanza; más quiero ir toda mi vida por el mundo pidiendo limosna.» Dicho esto, huyó de allí.

A la vuelta encontró una iglesia de nuestra

Señora, donde, habiendo entrado, se postró ante una imagen suya, y empezó a suplicar con muchas lágrimas que le alcanzase misericordia y perdón. He aquí que María se pone al instante a pedir a su Santísimo Hijo por aquel infeliz; pero el Señor respondió: «Es un ingrato, que ha renegado de Mí.» La Virgen, a pesar de esto, no cesaba de rogar por él, hasta que al fin le dijo el Señor: «Madre: nunca os he negado nada; quede perdonado, pues que Vos lo queréis.»

Todo esto lo estuvo escuchando a escondidas un hombre rico que era el mismo que había comprado las haciendas del joven, y viendo el favor que la Virgen le dispensaba, le llevó a su casa y le dio por mujer a una hija suya única, haciéndole heredero de cuanto tenía. Así recobró el joven a un tiempo, por medio de la Virgen, la gracia de Dios y los bienes temporales.

#### ORACIÓN.

Alma mía, conoce la esperanza grande de salvación eterna que el Señor te da con haberte, por su misericordia, puesto bajo el patrocinio de su bendita Madre, después que por tus pecados mereciste mil veces el infierno. Rinde gracias a Dios, y a su dulcísima Madre muy afectuosas por la bondad con que te acoge bajo su manto sagrado, colmándote de favores.

Sí, amorosa Madre mía, de lo íntimo del corazón os doy gracias por todo el bien que me habéis prodigado, siendo yo, como he sido, esclavo del demonio. ¡De cuántos peligros me habéis librado! ¡Cuánta luz y misericordia me habéis impetrado del Señor! ¿Y qué

habéis recibido Vos de mí parte para que así me colmaseis de beneficios? Nada.

Vuestra sola bondad fue la que os movió. ¡Ah Señora!, que aunque diese por Vos la sangre y la vida, todo sería poco, habiéndome librado Vos de la muerte eterna, obtenido, como confío, la divina gracia y siendo el origen de toda mi felicidad. No puedo corresponder con otra cosa que con amor y alabanza. No desechéis los afectos de un miserable pecador que se ha prendado de vuestra bondad. Si es indigno de amaros por verse tan lleno de pasiones e inclinaciones terrenas, purificad y trocad Vos enteramente su corazón. Unidme a Dios con lazo tan estrecho que no vuelva jamás a separarme de su santísimo amor. Esto es lo que Vos me pedis, y esto es lo que yo os pido también a Vos. Alcanzadme esta gracia, que otra cosa no pido ni deseo.

## 2.º — *Prosigue la misma materia.*

A la manera que un hombre y una mujer causaron nuestra ruina, dice San Bernardo, así fue conveniente que el daño se reparase por otro hombre y otra mujer, que fueron Jesús y María. Suficientísimo era Jesucristo para redimirnos; pero, pues ambos sexos concurrieron al mal, convino, por congruencia, que ambos nos trajesen el bien. Y así, San Alberto Magno llama a María cooperadora de nuestra redención. Y como la misma Señora reveló a Santa Brígida, por una manzana vendieron el mundo Adán y Eva, y con un corazón le rescataron Jesús y su Madre dulcísima. De la nada creó Dios el mundo, añade San Anselmo; pero habiéndose perdido por la culpa, no quiso repararle sin la cooperación de María.

De tres maneras *cooperó* la divina Madre a nuestra salvación, como explica el Padre Suárez; primera, mereciendo con mérito de congruencia la Encarnación del Verbo eterno: segunda, rogando por nosotros instantemente mientras vivió en la tierra; tercera, ofreciendo con pronta voluntad la vida de su Hijo por nuestro remedio. Habiendo, pues, contribuido así, con amor ardentísimo, a la gloria de Dios y a nuestra salvación eterna, tiene decretado el Señor que todos hayamos de conseguirla por su mediación y valimiento.

Se llama *cooperadora de la justificación*, porque Dios ha puesto en sus manos todas las gracias que han de hacer a los hombres; y todos los hombres pasados, presentes y por venir, dice San Bernardo, tienen que mirar a María como el medio de su eterna felicidad y como el centro de todos los siglos. Lo que dijo el Señor (Jn., 6, 44): *Ninguno viene a Mí si mi Padre no le trae*, lo puede también decir de su Madre: Ninguno viene a Mí si, con sus ruegos, no los trae mi Madre. Jesús fue *el fruto bendito de aquel vientre inmaculado* (Lc., 1, 42), como exclamó Santa Isabel cuando la vio entrar por sus puertas; y así, quien apetezca el fruto ha de ir al Arbol: quien quiera hallar a Jesús, tiene que buscar a María, y hallar a uno es hallar al otro. Luego que Santa Isabel la vio, no sabiendo cómo agradecerle aquella fineza tan singular, dijo en alta voz: *¿De dónde a mí, que la Madre de mi Dios venga a visitarme?*

¿Pero acaso ignoraba que allí venía el Señor también? ¿Cómo no dice o no se tiene más bien por indigna de recibirle a Él? ¡Ah, que la Santa entendió muy bien que cuando viene María trae consigo a Jesús, y por eso le bastó dar a gracias a la Madre, sin que fuese menester nombrar al Hijo!

*Fue como navío de mercader, que de lejos trae el sustento (Prov., 31, 14), María es aquella nave feliz que nos trajo al Salvador, pan vivo bajado del Cielo, para darnos vida de gracia y gloria, como dijo el mismo Señor (Jn., 6, 51); y así, puede asegurarse que todos los que en el borrascoso mar de este mundo no se refugian a esta nave de salud, perecerán. Por esto siempre que nos veamos en peligro de caer, dirijamos pronto a María nuestros clamores, y digamos (Mt., 8, 25): Socorrednos, Señora, sin tardanza, que perecemos. Nótese aquí, de paso, que el piadoso autor de quien tomamos estas palabras no tiene reparo en decir sálvanos, que perecemos, como lo tuvo el otro que voy rebatiendo (1), fundado en que la prerrogativa de salvar sólo pertenece a Dios. Mas si un hombre que haya sido sentenciado a muerte puede muy bien suplicar a un favorito que, imponiendo su valimiento con el rey, le salve, obteniéndole la gracia de la vida, ¿por qué no ha de poder un cristiano decir a la Madre de Dios que le salve y alcance de Dios la gracia de la*

---

(1) Véase pág. 137.



vida eterna? Ninguna dificultad hallaba el himnógrafo griego en decirle: «Reina inmaculada, Reina purísima, sálvame y librame de la eterna condenación; ni el SALTERIO MARIANO en llamarla *Salud de todo el que la invoca*; ni la santa Iglesia en invocarla como *Salud de los enfermos*. ¿Y hemos todavía de tener escrúpulos en suplicarle que *nos salve*, cuando a nadie se da entrada por el Cielo sino por Ella, nadie se salva sino por María, como dijo San Germán? ¿No dicen claramente los Santos que nos es necesario la intercesión de la divina Madre? Decía San Cayetano: Bien podemos buscar la gracia, pero jamás la encontraremos sino por medio de María. Pero sin valerse de Ella, añade San Antonino, es como volar sin alas. Porque así como cuando las gentes, acosadas del hambre pedían pan a Faraón, éste les decía (*Gen.*, 41, 55): *Id a José*, así dice Dios: *Id a María*, pues ha decretado, dice San Bernardo, no conceder a nadie cosa alguna sino por su medio. Nuestra salud está en su mano. La salud de todo el mundo consiste en ser por Ella favorecidos y amparados. San Bernardino de Sena la llama *Dispensadora de todas las gracias*. Al modo que una piedra cae si no tiene cosa que la detenga, así, dice otro escritor, un alma sin el sostén de María cae primero en el pecado, y después en el infierno. El SALTERIO MARIANO añade: Sin su intercesión no salva Dios a nadie. Un niño sin alimento, muere, y un hombre sin amparo de María, perece. Procura, pues, que tu alma tenga

sed de la devoción de María; ásete a Ella y no la dejes hasta que te bendiga. ¡Oh Virgen hermosa!, exclamó San Germán, ¿quién hubiera conocido a Dios sino por Ti? ¿Quién se libraría de los peligros, quién recibiría gracia alguna sino por Ti? ¡Oh Virgen! ¡Oh Madre! ¡Oh llena de gracia!

Para llegar al Padre, dice San Bernardo, no tenemos acceso sino por Jesucristo; y para Jesucristo, el medio más seguro es María Santísima; por Ella nos recibe el que por Ella se nos dio. ¿Qué será, pues, de nosotros, Señora, si nos abandonáis, Vos, que sois la vida de todo cristiano?

Replica el referido autor moderno que si ello es así, que todas las gracias pasan por María, También habrán de recurrir los Santos a la Virgen para alcanzar por su medio los favores que les pedimos. Y esto, dice, nadie lo cree, nadie lo ha soñado.

Respondo que en creerlo no hay error ni inconveniente alguno. ¿Qué inconveniente puede haber si decimos que, habiéndola Dios constituido Reina de todos los Santos y decretado que todo favor pase por sus manos, quiera, para más honrarla, que aun los Santos recurren a Ella, y por su medio alcancen a sus devotos cualquier beneficio? Y en cuanto a que nadie lo ha soñado, yo encuentro que lo afirman terminantemente San Bernardo, San Anselmo, San Buenaventura, y con ellos el

eximio doctor Francisco Suárez, diciendo todos unánimemente que en vano acude a los Santos cuando la Virgen no le favorece ni ayuda.

Lo mismo enseña un piadoso escritor moderno explicando aquellas palabras del Profeta Rey (*Ps.*, 44, 13): *Todos los ricos del pueblo buscarán tu rostro y te pedirán.* Dice que los ricos de aquel gran pueblo de Dios son los Santos, los cuales, cuando desean alcanzar alguna merced para sus devotos, se encomiendan a nuestra Señora para que se la obtenga. Y así, dice el Padre Suárez, aunque entre los Santos no acostumbramos valernos de la intercesión de uno para con otro, pues todos son iguales; pero respecto de la Virgen, con gran razón les pedimos que sean nuestros intercesores para con la que es su Reina y Señora. Prueba de esto es que el Patriarca San Benito, apareciéndosele a Santa Francisca Romana, le prometió *abogar* por ella *delante de la Sacratísima Virgen*. Sin duda, Virgen soberana, exclama San Anselmo, todo lo que los Santos pueden alcanzar unidos con Vos, lo podéis Vos sola conseguir. ¿Y por qué sois tan poderosa? Porque sola sois Madre del Salvador, sois la Esposa escogida del mismo Dios, sois Reina universal de Cielos y tierra. Si Vos no pedís por nosotros, no lo hará ningún Santo; mas si ellos ven que Vos empezáis la súplica, al instante se pondrán a vuestro lado, y pedirán y tendrán empeño en favorecernos. Porque cuando se dirige a orar por nosotros, dice el

ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, como Reina que es de los ángeles y los Santos, le manda juntar sus ruegos con los suyos para inclinar la voluntad del Altísimo.

Así, finalmente, se entiende la razón por que la santa Iglesia nos manda invocar y saludar a esta Madre dulcísima con el título precioso de esperanza nuestra: *Spes nostra, salve*. El impío Lutero decía que para él era cosa insufrible que la Iglesia romana llamase a María su *esperanza*, mal fundado en que sólo Dios y Jesucristo pueden ser esperanza del hombre; tanto, que por Jeremías (17, 5) *maldice Dios al que la coloca en alguna criatura*. Pero la Iglesia que no se engaña, nos dice que la invoquemos sin cesar, llamándola en alta voz esperanza nuestra: *Spes nostra, salve*. El que la pone en alguna criatura independientemente de Dios, será el maldito, porque Dios es la única fuente y dador de todo bien, y la criatura sin Dios, como nada tiene, nada puede dar. Pero el Señor ha dispuesto, como ya hemos probado, que todas las gracias pasen por manos de su Madre, canal de misericordia, y por esto se puede y debe decir que es esperanza nuestra, y que por su mediación recibimos todos los favores del Cielo.

En efecto, Señora, os diré, con San Bernardo, con San Juan Damasceno, Santo Tomás y San Efrén: Vos sois toda mi confianza, toda mi espe-

ranza. Os miro atentamente, y sé que de vuestra mano está pendiente mi dicha. Protegedme bajo las alas de vuestra piedad. Procuremos venerarla con todos los afectos del corazón, pues que así lo quiere Dios, habiéndola constituido medio y canal para dispensarnos todas sus bondades, y siempre que deseemos alcanzar alguna merced de la piedad divina, encomendémonos a María, y no dudemos de conseguirla, que si lo desmerecemos, bien lo merece la que por nosotros interpone sus ruegos; así como si aspiramos a que acepte Dios lo que de nuestra poquedad le ofrecemos, sea María el conducto, y el Señor admitirá la ofrenda benignamente.

#### EJEMPLO.

##### *Escritura arrebatada al demonio.*

Famosa es la historia de Teófilo, escrita por Eutiquiano, patriarca de Constantinopla, testigo ocular, y confirmada por los Santos Pedro Damíán, Bernardo, Buenaventura, Antonio y otros, alegados por el P. Crasset.

Era Teófilo arcediano de la iglesia de Adana, ciudad de Cilicia, y tan estimado generalmente, que el pueblo le pedía por obispo, rehusando él por humildad. Con todo, como por acusación de algunos malévolos fuese depuesto de la prebenda, concibió tan gran sentimiento, que, ciego de pa-



sión, fue a buscar a un mago judío, y éste le proporcionó abocarse con Satanás, para que le ayudase en aquella desgracia. Respondió el demonio que para merecer su favor, primero había de renegar de Jesús y María, y ponérselo por escrito. Teófilo firmó la escritura execrable.

Al día siguiente, habiendo conocido el obispo la sinrazón, le pidió excusa y le repuso en el ejercicio de la dignidad. Entonces conoció Teófilo lo grave de su crimen, y con gran remordimiento comenzó a llorar amargamente. ¿Qué hacer? Se va a una iglesia, se postra delante de una imagen de nuestra Señora, y con abundancia de lágrimas le dice: «Madre de Dios, no quiero caer en desesperación teniándoos a Vos, que sois tan clemente y me podéis valer.»

Con esta súplica estuvo cuarenta días, siempre llorando a los pies de la Virgen, hasta que una noche se hace la Señora visible, diciéndole: «¿Qué es lo que has hecho, Teófilo? Me has negado a Mí y a mi Hijo. Y ¿a quién has vendido tu alma? A mi enemigo y tuyo.» «Vos, Señora — respondió —, me habéis de perdonar y obtener perdón de vuestro Santísimo Hijo.» Viendo María tanta confianza, le volvió a decir: «Consuélate, que pediré por ti.»

Animado con esto, dio mayor rienda a los sollozos, penitencias y ruegos, sin desviarse de la



vista de aquella sagrada imagen, y al cabo de otros nueve días se le volvió a aparecer, diciendo: «Teófilo, alégrate, que he presentado en el acatamiento divino tus plegarias y han sido bien oídas, y ya Dios te ha perdonado. De hoy en adelante séle fiel y agradecido.» «No basta, Señora —replicó Teófilo—; tiene todavía el enemigo aquella escritura abominable, y Vos podéis hacer que se me devuelva.»

Tres días pasaron, y la tercera noche despertó y se halló con el papel en el pecho. A la mañana siguiente, estando el obispo en el templo, con gran concurso de gente, fue allá Teófilo, se le echó a los pies, contó cuanto había pasado, y hecho un mar de lágrimas le puso en las manos el papel, que se quemó allí en público, llorando todos de alegría con bendiciones y alabanzas a Dios y a su Madre, por la misericordia que había usado con aquel pecador, el cual se volvió desde allí a la iglesia de su abogada, donde tres días después murió, lleno de gratitud y júbilo.

#### ORACIÓN.

¡Oh Reina y Madre de misericordia, que dispensáis los favores con liberalidad de reina y amor de madre, hoy acudo a Vos, viéndome tan falto de méritos y virtudes y tan alcanzado en deudas con la divina justicia! Vos, Señora, que tenéis la llave de todas las misericordias, no os olvidéis de mi gran miseria, ni me dejéis en esta pobreza y desnudez. Siendo con todos tan generosa, que dais siempre mucho más de lo que os piden, sedlo también conmigo.

protegiéndome y amparándome, que es todo lo que pretendo y pido. Si Vos me protegéis, nada temo. No temo al demonio, porque sois mucho más poderosa que todo el infierno; no a mis pecados, porque me podéis alcanzar el perdón con sólo una palabra que digáis; ni aún temo la cólera del Juez airado, porque una súplica vuestra basta para aplacarle. En suma: valiéndome de Vos, todo lo espero, porque todo lo podéis. Madre de misericordia, sé que vuestro gusto es favorecer a los desdichados, y sé que los protegéis, si de su parte no hay obstinación. Pues yo, aunque pecador, no me obstino, sino que propongo de veras enmendarme. Vos me podéis ayudar. Ayudadme, pues, a recobrar la gracia y salvar mi alma. Hoy me pongo enteramente en vuestras manos clementísimas. Inspiradme lo que tengo que hacer para agradar a Dios, que estoy resuelto a ponerlo por obra, y con vuestro favor espero que lo haré. ¡Oh María, oh María, Madre, luz, consuelo, refugio y esperanza mía! Amén, amén, amén.

## CAPITULO VI

EA, PUES, SEÑORA, ABOGADA NUESTRA.

1.º — *María es nuestra abogada, y tiene poder para salvarnos a todos.*

Es tan grande la autoridad que tiene una madre sobre sus hijos, que, aunque alguno llegue a ser gran monarca, con absoluto dominio de todas las personas de su reino, nunca la madre viene a estarle sujeta. Verdad es que, sentado a la diestra del Padre, Jesucristo nuestro Señor adquirió, en cuanto hombre, por razón de la unión hipostática con la persona del Verbo, dominio general sobre todas las criaturas, incluso María; pero también es positivo que mientras vivió en carne mortal quiso humillarse y *serle súbdito*, como atestigua el Evangelio de San Lucas (2, 51). Y aún llegó a decir San Ambrosio que, supuesto que se dignó escoger a María por Madre, el obedecerle como Hijo fue obligación. Lo más que se dice de los Santos es que están con Dios; pero de la Reina de los Santos se

afirma que tuvo la suerte, no sólo de haber estado siempre sumisa a la divina voluntad, sino de haber tenido a la suya sujeta y obediente al mismo Dios. Las demás vírgenes *siguen al Cordero dondequiera que va* (*Apoc.*, 14, 4); pero la Virgen de vírgenes fue en este mundo seguida del Cordero, súbdito suyo. Ahora, en el Cielo, si bien ya no puede mandar en su divino Hijo, es indudable que sus ruegos maternales son eficacísimos para conseguir cuanto pide. Lo que pide y desea lo puede en tierra y Cielo, y hasta volver la esperanza a los que ya estaban desesperados. Cada vez que se acerca al altar de la misericordia y presenta a Jesucristo cualquier petición en beneficio nuestro, es tanto lo que el Señor se agrada, y accede tan pronto, que más parece precepto que súplica, más de señora que de sierva. De esta manera honra Jesús a su querida Madre, de quien fue tan honrado mientras vivió entre nosotros, concediéndole al instante todo cuanto desea. Sois omnipotente, Señora, en salvar a los pecadores, sin tener necesidad de otra recomendación que el ser Madre de la verdadera Vida.

Todo, hasta el mismo Dios, obedece al mandato de María, dice francamente San Bernardino de Sena; esto es, Dios oye sus ruegos como si fueran preceptos. Sí, Virgen purísima; a tanto os ha Dios ensalzado, que, por gracia, no hay para Vos cosa imposible. Vuestro auxilio es omnipotente, pues conforme a buena ley gozáis todas las prerrogati-

vas de que el Rey goza, como que sois la Reina. Poderoso es el Hijo, poderosa la Madre; omnipotente el Hijo, omnipotente la Madre, y tanto, que tiene puesta Dios a toda la Iglesia, no bajo vuestro amparo solamente, sino también bajo vuestra jurisdicción y dominio.

Una es la diferencia: que el ser omnipotente el Hijo es por naturaleza, y la Madre, por gracia, como fue revelado a Santa Brígida, que un día oyó que el Señor dijo a su dulce Madre: «Madre mía, pide cuanto quieras, porque no pueden dejar tus ruegos de ser oídos. Tú, en la tierra, nada me negaste, y Yo en el Cielo, nada te negaré.» Con esto, bien entendemos lo que quiere decir ser omnipotente María, no que lo sea en todo rigor, cosa de que una criatura no es capaz, por perfecta que sea, sino porque pide y alcanza cuanto quiere.

Basta que sea empeño vuestro, Señora, y todo se hará; basta que queráis levantar al mayor pecador del mundo, y será santo. Y así, decía: Lo que los hombres me deben suplicar es que Yo quiera, porque todo aquello que me agrada necesariamente se hace. Muévaos, Señora, vuestra benignidad y poder, porque cuanto sois más poderosa, debéis ser más misericordiosa. ¡Oh dulce abogada nuestra!, pues que tenéis corazón tan piadoso que no podéis ver nuestras miserias sin compasión, y juntamente con Dios, poder tan

grande para salvarnos, no os desdeñéis de mirar por nosotros, miserables pecadores, los que en Vos hemos puesto toda la esperanza. Y si nuestras oraciones son ineficaces, confiemos en Vos, sabiendo que Dios os ha ensalzado tanto para que tan rica como sois en poder, tan misericordiosa seáis en querer favorecernos. Pero de vuestra misericordia, dice San Bernardino, ¿quién ha de dudar? Si es inmenso el poder, inmensa es la bondad, e inmensa la caridad, como por los efectos vemos cada día.

Desde que vivía aquí, en la tierra, su único pensamiento fue, después de la gloria de Dios, el bien de los hombres, con el privilegio de conseguir cuanto pidiese, ilimitadamente. Lo comprueba el suceso de las bodas de Caná, cuando, habiendo faltado vino, compadecida del rubor de aquella buena gente, se acercó a pedir a su Hijo que los consolase con obrar un milagro. Al principio parecía que el Señor se negaba, y así dijo (*Jn.*, 2, 4): *Mujer, ¿a nosotros qué nos importa? El tiempo de hacer milagros no ha llegado aún;* los haré cuando empiece a predicar, en confirmación de mi doctrina. Con todo, María como si ya estuviese acordada la gracia, les dice (1) que *llenen las vasijas de agua*. Pero ¿cómo es esto? Si el tiempo determinado de obrar los milagros había de ser el de la predicación,

---

(1) Las palabras siguientes no son de María, sino de Jesús.



¿cómo se anticipa contra el decreto divino? No, dice San Agustín; no hay aquí nada opuesto a lo que Dios tenía decretado, porque aunque, generalmente hablando, todavía estaba por venir el tiempo de las señales y prodigios de nuestro divino Salvador, tenía Dios también determinado desde toda la eternidad, con otro decreto general y absoluto, que a su Madre todo se lo había de conceder luego que se lo pidiese. Y por esto, sabedora Ella de este privilegio, aunque, al parecer, se le negaba aquella petición, manda, como cosa ya hecha, que llenen las vasijas de agua. Quiere decir, que, a pesar de la aparente repulsa, el Señor, para honrarla, accede prontamente a sus ruegos, o que con aquellas palabras quiso dar a entender que, por entonces, a los de ningún otro hubiera accedido; pero hablando su Madre, no lo dilata un punto.

Ciertamente, no hay criatura alguna que pueda obtener tantas misericordias a los miserables desterrados en este valle de lágrimas como esta medianera santísima, honrada por Dios como querida Madre. Basta que abra los labios. Hablando el Esposo de los Cantares (8, 13), en quien está figurada María, le dice de este modo: *Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan; oiga Yo tu voz*. Los amigos son los Santos, los cuales, siempre que piden algo en beneficio de sus devotos, esperan que su Reina presente la súplica y

alcance la gracia, pues que ninguna se concede sino por su mediación. ¿Y cómo las impetra? Basta que *se oiga su voz*. Consigue las gracias rogando, sí, pero al mismo tiempo interpone la autoridad materna, con la que obtiene cuanto pide y desea. No hay en esto duda.

Cuenta Valerio Máximo que, teniendo Coriolano sitiada la ciudad de Roma, su patria, y no bastando súplicas de ciudadanos y amigos a persuadirle a alzar el cerco, saliendo, al fin, su madre, Veturia, no pudo el hijo resistir a sus ruegos y lágrimas, y al instante se retiró. ¡Cuánto más aceptos serán los ruegos de tan buena Madre a un hijo tan amante! Un sólo suspiro suyo vale más que las oraciones de todos los Santos. Suspiros son de Madre, a cuyo poder y eficacia no hay resistencia. Acudamos, pues, a esta poderosísima abogada, diciendo: Señora, pues que tenéis autoridad de Madre, fácil os es obtenernos perdón de nuestros pecados, por enormes que sean, no pudiendo menos de acceder a cuanto le pedís a aquel Señor de infinita piedad, que os escogió por Madre. Todo el Cielo, a una voz, os llama *bendita*, diciendo que lo que Vos queréis es lo que se hace, y nada más, según aquel célebre verso:

Lo que Dios con su imperio,  
Tú, Señora, lo puedes con tu ruego.

Pues qué, ¿no ha de ser cosa propia de la benignidad del Señor dar gusto a su dulcísima

Madre, puesto que *vino* al mundo, *no a quebrantar, sino a cumplir la Ley*, entre cuyos Mandamientos, uno muy principal es *honrar padre y madre*? Y aun en cierto modo está obligado a ello, por ser deudor a la suya del ser humano que en su seno purísimo recibió, con el consentimiento de la misma Señora. Bien le podemos decir: Alégrate, Virgen Santa, de tener por deudor a un Hijo que a todos da y de ninguno recibe. Nosotros debemos todos a Dios cuanto tenemos, porque todo es don suyo. Únicamente a Vos ha querido ser deudor, tomando carne y sangre en vuestras purísimas entrañas. Contribuisteis a dar el precio de la redención para librar al hombre de la muerte eterna, y por eso sois más poderosa que ningún Santo en ayudarnos a conseguir la eterna vida. Vuestro Hijo gusta que le pidáis, porque desea darlo todo por vuestro respeto, para pagaros así la preciosa dádiva que le hicisteis dándole forma humana. Sí, Virgen sin mancha, a todos nos podéis salvar con vuestros ruegos, dignificados con la autoridad que os da el título y ser de Madre.

Concluyamos con las regaladas palabras del  
ESTÍMULO DE AMOR.

Inmensa y admirable fue, por cierto, la bondad de Dios, que, siendo nosotros pecadores vilísimos, darnos le plugo en Vos una abogada de quien podemos esperar toda suerte de bien; abogada en

cuyas manos beneficentísimas están los tesoros inagotables de la divina gracia; abogada piadosísima, por quien alcanzásemos redención de culpas, galardón de gloria.

#### EJEMPLO.

##### *Camino del patíbulo, salvado por María.*

Cierto joven, hijo de viuda, fue enviado por su madre, muy devota de nuestra Señora, a la corte de un príncipe, haciendo que al despedirse le prometiese rezarle diariamente un Avemaría, y, al fin, esta corta oración: «Virgen benditísima, ayudadme a la hora de mi muerte.»

Llegó a la corte el joven, y a poco se envició con tal desenfreno, que su amo se vio precisado a despedirle. El, entonces, no hallando cómo sustentar la vida, desesperado, se echó a bandolero, siguiendo, con todo, en practicar todos los días la devoción aconsejada por su madre. Finalmente cayó en poder de la justicia, y fue sentenciado a pena capital.

Estando para ser llevado al patíbulo, considerando entonces al vivo su deshonra, la aflicción de su madre y tan cerca la muerte, lloraba sin consuelo. El demonio, viendo esto, acudió disfrazado en forma de un gallardo joven prometiendo librarle de la muerte y prisión si consentía en hacer lo que le propusiese. Vino en todo el reo, y sin más

preámbulos se le declaró el demonio, y primero exigió que renegase de Jesucristo y los Sacramentos. Lo hizo. Después quería que renegase también de María Santísima y renunciase su patrocinio. «Eso nunca lo haré», contestó; y volviéndose a la Señora, le rezó la oración de su madre: «Virgen benditísima, ayúdame a la hora de mi muerte.» A estas palabras desapareció el enemigo, pero el joven quedó angustiadísimo por la maldad cometida de haber negado al Señor. Acudió a la Virgen, de quien alcanzó un dolor grande de todos los pecados y la gracia de confesarlos con gran pesar y llanto.

Ya le llevaban a ajusticiar por una calle donde había una imagen suya, a quien invocó, al pasar, con su oración acostumbrada: «Virgen benditísima, ayudadme a la hora de mi muerte», y la Virgen inclinó la cabeza a vista del concurso, con cuyo favor, enternecido él, suplicó le permitiesen acercarse a besarle los pies. Rehusaban los ministros de justicia; mas alzando un grito la gente, se lo permitieron. Se inclina, pues, para satisfacer su devoción, y María, desde su imagen, alarga su brazo y le toma por la mano, con tanta fuerza, que no fue posible arrancarle de allí. Al ver un prodigio tan manifiesto, empezaron todos a clamar: «¡Perdón, perdón!», y hubo perdón.

Volvió a su tierra, y de allí en adelante emprendió una vida muy ejemplar, agradecido y aficionado grandemente a la bienhechora clemen-

tísima que le había librado de la muerte temporal y eterna.

#### ORACIÓN.

¡Oh Madre de mi Dios!, decid hoy una palabra en favor mío, que soy tan miserable. Vuestro hijo Santísimo no espera más sino que habléis, para contentaros. No olvidéis que también a beneficio nuestro recibisteis tanto poder y dignidad. El mismo Dios quiso constituirse deudor vuestro, tomando carne en vuestro seno purísimo, con el fin de que a vuestra voluntad dispensaseis a los infelices los tesoros de su misericordia.

Siervos vuestros somos, dedicados estamos a vuestro servicio y tenemos la gloria de vivir bajo vuestro amparo. Si aun los que ni os veneran ni os conocen, si hasta quien os desprecia y blasfema experimenta vuestra piedad, ¿no hemos de esperar nosotros, que os adoramos, amamos y confiamos en Vos?

Es cierto que somos pecadores; pero Dios os ha dotado de un poder y clemencia mayor que todos nuestros deméritos. Podéis y queréis salvarnos y nosotros lo esperamos con tanta mayor seguridad cuanto menos lo merecemos, porque así tendremos mayor motivo de bendeciros en la gloria, salvos por vuestra intercesión.

Madre de misericordia, ved nuestras almas, antes tan hermosas, como que fueron lavadas con la preciosa Sangre de nuestro divino Redentor, y después feas y abominables por el pecado. A vos las presentamos para que las purifiquéis de toda mancha. Alcanzadnos una verdadera enmienda, el amor de Dios y la posesión de la eterna bienaventuranza. Cosas grandes os pedimos; pero Vos ¿no lo podéis todo? ¿No es todo muy poco comparado con el amor que Dios os tiene? Basta que abráis los labios; a ellos nadie se niega. Rogad, rogad por nosotros y seréis oída y nosotros salvos.

*2.º — María es abogada compasiva y no rehusa defender la causa de ningún desvalido.*

Son tantos los motivos que hay de nuestra parte para amar a esta amabilísima Señora, que si en



toda la tierra resonasen continuamente sus alabanzas y todos los hombres diesen en su obsequio la vida, sería poca gratitud y retorno al entrañable amor que profesa aun a los más pecadores, en quienes ve, a lo menos, algún vestigio de devoción para con Ella. Decía el sabio Idiota que María paga amor con amor, y aun de servir a quien la sirve no se desdeña, empleando (si éste se halla en pecado) todo su valimiento, hasta alcanzarle misericordia y perdón. Tanta es su benignidad, que nadie debe recelar, aunque ya se dé por perdido, de ir a sus pies buscando el remedio, pues a ninguno despide. Como abogada amantísima, cuida de presentar a Dios nuestras oraciones, mayormente las que van por su medio, pues así como con el Padre intercede su Hijo, así con el Hijo intercede la Madre, no dejando nunca de agenciar el negocio de nuestra salvación, y de solicitar las gracias que le pedimos. Con razón, pues, la llama Dionisio Cartujano Refugio singular de perdidos, Esperanza de miserables, Abogada de todos los pecadores, que se valen de su protección.

Podrá ser que algún pecador, sin dudar del poder de María, desconfíe con todo eso, temiendo, acaso, que no quiera favorecerle, enojada y retraída por la gravedad de las culpas. Mas aliéntese considerando, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, que aquel señalado privilegio de ser para con su Hijo poderosísima, de algo ciertamente nos ha de

servir, y de nada nos serviría si de nosotros no cuidase. Estemos seguros de que así como tiene más poder que ningún otro Santo, así no hay quien abogue con más amor y solicitud. Y así, exclama alborozado San Germán: «¿Quién, después de vuestro Santísimo Hijo, mira por nuestro bien, Madre de misericordia, tanto como Vos? ¿Quién nos libra más pronto de todos los males? ¿Quién más empeño toma en proteger y defender, casi luchando, a los infelices pecadores. Vuestro patrocinio, añade el sabio Idiota, nos es más útil de lo que nadie puede imaginar, y si alcanzan los Santos a favorecer a los hombres, y con especialidad a sus devotos, Vos mucho más, que sois Reina de todos los Santos, abogada de todos los hombres, refugio de todos los pecadores.

Sí, por cierto; aun de los pecadores tiene cuidado y de lo que más se gloria, después del título de Madre de Dios, es de que la llamen su abogada, intercediendo sin cesar por ellos en la presencia de la Majestad divina, y socorriendo todo género de necesidades con afecto de madre. Acudamos a Ella implorando su intercesión con gran confianza, porque a todas horas la encontraremos pronta y deseosa de favorecernos.

¡Con cuánta solicitud y amor promueve y solicita el negocio de nuestra salvación! Ciertamente es que todos los bienaventurados la desean y la piden;

mas la caridad y ternura que Vos, Señora, mostráis en el Cielo, alcanzándonos del Todopoderoso misericordias y gracias sin número, nos obliga a confesar que no tenemos propiamente más abogada que a Vos, y que Vos sois la que verdaderamente está cuidadosa de nuestro bien. ¿Qué entendimiento podrá comprender adónde llega tan continuo y amoroso empeño? Es tanta la compasión que tenéis de nuestras miserias; es tan ardiente el amor con que nos miráis, que pedís y volvéis a pedir, y jamás os cansáis de rogar por nosotros, defendiéndonos de todo mal y alcanzándonos toda suerte de bien.

¡Infelices de nosotros si no nos amparase esta abogada tan poderosa, tan benigna, tan prudente y sabia, que el Juez no puede condenar a reo ninguno que Ella defienda! Es más prudente que Abigail. Esta fue una mujer muy discreta, que con la blandura de sus ruegos aplacó el ánimo de David a tiempo que iba, irritado, contra Nabal, su marido (*Sam.*, 25, 3); y lo fue tanto, que el mismo David, al fin, *la bendijo* y dio gracias de que con su dulces palabras *le hubiese impedido correr a la venganza*. Otro tanto hace María en el Cielo a beneficio de innumerables pecadores. Con sus dulces y discretas razones sabe aplacar tan bien la ira divina, que el mismo Dios la bendice, y como que le da gracias de que le desarme el brazo para que no los castigue según merecen. A este fin, dice San Bernardo,

queriendo el Padre Eterno usar de misericordia con nosotros, nos dio a Jesucristo por abogado principal para con Él, y María por abogada para con Jesucristo.

Indudablemente, Jesucristo es el único mediador de justicia entre Dios y los hombres, que en virtud de sus propios merecimientos puede y quiere alcanzarnos perdón y gracia, como lo tiene prometido. Pero, como los hombres reverencian o temen tanto la Majestad divina que en Él resplandece, fue necesario que se les diese otra abogada a quien puedan acudir con menos recelo, y de tanta bondad y merecimiento, que nadie le llegue en poder para con Dios, ni en indulgencia para con nosotros. Haría, pues, grave injuria a tan grande bondad quien aún temiese acercarse a esta Señora, de quien está muy lejos la severidad y el terror, pues toda es benignidad, clemencia y dulzura. Lee y vuelve a leer con atención el sagrado Evangelio, y si hallas que María se muestra alguna vez severa con alguno, entonces podrás temer. Pero seguramente nada de esto hallarás, y así, bien puedes buscarla con alegría para que te ampare y favorezca.

Digámosle con los afectos de un alma devota: ¡Oh Madre de mi Dios!, a Vos acudiré, y aun me atreveré a reconveniros con humildad y filial confianza, porque toda la Iglesia da gritos llaman-

doos Madre de misericordia. Vos sois aquella criatura escogida que, por haber sido tan amada del Señor, siempre sois oída; vuestra piedad a nadie ha faltado nunca, y vuestra suavísima afabilidad jamás ha desechado a ningún pecador, por miserable que fuese. Pues qué, ¿acaso la Iglesia os dice vanamente su abogada y refugio de pecadores? No sean jamás mis culpas causa para retraeros de tan piadoso oficio. Sois, después del Salvador, nuestro refugio y mayor esperanza; mas toda la alteza de gracia, gloria y dignidad de Madre de Dios la debéis a los pecadores (sea lícito decirlo así), porque por causa suya se hizo Hijo vuestro el Hijo de Dios. Lejos, pues, de Vos, que disteis al mundo la fuente de misericordia, pensar que la neguéis a ningún infeliz de cuantos se valen de vuestro patrocinio. Y pues que vuestro dulce empleo es hacer las paces entre la criatura y su Criador, muévao a mirarnos con ojos de clemencia vuestra misma bondad, mayor incomparablemente que todo el cúmulo de nuestros pecados.

Terminemos, pues, con las palabras de Santo Tomás de Villanueva: Consolaos ya, pusilánimes; respirad y alentaos, desdichados pecadores, porque esta Virgen purísima es Madre del Juez, abogada del género humano; idónea y pronta, más que otra ninguna para defendernos en el acatamiento del Señor; sapientísima en excogitar los modos de amansar su cólera, y universal en el amor

materno, pues que a ningún infeliz rehusa nunca de proteger.

### EJEMPLO.

#### *La Virgen, portera de un monasterio.*

Bien acredita cuán amorosa es con los miserables pecadores lo que hizo con una monja, portera del monasterio de Fuente-Heraldo, llamada Beatriz. Vencida y apasionada de un joven concertó fugarse con él del monasterio. Llegado el día señalado, se fue la infeliz delante de una imagen de la Virgen nuestra Señora, le dejó las llaves y se escapó.

Lejos de allí, tomó dentro de poco tiempo la infame ocupación de ramera, y en tan miserable estado vivió por el transcurso de quince años.

Al cabo de tanto tiempo sucedió que encontrándose una vez con el administrador de los bienes del monasterio, le preguntó si conocía a una monja por nombre Beatriz. «La conozco bien — respondió el hombre —; es una santa; ahora la han hecho maestra de novicias.» Ella quedó pasmada, no entendiendo cómo fuese aquello posible, y para salir de la duda, se disfrazó y volvió al monasterio. Pide que salga Sor Beatriz, y se le presenta la Reina del Cielo en la forma de aquella imagen a cuyos pies había dejado el hábito y las llaves. le habló la



señora y le dijo: «Beatriz, mirando por tu reputación, tomé tu mismo semblante, y he desempeñado tu oficio todo el tiempo que has vivido fugitiva del monasterio y de Dios. Hija, vuelve a entrar y haz penitencia de tus desórdenes, que aún te espera mi amantísimo Hijo, procurando con una conducta ejemplar mantener el buen nombre que Yo te he granjeado», y desapareció.

Entonces Beatriz entró en el monasterio, se vistió el hábito, y agradecida grandemente a la Reina de los ángeles por tan especial beneficio, vivió en adelante como verdadera santa, y a la hora de la muerte manifestó lo sucedido a gloria de María Santísima.

#### ORACIÓN.

¡Oh Madre Santísima!, bien conozco que, habiendo sido por tantos años ingrato a Dios y a Vos, merezco justamente que me abandonéis, porque el ingrato no es acreedor a ningún beneficio. Pero yo, Señora, tengo formada muy alta idea de vuestra bondad. Proseguid, ¡oh refugio segurísimo de pecadores!, proseguid en favorecer a un desdichado que en Vos confía. Extended la mano y levantad a un pobre caído que pide favor. Defendedme, y si no, decidme a quién he de ir, que me pueda valer mejor que Vos. Pero, ¿dónde encontraré para con el Altísimo abogado de más poder y bondad que su misma Madre? Madre sois del Salvador del mundo, y nacisteis para salvar los pecadores. ¡Oh María, salvad a un infeliz que humilde a Vos recurre! No merezco vuestro amor; pero el deseo que arde en vuestro pecho dulcísimo de salvarnos a todos me dice que me amáis, y si Vos me amáis, no me perderé.

¡Oh amada Madre mía, si por Vos me salvo, como lo espero, ya no seré desgraciado, sino felicísimo, y con alabanzas perpetuas desquitaré mis ingratitudes pasadas, bendeciré vuestro amor y

besaré vuestras manos sacrosantas, para mí tan benéficas, en aquella patria celestial donde reináis y reinaréis eternamente! ¡Oh libertadora, oh esperanza, oh Reina, oh abogada, oh Madre mía, os amo y siempre os amaré! Amén, amén. Así lo espero, así sea.

3.º — *Maria hace las paces entre Dios y los hombres.*

Es la gracia de Dios *un tesoro de valor infinito*, como dice el Espíritu Santo (*Sab.*, 7, 14), porque *nos eleva a la dignidad de hijos del Excelso*, a quienes nuestro divino Salvador llamó *amigos suyos* (*Jn.*, 15, 14), así como el pecado es una mancha tan execrable y fea, que priva al alma de aquella dichosa amistad y hermosura, haciéndola *abominable a los ojos de Dios* (*Sab.*, 14, 9) y su enemiga capital. ¿Qué debe hacer el pecador que se ve caído en semejante abismo? Necesita un mediador que interceda por él y le ayude a recuperar el bien perdido. Tú que has perdido a Dios, quienquiera que seas, dice San Bernardo, consuélate con saber que el Señor te ha dado con su divino Hijo tan poderoso medianero.

Pero, ¡ay dolor!, ¿por qué los hombres han de tener por severo al Mediador clementísimo que dio la vida por salvarnos? ¿Por qué han de temer que sea terrible la misma dulzura y amabilidad? Aliéntate, pecador, y no temas, y si es que los pecados te hacen temblar, acuérdate que Jesús los clavó consigo en el madero de la cruz, y satisfa-

ciendo por ellos a la divina justicia, los borró de tu alma.

Mas si lo que te atemoriza es su majestad y grandeza, pues que no dejó de ser Dios, aunque hecho hombre, tienes quien abogue con Él. Acude a María, que Ella pedirá por ti y será oída. Intercediendo el Hijo por ti delante de su eterno Padre, que nada le puede negar. Hermanos míos, María es la escala por donde recobran de nuevo los pecadores la hermosura de la divina gracia. Este es el motivo más poderoso de nuestra esperanza.

Oigamos en los libros de los *Cantares* (8, 10) las palabras que pone en su boca dulcísima el Espíritu Santo: *Yo soy defensa de los que me invocan, y la misericordia de mi pecho es para ellos como una torre de asilo.* A este fin la constituyó el Señor medianera y conciliadora de paces entre Él y los pecadores. No hay duda: María es la pacificadora, la que sabe alcanzar de Dios paz a los enemigos, salud a los desahuciados, perdón a los delincuentes y misericordia a los desesperados. Por eso la llamó su divino Esposo (*Cant.*, 1, 4): *Hermosa como los pabellones de Salomón.* En las tiendas de David no se trataba más que de guerra, pero en las de Salomón sólo se hablaba de paz; dándonos a entender así el Espíritu Santo que esta Madre misericordiosa no habla de guerra ni de venganza contra los pecadores, sino de paz y clemencia.

Figurada estuvo en la paloma de Noé, que saliendo del arca volvió con el ramo de oliva, en señal de la paz que ofrecía Dios a los mortales. María fue la paloma cándida y hermosa enviada del Cielo con ramo de oliva, símbolo de misericordia, porque nos dio a Jesús, fuente de toda misericordia, que en virtud de sus méritos infinitos nos alcanzó todas las gracias y favores que Dios nos dispensa. Por Ella, dice San Epifanio, se dio la paz al mundo, y por Ella siguen a cada hora reconciliándose con Dios los pecadores.

Figura suya fue también *el arco iris que rodea el trono de Dios*, visto por San Juan (*Apoc.*, 4, 3), porque siempre asiste al tribunal divino para suavizar las sentencias y castigos que merecen nuestros pecados. Ella es aquel *arco* de hermosos colores que quiso significar el Señor cuando dijo a Noé (*Gen.*, 9, 13) que *pondría en las nubes su arco de paz*, para que, viéndole, se acordasen los hombres de la perpetua paz que con ellos quedaba hecha. Aquél recordaba la promesa que Dios se dignaba hacer, y éste nos alcanza remisión de las ofensas y seguridad de perpetuas paces.

Por igual razón es comparada con la luna: *Hermosa como la luna* (*Cant.*, 6, 9); pues así como la luna está entre el Cielo y la tierra, así María se interpone continuamente entre Dios y los pecadores para aplacar la divina justicia, iluminar los entendimientos y volvernos a nuestro Criador.

Ved aquí su principal oficio: levantar las almas a la gracia divina, reconciliándolas con Dios. *Apacientas tus cabritos*, se le dice en los *Cantares* (1, 7). Sabemos que los cabritos son figuras de los pecadores, así como los corderos o mansas ovejas significan los escogidos, que se colocarán en el último día a la diestra del supremo Juez, mientras que los otros desventurados estarán a la izquierda. Pues, ¡oh Pastora divina!, a vuestro cargo quedan los cabritos, para que Vos los convirtáis en corderos, y hagáis que también vayan a ponerse aquel día al lado de la felicidad. Se reveló a Santa Catalina de Sena que la Virgen fue criada para ser cebo suavísimo que prendiese a los hombres y los restituyese a Dios. Sólo hay que advertir que no a todos los cabritos pecadores los salvará, sino a los que la sirvan y veneren; éstos son *sus* cabritos; porque los que viviendo en los vicios no procuran merecer su favor con algún obsequio particular, ni se le encomiendan con deseo de salir de su mal estado, no pertenecen a su grey, y, por tanto, la izquierda será en el juicio el lugar que les corresponde.

Hubo un hombre noble que por la multitud de los delitos que había cometido, desconfiaba ya de conseguir su salvación; pero sabiéndolo un religioso, le exhortó a valerse del amparo de María Santísima bajo la advocación de una imagen que se veneraba en cierta iglesia. El caballero fue, y al



instante que vio la imagen sintió como que le animaba a echarse a sus pies con toda confianza. Corre, se postra, y al ir a besárselos, la imagen, que era de talla, le dio a besar la mano, en la cual estaban escritas estas palabras: *Yo te libraré*; con lo que el hombre concibió de repente tan gran dolor de sus pecados y tan inmenso amor de Dios y de aquella Madre dulcísima, que allí cayó muerto a sus sagrados pies.

¡Oh y a cuántos pecadores obstinados trae a Dios cada día este *imán* de nuestros corazones! Pudiera referir muchos casos sucedidos en nuestras misiones y las ajenas, de algunos que a los demás sermones se mantuvieron duros y empedernidos; pero oyendo, al fin, predicar de las misericordias de María, se compungieron y se convirtieron. Dicen que el unicornio es un animal tan feroz, que no hay quien pueda darle caza, y que solamente a la voz de una doncella se rinde, se acerca y deja que le ate. ¡Cuántos pecadores que huían de Dios, más bravos que las fieras, vuelven a las voces de esta Virgen amorosísima, y de su mano se dejan mansamente ligar y conducir a Dios!

A este fin fue ensalzada a la dignidad de Madre de Dios, para que medie y alcance la salvación a muchos, que, atentos a sus obras y al rigor de la divina justicia, no se salvarían. Más por el bien de los pecadores que por el de los justos, se ve tan



entronizada; semejante a lo que afirmó de Sí Cristo nuestro Redentor, hablando de los motivos de su venida al mundo. ¡Oh Señora!, obligada estáis a favorecer a los pecadores, porque todas las prerrogativas y grandezas que habéis recibido (comprendidas en el título de Madre de Dios) a ellos las debéis, pues por su causa tenéis a Dios por Hijo. ¿Cómo con esto podrá ninguno desconfiar?

En la oración de la Misa de la vigilia de la Asunción nos dice la santa Iglesia que María fue llevada a los Cielos para que allí, de continuo, se interponga por nosotros con la certeza de ser oída. Por esto es llamada *árbitra*, que dispone de todo a su voluntad, y con cuya sentencia y decisión siempre se conforma el supremo Juez. ¿Qué mayor seguridad podemos desear? ¿Qué *fiadora* más acepta a los deseos de Dios ni que mejor pueda reconciliarnos con Él? Como el Señor solicita por todos los medios la reconciliación de los pecadores, para que no dudásemos de alcanzar el perdón, nos la dio por prenda segura. ¡Oh pecador!, ánimate oyendo esto, y si por la muchedumbre y gravedad de tus pecados temes que Dios, indignado, tome venganza de ti, ve a buscar a María, esperanza de pecadores, sabiendo que el mismo Señor le confió el oficio y encargo de socorrernos y ayudarnos a todos.

¿Qué temor ha de tener de salir mal el reo a

quien la madre del juez se ofrece por abogada y madre? Y Vos, Señora, que lo sois, ¿os desdeñáis de interceder con vuestro Hijo, que es el Juez, por otro hijo, que es el pecador? ¿No pediréis al Redentor por un alma redimida con su propia sangre? Con toda eficacia rogaréis por los que recurren a Vos, como mediadora que sois entre el Juez y el delincuente. Tú, pecador, cualquiera que seas, por más atollado que estés, por más antiguas y encanceradas que sean tus llagas, no desconfíes; antes bien, da gracias a Dios de que para usar contigo de misericordia, no sólo te haya dado a su unigénito Hijo por abogado, mas para que mayormente confíes, te ha provisto también de una medianera que todo lo alcanza. Implora su favor, y te salvarás.

#### EJEMPLO.

##### *Conversión de Benita.*

Cuenta el P. Juan Bonifacio, S. J., que hubo en Florencia una moza llamada Benita, pero no bendita, sino muy perversa, deshonesta y escandalosa. Por dicha suya, llegó a la ciudad el glorioso patriarca Santo Domingo, y ella, por mera curiosidad, quiso ir un día a un sermón que predicaba, en el cual, finalmente, la palabra divina la compungió tanto que, anegada en lágrimas se confesó con el Santo, quien no la impuso más penitencia que rezar el Rosario. Pero la infeliz, vencida del mal

hábito contraído, volvió a recaer. Súpolo el Santo, fue a buscarla, y logró que se confesase otra vez, ayudando el Señor por su parte a la firmeza del propósito con una visión en que le descubrió las penas del infierno y ardiendo en él algunos hombres condenados por culpa suya, al mismo tiempo que le puso delante un libro donde estaban escritos todos sus pecados, cosa que la llenó de espanto; pero valiéndose fervorosamente de la protección de la Virgen, vio también que esta Señora le alcanzaba de Dios tiempo para llorar sus liviandades.

Emprendió, desde luego, una vida muy ajustada; mas como nunca se le apartase de los ojos aquel proceso tan temeroso, empezó un día a decir a la Reina de los Angeles estas palabras: «Madre amantísima, bien sé que he merecido mil veces el infierno; pero ya que misericordiosamente me habéis concedido espacio de penitencia, voy a pedir os otra gracia, aunque no quiero dejar de llorar mis pecados hasta la muerte, y es que dispongáis se borren todos de aquel libro que he visto.» La Virgen Santísima se le apareció, diciéndola que para obtener lo que solicitaba había de tener de allí en adelante memoria continua de sus pecados y de la misericordia que Dios había usado con ella; que se había de acordar frecuentemente de lo mucho que el Señor había padecido por salvarla, y que, en fin, había de pensar cuántos se

habían condenado con menos motivo, revelándole la condenación aquel mismo día de un muchacho de ocho años por un solo pecado grave. Obedeció Benita puntualmente, y mereció que al cabo se le apareciese también Jesucristo nuestro Redentor, y que, mostrándole aquel libro, le dijese: «Ya tus delitos quedan borrados y el libro en blanco. Escribe ahora muchos actos de caridad y demás virtudes.» Hízolo así Benita lo que le restaba de vida; vivió hasta el fin como santa y murió felizmente.

#### ORACIÓN.

¡Oh dulcísima Virgen! Pues que vuestro empleo es el de interponeros como defensora entre Dios y los pecadores, haced por mí siempre oficio tan amoroso. Y no digáis que es difícil mi causa y no me podéis defender, porque ninguna tuvo mal éxito, por desesperada que fuese, patrocinada por Vos. ¿Y se ha de perder la mía? No, no se perderá. Es cierto que si sólo mirase a lo que merecen mis pecados, temería con gran razón que os negaseis a encargáros de ella; pero como conozco vuestra piedad y el deseo que arde en vuestro benignísimo corazón de ayudar a los desgraciados, nada temo. ¿Quién nunca se perdió que a Vos acudiese? Vos me amparáis, abogada mía, refugio mío, esperanza mía, amada Madre mía. En vuestras manos pongo el negocio de mi eterna salvación. En vuestras manos encomiendo mi alma; Vos la habéis de salvar. No cesaré de bendecir al Señor, porque me da en Vos esta confianza, la cual es tan grande, que, sobrepujando a todos mis méritos, me alienta y asegura de mi salvación.

Un sólo recelo me queda, y es si llegaré a faltar por mi negligencia en esta confianza de hijo que siento en Vos ahora. Para que así no suceda, os pido por el amor que tenéis a nuestro divino Salvador, que conservéis y aumentéis cada día más y más en mi ánimo esta segurísima confianza en vuestra intercesión, por la cual

espero recuperar la gracia que perdí pecando locamente, conservarla con vuestro auxilio poderoso y conseguir después cantar en el Cielo tantas misericordias viendo y gozando a Dios en vuestra compañía por todos los siglos de los siglos. Amén.

## CAPITULO VII

VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS

Párrafo único. — *María Santísima mira con gran compasión nuestras miserias para remediarlas.*

Llamó un escritor griego a la Virgen Santísima *la de los muchos ojos*, porque es toda ojos para remediar a los desdichados que vivimos en este valle de lágrimas. Estaban conjurando una vez a un endemoniado, y el exorcista preguntó al enemigo: *Dime, ¿qué hace María?* A lo que respondió: *Baja y sube*; queriendo decir que no hace otra cosa que *bajar* a traer a la tierra beneficios y hacer bien a los hombres, y *subir* al Cielo a presentar nuestras súplicas ante el divino acatamiento. San Andrés Avelino la llamó *Procuradora del Paraíso*, porque se ocupa sin interrupción en *solicitar* las misericordias del Señor y conseguir mercedes para justos y pecadores. *En los justos tiene Dios puestos los ojos*, dice David (Ps. 33, 16); pero la Virgen, en los justos



y pecadores, porque los suyos son ojos de Madre, y la madre no sólo mira que el hijo no caiga, mas cuando cae corre a levantarle.

«Pídeme cuanto quieras», dice a su Madre el Señor, complaciéndose en concederle todo lo que desea por el grande amor que le tiene. ¿Y qué pide María? «Hijo mío, pues que Tú me has destinado para Madre de misericordia, refugio de pecadores y abogada de miserables, y me dices que pida cuanto quiera, pido que uses con ellos de misericordia.» Tanta es la vuestra, Señora, y tanto el cuidado con que atendéis al alivio y remedio de nuestros males, que no parece tenéis en el Cielo otro empleo ni otra solicitud más que ésta. Y como la mayor miseria es de la de los pecadores, sin descanso rogáis por ellos.

Aun en esta vida tuvo siempre para con los hombres un corazón tan amoroso y tierno, que jamás hubo persona tan afligida de sus penas propias como la Virgen de las ajenas. Bien lo mostró en aquellas bodas a donde fue convidada, como dijimos en el capítulo anterior. ¿Y sería motivo para olvidarse de nosotros el verse ahora en el Cielo tan ensalzada? No hay que pensarlo; ni corazón tan piadoso puede nunca olvidarse de miseria tan grande como la nuestra, ni a Ella le alcanza de ninguna manera el proverbio de que *honores mutant mores*, o de que con la gloria se

olvidan las memorias; ingratitud y proceder común entre mundanos, los cuales, si por acaso llegan a subir a puestos altos, se olvidan fácilmente de los amigos que dejan en pobreza. María, no; antes bien, se goza de su gran poder, porque así tiene más proporción de hacer beneficios y socorrer necesidades. El ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA le aplica las palabras que se dijeron a Rut (3, 10): *Bendita seas, porque si fue grande tu primera misericordia, mayor es la de ahora*. Si viviendo en carne mortal eras tan clemente, más lo eres ahora que reinas en el Cielo. Verdaderamente es ahora mayor su misericordia maternal, comparada con la grandeza y continuación de los favores que nos consigue, porque desde el Cielo conoce mejor nuestras faltas y necesidades. Y así como la luz del sol es mucho más resplandeciente que la de la luna, así la piedad de María, ahora que reina en la gloria, excede en mucho a la que tuvo antes. ¿Quién vive en el mundo privado de la luz del sol? Y ¿A quién no alumbra y vivifica la misericordia de María? Por eso se llama *escogida como el sol* (*Cant.*, 6, 9), porque no hay quien quede excluido del calor de este sol.

Se apareció un día Santa Inés a Santa Brígida, y le dijo: «Ahora que nuestra Reina está en el Cielo unida con su Hijo, no se olvida de su innata piedad, sino que a todos, sin excluir a ningún pecador, tiende el manto de su misericordia, y a la manera

que los rayos del sol iluminan todos los cuerpos terrestres y celestes, así no hay persona en el mundo que no participe de su misericordia, si la pide.»

Estaba determinado un gran pecador, en el reino de Valencia, a hacerse turco, por huir de las manos de la Justicia, que le buscaba, y ya iba al embarcadero, cuando, al pasar por una iglesia donde predicaba el Padre Jerónimo López, de la Compañía de Jesús, famoso misionero, entró y, oyéndole, quedó convertido, confesándose con él. Acabada la confesión, le preguntó el misionero si había practicado alguna devoción por la cual hubiese Dios usado con él de tan especial misericordia, y supo que solamente había tenido la costumbre de pedir todos los días a la Virgen que no le abandonase.

En otra ocasión dio en un hospital el mismo Padre con otro pecador que había vivido cincuenta y cinco años sin confesarse, ni otra devoción que hacer reverencia a las imágenes de María Santísima y suplicarle que no le dejase morir en pecado mortal. Había tenido una riña con un enemigo suyo, en la cual se le rompió la espada, y creyéndose ya perdido, volviéndose a la Virgen, le dijo: «Ahora me matan y me condeno; Madre de pecadores, ayudadme»; y apenas acabó estas palabras, sin saber cómo, se halló lejos de allí, en lugar

seguro. Hizo también confesión general, y murió con grande confianza de su salvación.

¡Cuán cierto es que toda se presta a todos! A todos, dice San Bernardo, abre el seno de su misericordia, a fin de que todos reciban: el esclavo, rescate; el enfermo, salud; el triste, consuelo; el pecador, perdón; Dios, gloria, y así *no haya quien carezca de su luz y calor*. ¿Quién no la amará? Dice el ESTÍMULO DE AMOR: Más hermosa es que el sol y más dulce que la miel; es un tesoro inagotable de beneficencia, con todos benigna, con todos cariñosa. Os saludo con todo mi corazón. Señora y Madre mía, luz de mis ojos y vida de mi alma. Perdonadme si digo que os amo; y si no soy digno de amaros, Vos sois dignísima de todo amor.

Santa Gertrudis supo por revelación que siempre que se le dicen devotamente estas palabras de la Salve: *Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*, no puede menos de inclinarse propicia y acceder a lo que se le pide. ¡Oh Señora!, exclama San Bernardo. Vuestra misericordia llena toda la tierra, y el deseo que tenéis de favorecernos es tan grande, que os dais por ofendida no sólo de los que os injurian abiertamente (como los perversos que en el juego blasfeman de vuestro nombre), sino de todos aquellos que no se acuerdan de Vos para pedir os algunas gracias, enseñándonos así a esperarlas

mayores que nuestros méritos, pues mayores, sin comparación, las dispensáis continuamente.

Predijo el Profeta Isaías (16, 5) que cuando llegase el tiempo de la redención se *alzaria un trono de misericordia*. ¿Y cuál es ese trono?, se pregunta en el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA. Es María, en quien todos, justos y pecadores, hallan consuelo y amparo. Un Señor tenemos lleno de misericordia y una Señora misericordiosísima. El Señor es todo clemencia con los que le invocan, y la Señora, lo mismo. Sentada está en el solio del Reino de Dios, donde el Altísimo la revistió de su autoridad y omnipotencia para que nos dispense todo género de beneficios y nos ayude a conseguir, por último, la eterna salvación.

Mientras le decía una vez Santa Gertrudis con ternísimo afecto: *Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos*, la Virgen le señaló los ojos del Niño que tenía en los brazos, respondiendo así: «Estos son los ojos misericordiosísimos que yo puedo inclinar hacia todos los que me invocan.» Otra vez, llorando a sus pies un pecador y pidiendo que le alcanzase misericordia, vuelta al Hijo, que tenía también en los brazos, le dijo: «¿Y estas lágrimas se han de perder?» No fue así, porque el Señor le perdonó.

Ni ¿cómo ha de perecer ninguno de cuantos se

valgan del amparo de tan buena Madre, estando empeñada en su favor la palabra del Hijo, con promesa de usar con ellos de misericordia? Igual sois en poder y bondad, Madre piadosísima: en poder, para alcanzarnos beneficios, y en bondad, para perdonarnos. ¿Cuándo se dio caso en que no os compadecieseis de algún miserable, siendo como sois Madre de misericordia? O ¿cuándo os faltó poder para socorrerlos, siendo Madre del Omnipotente? ¡Ah, Señora! Con la misma facilidad escucháis ruegos, alcanzáis favores y socorréis miserias. Llenaos, ¡oh Reina felicísima!, de la gloria de vuestro Hijo; llenaos, rebosad, y, no por nuestros méritos, sino de pura compasión, dejad que llegue algo a estos pobres pequeñuelos, hijos y esclavos vuestros. Y para que mis pecados no me desalienten, no me los opongáis porque contra ellos presentaré yo vuestra piedad. No se diga nunca que hayan mis culpas altercado en juicio contra vuestras misericordia, la cual es mucho más poderosa para absolverme que mis pecados para condenarme.

#### EJEMPLO.

##### *El demonio, disfrazado de mona.*

En las *Crónicas de los Padres Capuchinos* se escribe que hubo en Venecia un abogado de fama que había llegado con enredos y engaños a ser hombre rico, sin verse de bueno en él otra cosa que



la costumbre de rezar todos los días una oración a nuestra Señora, la cual bastó, no obstante, para librarle de las penas eternas.

Fue así que habiendo, por fortuna, contraído amistad con un religioso ejemplar, llamado fray Mateo de Basso, logró que un día condescendiese a comer con él. Llegados a casa, le dijo el abogado: «Padre, va a ver usted una cosa que no habrá visto nunca: tengo una mona tan hábil, que es una admiración, porque me sirve de criado, abriendo la puerta, fregando en la cocina, poniendo la mesa y haciendo todos los otros menesteres de la casa.» El capuchino contestó: «Cuidado no sea ese animal algo más que mona; hágala usted venir.» La llaman, la vuelven a llamar, la buscan por todos los rincones, y la mona no parece. Finalmente, la encuentran en un cuarto bajo, escondida debajo de la cama, de donde no quería salir. «Vamos allá nosotros», dijo el Padre. Fueron, y dijo el religioso: «Sal de aquí bestia infernal, y yo te mando, en nombre de Dios, digas quién eres.» A estas palabras habló la mona confesando que era el demonio, que esperaba que aquel hombre desalmado omitiese un día de decir su oración a la Virgen para ahogarlo y arrebatarse su alma a los infiernos, con licencia que para ello tenía de Dios.

Al oír esto el abogado, sobrecogido y temblando, se echó a los pies del siervo de Dios, pidiéndole favor y consejo. El Padre le animó y mandó al

diablo irse al instante de aquella casa sin causar daño, y que sólo para señal dejase abierta una brecha en la pared. Apenas dicho esto, se oyó un estallido y se abrió en la pared un boquete que en mucho tiempo no se pudo tapar por más que se hizo, hasta que, por consejo del mismo Padre, se puso allí una imagen de bulto representando un ángel. El abogado se convirtió, y hasta la muerte se cree que perseveró en la mudanza de la vida.

#### ORACIÓN

¡Oh Virgen purísima, la más excelente y ensalzada de todas las criaturas! Desde este valle oscuro y hondo os saluda humildemente un pecador que, por haber sido infiel a Dios, conoce no merecer misericordia y gracia, sino justicia y pena; aunque, por otra parte, no desconfía de vuestra piedad, porque sabe que os preciáis de ser tanto más benigna cuanto más poderosa; que os alegráis de ser rica para enriquecer nuestra pobreza, y que a proporción que son más desvalidos los que vienen a pedir a vuestras puertas, más pronto los amparáis y socorréis.

Madre mía. Vos llorasteis amargamente viendo a vuestro Hijo muerto por mí. Os pido que le presentéis aquellas lágrimas, para que por ellas me conceda un verdadero dolor de mis pecados. Si tanto fue lo que os afligieron los pecados de los hombres, y especialmente los míos, haced que cesen ya los disgustos dados al Señor y a Vos. ¿De qué me servirían lágrimas tan preciosas, si continuase siendo tan ingrato y perverso? ¿De qué me aprovecharía vuestra misericordia, si de nuevo hubiese de ser infiel y condenarme? No lo permitáis, Madre mía. Vos habéis respondido por mí; Vos alcanzáis de Dios cuanto pedis; Vos escucháis los ruegos de todos. Con esta confianza, dos favores os pido en este día, y los dos espero de vuestra bondad: el uno, ser en adelante fiel al Señor, sin más ofenderle, y el otro, amarle ardientemente tanto como le ofendí, sin dejarle de amar mientras me dure la vida, para amarle después por todos los siglos.

## CAPITULO VIII

Y DESPUÉS DE ESTE DESTIERRO, MUÉSTRANOS A JESÚS,  
FRUTO BENDITO DE TU VIENTRE.

1º — *María libra del infierno a sus devotos.*

Es imposible que ningún devoto de María Santísima se condene, si él procura obsequiarla y encomendarse a su patrocinio. Parecerá, tal vez, a primera vista, mucho decir; pero suplico no deseche nadie mi aserción antes de hacerse cargo de las razones.

El afirmar que un devoto de nuestra Señora no es posible que se condene, no se ha de entender de aquellos que abusan de esta devoción para pecar más libremente; por lo que hacen bien algunos en desaprobar con celo falso lo mucho que ensalzamos la piedad de María para con los pecadores, pareciéndoles que así los malos toman alas para más pecar, cuando lo primero que decimos es que éstos no tienen que lisonjearse; antes bien, por su temeridad y loca presunción, merecen castigo, no

misericordia. Se entiende, pues, de aquellos devotos que, con el deseo de la enmienda, juntan la fidelidad en obsequiar y encomendarse a la Madre de Dios. De éstos afirmo que, moralmente hablando, no es posible que se condenen: proposición enseñada por muchos y graves teólogos. Y para ver el fundamento sólido en que se apoyaron, examinemos lo que en esta materia habían enseñado antes los Santos y Doctores sagrados.

Lo dice San Anselmo terminantemente, y éstas son sus palabras: «¡Oh Virgen benditísima! Tan imposible es que se salve el que de Ti se aparta, como que perezca el que se vale de Ti.»

Casi con las mismas expresiones lo confirma San Antonino, diciendo: «Así como es imposible que se salve ninguno de cuantos la Virgen desvía sus ojos de misericordia, así necesariamente se salvan todos aquellos en quienes los ponga abogando por ellos.» Nótese de paso la primera parte de la proposición sentada por estos Santos, y tiemblen los que no hacen caso o dejan por descuido la devoción de María, pues vemos que aseguran resueltamente no haberse de salvar ninguno a quien esta Señora no proteja; sentencia que, además, sostienen otros muchos Doctores, como el autor de la BIBLIA MARIANA, que dice: «Señora, el linaje que no te sirviere, perecerá.» El SALTERIO MARIANO añade que «los que no le son devotos morirán en pecado», y en otra parte, que

«quien no la invoque en esta vida no entrará en el Reino de los Cielos». Y exponiendo el salmo 99, llega a decir que «ni esperanza tendrán de salvación aquellos a quienes María vuelve las espaldas»; doctrina que mucho antes había enseñado San Ignacio, Mártir, diciendo claramente que «ningún pecador se puede salvar sino por medio de la Virgen, la cual, con su intercesión poderosa, salva a muchísimos que de rigor de justicia se hubieran condenado». Algunos dudan que estas palabras sean de San Ignacio; pero, a lo menos, las hizo suyas San Juan Crisóstomos, en cuyo sentido le aplica la Iglesia lo que se dice en los *Proverbios* (8, 36): «*Todos los que me aborrecen hallarán la muerte. El que me halle, hallará la vida*; porque todos los que naveguen fuera de esta nave segura perecerán en el mar del mundo.» «Al contrario, dice María (*Eccli.*, 24, 30), *el que me oye no será confundido*»; respondiendo a lo cual le dice el *SALTERIO MARIANO*: «Sí, señora; quien se aventaje en obsequiaros estará muy lejos de la perdición», y otro Santo añade que «ningún devoto suyo acabará mal, por más que en lo pasado haya ofendido a Dios».

Ahora conoceremos el motivo que el demonio tiene para afanarse tanto con los pecadores a que, perdida la divina gracia, pierdan también la devoción de María Santísima. Viendo Sara (*Gen.*, 21, 9) que su hijo Isaac, jugando con Ismael, hijo de la esclava, aprendía malas costumbres, dijo a su

marido Abrahán que le echase de casa juntamente con Agar, su madre. No se contentó con que Ismael saliese, si no salía también la madre, temiendo que el mozo viniese a verla, y con aquella querencia no se despegase nunca de la casa. De esta suerte, el demonio no se contenta con que el alma eche de sí a Jesucristo si no despacha también a la Madre, porque teme que la Madre, con la eficacia de su intercesión, le vuelva a traer; temor bien fundado, porque todo el que sea constante en obsequiarla, pronto recobrará la gracia de Dios. Por eso llamaba San Efrén a la devoción a María *Carta de Libertad* o *Salvoconducto* para librarse del infierno. Y realmente, teniendo para salvarnos tanto poder y voluntad, según la doctrina de San Bernardo; poder, porque es imposible que sus ruegos dejen de ser oídos; voluntad, porque es nuestra Madre y desea que logremos la salvación mucho más que nosotros mismos; ¿cómo se ha de perder ninguno que fielmente le sea devoto? Podrá estar en pecado; pero si, con deseo de la enmienda, sigue encomendándose a Ella, queda a su cuidado el alcanzarle luz, arrepentimiento y verdadero dolor, perseverancia en la virtud, y al fin morir en gracia. ¿Qué madre, pudiendo fácilmente librar a un hijo del cadalso sólo con hablar al juez, no lo haría? ¿Y hemos de imaginar que la Madre más amorosa y tierna que jamás vio el mundo no librará de la muerte eterna a un Hijo suyo, pudiéndolo hacer tan fácilmente?



Demos al Señor gracias incesantes, piadoso lector, si sentimos en nosotros este afecto y confianza filial para con la Reina de los ángeles, pues que, según afirma un escritor griego, es gracia que Dios concede solamente a los que quiere salvar; y oigamos sus propias palabras, que alientan sobre manera los corazones: «¡Oh Madre de Dios! Si consigo verme bajo vuestra protección y amparo, no tengo que temer, porque el ser devoto vuestro es señal segura de salvación, y Dios no la concede sino a los que determina salvar.»

No es extraño, pues, que esta dichosa devoción desagrede tanto al enemigo de nuestras almas. Se lee en la vida del Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía, devotísimo de la Virgen, que estando en oración y sintiéndose acosado de tentaciones impuras, oyó cerca al enemigo, que le afligía, diciéndole: «Deja tú la devoción de María y dejaré yo de tentarte.»

Y a Santa Catalina de Sena fue revelada la verdad que vamos aquí probando. Díjole el Señor: «Por mi bondad, y en reverencia al misterio de la Encarnación, he concedido a María, Madre de mi unigénito Hijo, la prerrogativa de que ningún pecador, por grande que sea, que se le encomiende devotamente, llegue a ser presa del fuego del infierno.»

Aun el profeta David (*Ps.*, 25, 8), dicen los intérpretes, pedía que Dios le librase de las penas

eternas por el honor y gloria de María, clamando así: *Señor, bien sabes que amé la hermosura de tu casa; no se pierda mi alma con la de los impíos.* Dice tu casa, significando a María, que es aquella casa hermosísima que en la tierra fabricó Dios por su mano para habitar y recrearse en ella hecho hombre, como está registrado proféticamente en los *Proverbios* (9, 1) por estas palabras: *La Sabiduría edificó una casa para Sí.* No se perderá, nos asegura otro escritor mariano, quien procure ser devoto de esta Madre Santísima; apoyándolo el *SALTERIO MARIANO* cuando le dice: «Señora, vuestros amantes en esta vida gozan paz envidiable, y en la otra no verán la muerte eterna.» No; jamás se ha visto ni se verá que un siervo humilde y amante de María se pierda para siempre.

¡Cuántos se hubieran perdido por toda la eternidad si esta Señora no hubiese mediado con su Hijo Santísimo, alcanzándoles misericordia! Más llegan a decir no pocos teólogos, y especialmente Santo Tomás: dicen que ha habido muchos casos de personas muertas en pecado mortal, y que, no obstante, por ruegos de María, Dios suspendió la sentencia de condenación y les permitió volver a la vida para que hiciesen penitencia de sus pecados. Entre otros graves autores, Flodoardo, que vivió en el siglo X, cuenta en su *Crónica* que un diácono, por nombre Aldemán, estando ya para ser puesto en la sepultura, resucitó, y declaró haber visto el lugar

que le esperaba en el infierno, pero que, interponiéndose la Virgen Santísima, le había conseguido la gracia de volver al mundo para hacer penitencia. Surio refiere que la misma Señora alcanzó gracia igual a un vecino de Roma llamado Andrés, muerto impenitente. — Pelbarto escribe también que, pasando en su tiempo por los Alpes con un ejército el emperador Segismundo, oyeron que de un esqueleto salía un grito pidiendo confesión y añadiendo que la Virgen María, con quien en vida tuvo devoción, siendo soldado, le había conseguido vivir en aquellos huesos hasta que se confesase. Se confesó y murió.

Estos y otros ejemplos no deben servir a ningún temerario de motivo para seguir pecando, con la esperanza de que la Virgen le libraré también del infierno; porque así como sería gran locura echarse de cabeza en un pozo esperando que la Virgen había de impedir la muerte, por haberlo hecho alguna vez, mucho más lo sería el aventurar la salvación eterna con la vana presunción de que le libraré del infierno. Para lo que sirven los ejemplos referidos es para avivar la confianza, considerando que, si fue su intercesión tan poderosa que llegase a librar de las penas eternas alguno que otro muerto en pecado, incomparablemente más eficaz será en favor de aquellos que en vida recurren a Ella y la sirven fielmente, como deseo de enmendarse y mudar de vida.

Animados con esto, acojámonos bajo las alas de su misericordia, diciéndole con San Germán: «¡Oh Madre, oh esperanza, oh vida de los cristianos! Sin Vos, ¿qué sería de nosotros?» — Señora, aquel por quien pidáis una vez no verá los suplicios eternos. Si cuando sea llamado a juicio, dice Ricardo de San Víctor, abogáis por mí como Madre de misericordia, saldré absuelto.» Añadamos con el Beato Susón: «Si el Juez quiere condenarme, pase la sentencia por vuestras manos», porque en manos tan piadosas se impedirá la ejecución. Concluamos repitiendo con el SALTERIO MARIANO: «En Vos espero, Señora, no seré confundido, sino salvo en el Cielo, donde os veré, alabaré y amaré para siempre.»

#### EJEMPLO.

##### *Diversa suerte de dos estudiantes calaveras.*

Refiere el P. Alonso Andrade que en una ciudad de Flandes, el año 1604, había dos estudiantes que, en lugar de estudios y libros, pasaban el tiempo en francachelas y deshonestidades. Habían ido una noche, después de otras muchas, a casa de una mala mujer, en donde, vuéltose a la suya el uno de ellos, que se llamaba Ricardo, se quedó el otro. Ricardo, al desnudarse para dormir, se acordó que aún no había rezado un Avemaría que todos los días tenía costumbre, y haciéndose fuerza, al fin rezó, aunque de mala gana, sin

atención y medio dormido. Al primer sueño, siente de pronto dar en la puerta un golpe muy fuerte, y, sin abrir, ve entrar a su compañero en figura espantosa. «¿Quién eres?», le preguntó. «Pues ¿no me conoces?», dijo el otro. «Tan trocado y deforme te veo, que pareces un diablo.» «¡Infeliz de mí! Estoy condenado.» «¿Cómo?» «Has de saber que al salir de aquella casa infame vino el demonio y me ahogó, quedando mi cuerpo tendido en la calle y bajando a los infiernos mi alma. Sepas también que a ti te aguardaba la misma suerte; pero por el Avemaría que rezaste te ha librado la Virgen. ¡Afortunado de ti, si te sabes aprovechar de este aviso que te da por mi medio!» Dicho esto, se destapó, mostrando las llamas y serpientes enroscadas que le atormentaban, y desapareció. Entonces Ricardo se tiró al suelo, y con llantos y gritos daba gracias a nuestra Señora de tan grande misericordia, prometiendo muy de veras mudar de vida, cuando, oyendo tocar a maitines en el convento de San Francisco, exclamó: «Esta es la voz de Dios que me llama a hacer penitencia», y sin más dilación se fue desde allí a pedir con instancia el santo hábito. Entonces les contó el caso, y para cerciorarse de la verdad fueron dos a la calle que decía, donde, en efecto, encontraron el cadáver de su amigo, ahogado y más negro que un carbón. Con esto lo admitieron, y vivió en la religión, haciendo siempre vida muy ejemplar. Fue a las Indias a predicar la fe, y de allí al Japón, en el cual

tuvo la dicha de ser quemado y morir mártir de Jesucristo.

#### ORACIÓN.

¡Oh dulce Madre mía, en qué abismo de males tan profundo hubiera yo caído si Vos, teniéndome con vuestra mano piadosa, no lo hubieseis estorbado! ¡Cuántos años ha que ardería en las penas eternas si no lo hubieseis impedido con vuestros ruegos poderosos! Mis pecados lo merecían, y la justicia de Dios estaba ya para descargar el golpe; los enemigos y verdugos esperaban la sentencia, y Vos acudisteis a defenderme sin ser de mí llamada. ¡Oh libertadora de mi alma! ¿Con qué os podré pagar beneficio tan grande, amor tan generoso? Más hicisteis, que fue vencer la dureza de mi corazón llamándome a Vos y animándome a confiar en vuestra clemencia. Después, ¡cuántas veces hubiera de nuevo caído en mil precipicios sin el sostén de vuestra mano clementísima! Seguid así, esperanza mía, consuelo mío, Madre mía, a quien amo más que a mi corazón; seguid preservándome de aquellas llamas eternas, y primero del pecado mortal, en que puedo volver a caer.

No permitáis que haya de blasfemar de Vos en el infierno. Y pues que os amo, ¿cómo podrá sufrir vuestra bondad verme condenado? Alcanzadme la gracia de no ser por más tiempo desagradecido a Vos y a Dios, que por amor vuestro me ha dispensado tantas mercedes. ¿Qué me decís, Señora? ¿Me salvaré? Sí, nunca os dejo, sí. Pero, ¿cómo tendré valor para dejaros? ¿Cómo podré olvidarme del amor que me habéis demostrado? Después de Dios, sois todo el amor de mi alma. Os amo ahora, y espero amaros en tiempo y eternidad, y el amaros será toda mi dicha, porque sois la criatura más hermosa, más dulce y más amable de cuantas hubo ni habrá jamás.

2.º — *María alivia a los suyos las penas del purgatorio y les saca de ellas.*

Muy felices son los devotos de esta Madre clementísima, porque, además de socorrerlos en



esta vida, los asiste y consuela en el purgatorio, y aun allí con más amor y misericordia, por la mayor necesidad en que ve aquellas almas, sin poderse aliviar a sí mismas ninguna parte del rigor de sus penas. Dice San Bernardino de Sena que en aquella cárcel donde penan las esposas de Jesucristo tiene María dominio y jurisdicción especial para darles alivio y también para sacarlas. Sobre aquellas palabras del *Eclesiástico* (24, 8): *Me paseé sobre las olas del mar*, dice el mismo Santo: *Olas* se llaman las penas del purgatorio, porque pasan, a diferencia de las del infierno, que nunca pasarán; y se llaman olas del mar, o de amargura, porque realmente son muy amargas. Pero en medio de ellas son muchas veces confortados y recreados por la Virgen Santísima sus devotos afligidos. Por donde se podrá conocer cuánto nos importa tenerle devoción durante la vida, pues, aunque socorre a todos los que allí sufren, siempre los más allegados participan más del sufragio y alivio.

Dijo una vez a Santa Brígida la misma Señora: «Yo, como Madre, cuidado he de los que padecen en el purgatorio, aliviándoles de hora en hora sus penas.» Ni aun tiene a menos visitar algunas veces personalmente aquella prisión de justos, llevándoles siempre algún alivio y consuelo, según aquello del *Eclesiástico*: *Yo penetré en lo profundo del abismo*.

¿Qué otro mejor consuelo podrán allí tener sino

esta Madre de misericordia? Al modo que un enfermo postrado en la cama y abandonado de todo el mundo, si oye una palabra de esperanza y mejora, se alienta y recrea, así sólo con oír ellas vuestro dulcísimo nombre se confortan y regocijan, y por eso no cesan de llamaros, y Vos, como Madre amorosa, cada vez que los escucháis unís a sus clamores vuestros ruegos eficacísimos, los cuales les sirven como de rocío refrigerante con que se mitigan sus vivísimos ardores.

Pero, además de aliviarlas y consolarlas, Ella, por su mano, les suelta las prisiones y las saca libres de aquel lugar de tormentos. Desde el día de su triunfante Asunción a los Cielos, en que dejó aquella cárcel vacía, como escriben respetables autores, quedó en posesión de libertar a todos sus siervos, rogando por todos y aplicándoles sus altísimos merecimientos, con que se les aligera la pena y se les abrevia el tiempo de padecer.

Refiere San Pedro Damían que una mujer difunta, llamada Marozia, se apareció a una amiga suya, y le dijo que el día de la Asunción de la Virgen la sacó esta Señora del purgatorio con las demás almas detenidas en él, cuyo número superaba al de todos los habitantes del pueblo romano; y San Dionisio Cartujano dice que en las fiestas de su Natividad y de la Resurrección baja la divina Señora, acompañada de la celestial milicia, y saca muchísimas de aquellas almas; y se puede

creer que ésta es gracia que hace en todas sus festividades.

Bien sabido es lo que prometió la misma Virgen al Papa Juan XXII. Apareciéndosele, mandó decir a todos los que llevasen su escapulario del Carmen que el sábado inmediato al de la muerte de cada uno saldrían libres de las penas del purgatorio. Y así lo declaró el mismo Sumo Pontífice en la bula que a este fin expidió, confirmada por sus sucesores Alejandro V, Clemente VII, Pío V, Gregorio XIII y Paulo V, el cual, en una suya, dada el año 1612, dice; «Que el pueblo cristiano puede piadosamente creer que la Santísima Virgen, con su continua intercesión, méritos y protección especial, ayudará después de la muerte, y principalmente el día de sábado (que la Iglesia le consagra), las almas de los hermanos de las Cofradías del Carmen que hayan salido de este mundo en gracia de Dios, habiendo vestido su escapulario, guardado castidad, conforme al estado de cada uno, y rezado el Oficio Parvo de la misma Virgen, o que, de no haber podido, hayan observado, a lo menos, los ayunos de la Iglesia, y abstenídose los miércoles de comer carne, menos el día de Navidad.» Y en el Oficio de la misma fiesta del Carmen decimos que, según la piadosa creencia de los fieles, la Virgen, con afecto de Madre, consuela y saca muy pronto de aquella penosa cárcel a los que estuvieron agregados a su Cofradía.

¿Por qué también nosotros no hemos de esperar este mismo favor, si le somos devotos? ¿Por qué, si la servimos con amor filial, no creeremos que, en acabando de morir, lleve nuestras almas al Cielo, sin pasar por el purgatorio, como lo prometió al Beato Godofredo, mandándole decir, por un religioso, llamado Fray Abundio: «Di a Godofredo que se adelante en la virtud y sea muy siervo mío y de mi querido Hijo, y cuando su alma salga del cuerpo, no la dejaré que pase por las penas del purgatorio.» Finalmente, por lo que hace a los sufragios, si deseamos aliviarla, pidamos a nuestra Señora por ellas en todas nuestras oraciones, ofreciendo siempre por su alivio y descanso el santo Rosario, que les sirve grandemente, como veremos en el ejemplo que vamos a referir.

#### EJEMPLO.

##### *Alejandra se salva por el Rosario.*

Cuenta el P. Eusebio Nieremberg que en una ciudad del reino de Aragón vivía una doncella, por nombre Alejandra, a la cual, por su hermosura y nobleza, pretendían dos jóvenes principales. Vinieron a las manos un día, y ambos quedaron muertos en la calle; y por haber ella sido la ocasión, fueron a su casa los parientes, la degollaron y arrojaron su cabeza a un pozo. Pocos días después, pasando por aquel sitio el patriarca Santo Domingo, inspirado de Dios, se arrimó al pozo, y dijo:

«Alejandra, sal fuera»; y he aquí que aparece viva en el brocal la cabeza de Alejandra, pidiendo confesión. El Santo la confiesa y le da también la sagrada Comunión, todo a vista del gran concurso de gentes que habían acudido a ver tan gran maravilla. Después le mandó que publicase por qué había Dios usado con ella misericordia tan señalada. Respondió la joven que cuando le cortaron la cabeza estaba en pecado mortal; pero por la devoción que había tenido de rezar el Rosario, la Virgen le había conservado la vida. Dos días permaneció la cabeza hablando a la orilla del pozo, al cabo de los cuales fue destinada el alma al fuego del purgatorio; mas pasados otros quince, se apareció al mismo Santo más hermosa y resplandeciente que el sol, y le declaró que uno de los sufragios más eficaces que tienen las benditas ánimas es el santo Rosario ofrecido por ellas, por lo cual, agradecidas, luego que llegan a verse en la presencia de Dios, piden por las personas que les aplicaron esta oración poderosa. Dicho esto, vio el glorioso Santo Domingo entrar aquel alma llena de regocijo en la mansión de la eterna bienaventuranza.

#### ORACIÓN.

¡Oh Sacratísima Reina de los ángeles. Madre de Dios y Señora nuestra, la más excelente y amable de todas las criaturas! Cierto es que hay en el mundo muchos que ni os aman ni os conocen, mas en el Cielo tenéis millares y millares de ángeles y Santos que os aman y alaban incesantemente. También en la tierra se encuentran almas

felices, enardecidas en vuestro amor y prendadas de vuestra bondad. ¡Oh si yo os amase igualmente! ¡Si de continuo estuviese pensando en cómo servirlos mejor y ensalzarlos y venerarlos, procurando mover a otros al mismo amor y veneración!

El Eterno se enamoró de vuestra incomparable hermosura, con tanta fuerza, que le hizo como desprenderse del seno del Padre y escoger esas virginales entrañas para hacerse Hijo vuestro. ¿Y yo, gusanillo de la tierra, no he de amarlos? Sí, dulcisima Madre mía, quiero arder en vuestro amor y propongo exhortar a otros a que os amen también. Aceptad mis deseos y ayudadme a lograrlos. Sé que a vuestros amantes los mira Dios con particular benevolencia, no deseando nada tanto, después de la dilatación de su gloria, como veros amada, honrada y servida de todo el mundo. Con este convencimiento procuraré amarlos más y más, y esperaré de Vos toda mi dicha. Vos me habéis de conseguir el perdón de mis pecados; Vos, la perseverancia final; Vos me habéis de asistir a la hora de mi muerte; Vos me habéis de sacar de las penas del purgatorio, y Vos habéis de llevar mi alma en vuestros brazos maternales hasta presentarla ante el trono de la Santísima Trinidad. Todo esto esperan vuestros hijos de Vos, y ninguno de ellos queda jamás burlado. Pues lo mismo espero yo, que os amo con todo mi corazón y, después de Dios, sobre todas las cosas.

### 3.º — *María lleva sus siervos a la gloria.*

Prenda segura de salvación tienen todos los siervos de María. Pone en su boca la santa Iglesia estas palabras del libro del *Eclesiástico* (24, 11): *En todas las cosas busqué dónde reposar, y en la heredad del Señor fijé mi morada.* ¡Dichosos aquellos en cuya morada halle María su descanso! Porque siendo tan extremado el amor que nos tiene, y procurando de mil maneras arraigar en nuestros corazones su devoción, muchos, o la desechan o no la conservan. ¡Dichoso el que abra su pecho a tan



dulcísima devoción, y allí la mantenga viva y ferviente! Dice la Virgen que *habitará en la heredad del Señor*, los cuales la han de ver y bendecir eternamente en el Cielo. Prosigue diciendo las palabras siguientes, en el lugar citado: *Mi criador descansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, ten tu herencia en Israel y echa raíces entre mis escogidos*. O más claramente: «Mi criador tuvo a bien de morar en mi seno, y quiso que Yo habitase en los corazones de todos los escogidos (herencia de la Virgen y figurados en Jacob), y dispuso que estuviese radicada en todos los predestinados la devoción y enseñanza en Mí.»

¡Cuántos de los bienaventurados no estarían en el Cielo si María, con su poderosa intercesión, no les hubiese obtenido la felicidad! *Yo hice que naciese en el Cielo el sol indeficiente* — añade la divina Señora —. Tantos soles brillantes como son mis devotos, por Mí resplandecen en la gloria y resplandecerán eternamente. Sí, porque a todos los que confían en su protección, dice el SALTERIO MARIANO, se les han de abrir de par en par las puertas eternas.

A Vos, Señora, están fiadas las llaves y tesoros del Cielo, y por esta razón clamamos de continuo, diciendo: «Abridnos, Virgen piadosísima, esas puertas eternas, pues tenéis en la mano las llaves, o, por mejor decir, Vos sois la puerta, que así os lo dice la Iglesia santa: *Janua coeli, ora pro nobis*.»

*Estrella del mar* la llamamos también, porque así como guiados por la estrella dirigen al puerto el rumbo los navegantes, así, dice Santo Tomás a los cristianos, es la Virgen guía, con dirección al Cielo. Igualmente, San Pedro Damiano la llama *escala* por donde bajó Dios a la tierra y nosotros subimos a Dios. Dios *la llenó de gracia* para que fuese camino seguro por donde subiésemos al monte de la gloria. Felices aquellos que os conocen, ¡oh Madre dulcísima!, porque el conoceros y publicar vuestras grandezas y virtudes es ir por el sendero de la vida eterna.

Leemos en las *Crónicas* de la religión de San Francisco que una vez fray León vio una escala de color encarnado, en que estaba nuestro Señor Jesucristo, y otra de color blanco, en que estaba la Virgen. Empezaron algunos religiosos a subir por la primera, y a los pocos peldaños caían al suelo; volvían a subir, y volvían a caer. Entonces oyeron que los animaban a subir por la otra, y así lo hicieron con toda felicidad, porque la Virgen les iba dando la mano, con lo cual llegaban todos arriba.

Pregunta Dionisio Cartujano: ¿Quiénes son los que se salvan? Y responde: Aquellos por quienes esta Señora benignísima interpone la autoridad de sus ruegos. Ella misma lo asegura (*Prov.*, 8, 15): *Por Mí reinan los reyes*: por Mí, las almas reinan

primero en esta vida mortal, enseñoreándose de sus pasiones, y después reinan eternamente en el Cielo, donde todos son reyes. Es en el Cielo árbitra y Señora, porque la prerrogativa de Madre le da pleno derecho para mandar todo lo que quiere y dar a cuantos quiere entrada en aquellos gozos eternos. Y aún se puede con verdad añadir que les tiene ya de antemano asegurada tan grande felicidad, pudiendo vivir tan ciertos de poseerla, supuesta la perseverancia, como si ya la hubiesen conseguido. Servir a María y pertenecer a su corte es el honor más alto que nos puede caber. Servir a la Reina del Cielo es ya reinar en el Cielo; vivir a sus órdenes vale mil veces más que reinar en la tierra; así como está fuera de toda duda que los que no la sirven no se salvarán, porque privados del favor de la Madre, los abandona el Hijo y toda la corte celestial.

Bendita y ensalzada sea la bondad infinita de nuestro Dios, que la tiene allí constituida por abogada nuestra, para que, como Madre del Supremo Juez y Madre de misericordia, intervenga, con eficacia, en el negocio de nuestra salvación. Oíd, gentes, dice el **SALTERIO MARIANO**, vosotros los que deseáis veros salvos, servid y honrad a María, y lo seréis seguramente. Y los que, por criminales, habéis merecido las penas del infierno, confiad también si empezáis a servirla. ¡Cuántos pecadores, esforzándose, hallaron por su medio a

Dios y se salvaron! Dice San Juan (*Apoc.*, 12, 1) que la vio *coronada de estrellas*. Y en el Cántico de los Cánticos (4, 8) parece indicarse que su corona eran despojos de fieras bravas, como leones y leopardos. ¿Cómo se entiende esto? Estas fieras son los pecadores, convertidos por su intercesión como en estrellas de gloria, más hermosas y dignas de ceñir aquellas sienes soberanas que todos los astros del pabellón del Cielo.

Haciendo en cierta ocasión la novena de la Asunción, una sierva de Dios pidió a nuestra Señora la conversión de mil pecadores; pero después, temiendo que fuese la súplica demasiado atrevida, se le apareció la misma Señora y la corrigió, diciendo: «¿Por qué temes? ¿No tengo Yo poder para alcanzarte de mi Hijo la conversión de mil pecadores? Ya tienes concedida la gracia.» Y en seguida la llevó en espíritu al Cielo, donde le mostró innumerables almas que, habiendo merecido el infierno, estaban, por su protección poderosa, gozando de la eterna bienaventuranza.

Verdad es que nadie en esta vida puede tener certeza de haberse de salvar. Pero, como dice el **SALTERIO MARIANO**, acudamos a María, arrojémonos a sus pies, y no los dejemos hasta que nos dé su bendición, que si nos bendice serenos salvos. Basta, Señora, que Vos queráis, para que nos salvemos, y necesariamente, como aseguran los Santos.

Con razón predijo la celestial Señora (*Lc.*, 1, 48) que *la llamarían bienaventurada todas las generaciones*, pues por su medio, dice San Ildefonso, han de alcanzar la bienaventuranza todos los escogidos. Sois, en realidad, Madre amantísima, dice San Metodio, principio, medio y fin de nuestra dicha; principio, porque nos alcanzáis perdón de los pecados; medio, porque nos conseguís el don de la perseverancia, y fin, porque nos lleváis a las moradas del eterno descanso. Vos abristeis las puertas del Cielo. Vos cerrasteis las del abismo. Vos nos recobrasteis la felicidad, y por Vos se dio la vida eterna a los desventurados, merecedores de eterna perdición.

Pero mayormente debe animarnos a esperar esto la dulce promesa con que estimula la misma Virgen a todos los que la honren en este mundo, y en particular a los que de obra o de palabra procuren, según sus fuerzas, darla a conocer y venerar. *Los que se guían de Mi no pecarán; los que me dan a conocer alcanzarán la vida eterna* (*Eccli.*, 24, 30). ¡Afortunados los que con preferencia lleguen a merecer su favor! A éstos ya los reconocen por compañeros los cortesanos celestiales, y como que llevan en sí la marca de siervos de María, ya sus nombres están inscritos en el libro de la vida.

¿De qué sirve, pues, inquietar la conciencia con las disputas de las Escuelas sobre si la predestina-



ción es antes o después de haber previsto Dios los méritos de cada uno, o con la duda de si nuestros nombres estarán o no escritos en aquel libro? Sin duda, estarán escritos si de María somos siervos verdaderos y estamos guarecidos a la sombra de su protección. Porque aseguran los Santos que sólo a los que Dios quiere salvar les da como prenda y gracia especialísima la devoción a su Madre, conforme lo que parece prometió por boca de San Juan (*Apoc.*, 3, 12), en estos términos: *El que venciere, llevará escrito de mi mano el nombre de Dios y el de la Ciudad de Dios.* Y los Santos Padres declaran que la Ciudad de Dios es María Santísima.

*Cosas gloriosas se han dicho de Ti, Ciudad de Dios (Ps. 83, 3).* Bien podemos decir con San Pablo (2 *Tim.*, 2, 19) *que a los que tengan este signo los reconocerá Dios por suyos;* siendo la devoción a su Madre señal tan evidente de predestinación, que el sólo rezar devota y frecuentemente la salutación angélica o el Rosario cada día se tiene por indicio muy grande de salvación. Sus siervos, añade el Padre Nieremberg, no sólo se ven más privilegiados y favorecidos en esta vida, sino que serán más honrados y aventajados en la gloria, llevando allá vestida una librea y divisa particular mucho más preciosa y elegante que los demás gloriosos cortesanos, con que se distingan por familiares de la Reina del Cielo y servidumbre de su corte, según



aquello de los *Proverbios* (31, 31): *Todos los de su casa visten doble vestidura.*

Vio Santa María Magdalena de Pazzis en medio del mar una navecilla en que iban todos los devotos de la Virgen, y la celestial Princesa, haciendo el oficio de piloto, con la proa derecha al puerto; entendiendo la Santa que las personas que viven bajo la protección de María, en medio de los peligros de esta vida, quedan a salvo del pecado y del infierno, porque los guía la misma Virgen con toda seguridad al puerto de bonanza, que es la gloria eterna. Entremos, pues, en esta barca feliz; acojámonos al manto de María, y así nos salvaremos indefectiblemente, pues que la Iglesia le dice así: «¡Oh Santísima Madre de Dios!: todos cuantos han de participar de las delicias celestiales habitan en Vos y están amparados a vuestra sombra maternal.»

#### EJEMPLO.

*Tomás, monje, oye cantar a la Virgen.*

Cuenta Cesáreo que un monje cisterciense, llamado Tomás, devotísimo de la Reina de los ángeles, deseaba y pedía ardientemente verla una vez. Salió una noche al jardín, y poniéndose a mirar al Cielo y exhalar suspiros abrasados, ve de improviso bajar una virgen muy hermosa y resplandeciente, que le preguntó: «Tomás, ¿quieres oír cómo canto?» «Sí, por cierto», respondió él; y

aquella virgen cantó con tal dulzura, que el devoto religioso se imaginaba hallarse en el Paraíso. Acabado el canto, desapareció, dejándole con gran deseo de saber quién fuese, cuando he aquí otra virgen hermosísima, que igualmente se puso a cantar. Ya no se pudo contener, y le preguntó quién era. «La otra que viste — le fue respondido — fue Catalina, y yo soy Inés, ambas mártires de Jesucristo y enviadas a consolarte por nuestra Señora. Dale muchas gracias, y disponte a recibir favor mucho más alto.» Dicho esto, desapareció; pero el religioso quedó con gran esperanza de ver finalmente a la Reina del Cielo. No esperó mucho tiempo, porque de allí a poco vislumbra una clarísima luz, siente rebosarle el pecho de alegría y ve aparecer en medio de resplandores a la Madre de Dios, rodeada de ángeles, incomparablemente más hermosa que las dos vírgenes anteriores, y le dice: «Siervo e hijo amado mío, me complazco en el amor con que me sirves, y accedo a tu súplica. Veme aquí. Quiero que oigas también mi canto.» Comenzó a cantar aquella boca dulcísima, y fue tanta la suavidad, que el afortunado religioso, de gozo, perdió el sentido y cayó en tierra. Tocaron a maitines, y no viéndole comparecer en el coro le buscaron por todas partes y finalmente le hallaron como muerto en el jardín. Le mandó el superior decir lo que le había sucedido, y viéndose obligado por obediencia, contó con humildad la visita y favor que había recibido de la Reina del Cielo.

## ORACIÓN.

¡Oh Reina soberana, Madre del amor santo!, pues que sois la más amable y de Dios la más amada entre todas las criaturas, permitid que os ame también este pecador, aunque el más ingrato y despreciable de todos los pe. adores, el cual, viéndose por gracia vuestra libre de los tormentos eternos y colmado de favores, sin ningún merecimiento suyo, ha colocado en Vos toda su afición y esperanza. Os amo, Señora, y quisiera exceder en el amor a los Santos que os amaron más. Quisiera dar a conocer a todos los que no tienen noticia de Vos cuán digna sois de ser amada, para que todos a una os amasen y bendijesen, y, si fuere necesario, tendría por fortuna grande dar la vida en defensa de vuestra virginidad, de la prerrogativa de Madre de Dios o del misterio de vuestra Concepción Inmaculada.

¡Oh amantísima Madre mía!, séaos agradable la sinceridad de mis afectos, y no permitáis que un siervo y amante vuestro tenga en adelante enemistad con Dios, a quien Vos tanto amáis! ¡Cuán desdichado fui en haber vivido algún tiempo en desgracia suya! Pero entonces no os amaba, ni hacía por ser de Vos amado. Ahora, de ninguna cosa tengo deseo, después de la gracia de Dios, como de merecer vuestro amor, no desconfiando de alcanzar, al fin, esta dicha, a pesar de mis culpas, porque sé que vuestra benignidad llega hasta el extremo de amar con ternura a los pecadores que os aman, por miserables que sean, y que no consentís que en amar y favorecer os lleva nadie ventaja. Ir al Cielo deseo para amaros allí con todo mi corazón. Allí conoceré del todo vuestra amabilidad, allí descubriré lo mucho que hicisteis por salvarme, allí os amaré con amor más inflamado, allí os amaré sin temor de entibiarme ni de perder jamás dicha tan grande. Rogad al Señor por mí, y basta; rogad por mí, y de cierto me salvaré; rogad por mí, y mientras llega tan dichoso día, suspiraré por esa patria bienaventurada, y aliviaré las penas de mi destierro cantando muchas veces así:

¡Oh Madre del alma mía,  
mi esperanza y mi alegría!  
Este será mi cantar:  
que Vos me habéis de salvar.

## CAPITULO IX

¡OH CLEMENTE!, ¡OH PIADOSA!

Párrafo único. — *Cuán grande sea la clemencia y piedad de María.*

Hablando un escritor mariano de la piedad con que mira por nosotros la Virgen nuestra Señora, dice que bien se le puede llamar la tierra prometida *que mana leche y miel*; y añade San Alberto Magno que María, por la misericordia de sus entrañas, merece apellidarse, no sólo misericordiosa, sino la misma misericordia; y el autor del ESTÍMULO DE AMOR, considerando haber sido ensalzada a la dignidad de Madre de Dios para bien de todos los desdichados, con el oficio anejo de dispensar mercedes, y con tanta solicitud y ternura, como si ninguna otra ocupación tuviese, dice que siempre que se paraba a contemplarla perdía de vista la justicia divina y no veía más que aquella misericordia sin término en que está rebosando su Cora-

zón amante. Verdaderamente, tanta es la de sus entrañas amorosas, que ni un instante cesa de hacernos experimentar los efectos que de Ella proceden. ¿Qué otra cosa, exclama San Bernardo, puede brotar de una fuente de clemencia, sino clemencia? *Oliva* es llamada en los libros sagrados (*Eccli.*, 24, 19), porque así como la oliva no da por fruto más que aceite, símbolo de la misericordia, así de las manos de María no sale otra cosa que misericordia y gracia, de manera que con razón puede llamarse *Madre del óleo de la piedad*, dice el venerable Padre Luis de la Puente, pues es Madre de misericordia. Yendo a pedir a esta dulce Madre el óleo de su piedad, no tenemos que temer lo rehuse, como lo hicieron las vírgenes prudentes negando el suyo a las vírgenes locas (*Mt.*, 25, 9), por ser tan rica que, por más que dé mucho, más le queda por dar.

Pero, ¿por qué se dice (*Eccli.*, 24, 19) que está *plantada en medio del campo como frondosa oliva*, y no más bien dentro de un jardín cercado? Para que sin estorbos puedan todos ir a ponerse bajo su sombra. ¡Cuántas veces, sin más que interponer sus ruegos, revocó la sentencia del castigo que teníamos merecido por nuestros pecados! Pregunta Tomás de Kempis: ¿Qué otro seno tan amoroso como el suyo podremos encontrar? Seno donde el pobre halla socorro; el enfermo, salud; el triste, alivio, y el desamparado, consuelo.

¡Infelices de nosotros si careciésemos de esta Madre misericordiosísima, siempre cuidadosa y atenta a socorrer todas nuestras necesidades! Dice el Espíritu Santo (*Eccli.*, 38, 27): *Donde no hay mujer, gime y padece el enfermo*. María es esta *Mujer* piadosa por excelencia, y como todas las gracias se dispensan por su mano, si Ella faltase, no habría misericordia ni esperanza.

Ni hay que temer que no ve nuestra miseria, o que no se compadezca de vernos en necesidad. Mejor que nosotros, y mejor que ningún Santo del Cielo, las observa, y se compadece con tanto amor y solicitud, que verlas y acudir al remedio todo es uno. Señora, con larga mano dais dondequiera que descubris la falta; oficio de clemencia, propio de Madre, y oficio que Vos haréis mientras el mundo dure.

Figura suya, en los tiempos antiguos, fue Rebeca (*Gen.*, 24, 19), la cual estaba sacando agua de un pozo cuando llegó sediento el criado de Abrahán, y, pidiéndole de beber, respondió ella que *con mucho gusto se la daría, y también a sus camellos*, como lo hizo. Con esta imagen, hablando San Bernardo a la Virgen Santísima, le dice: «Señora, más piadosa y compasiva sois que fue Rebeca, no contentándoos con dispensar las gracias de vuestra ilimitada liberalidad a los siervos de Abrahán, figura de los siervos de Dios fieles y leales, sino



también a los pecadores, figurados por los camellos.» Rebeca no dio más de un cántaro de agua, y esta Madre amantísima da con gran exceso mucho más de lo que se le pide, siendo en liberalidad muy semejante a su divino Hijo, cuyas bondades, como tan rico en misericordia con todos los que le invocan, siempre son mayores que nuestros deseos y peticiones. Rogad Vos, Señora, por mí, porque pediréis con más devoción que yo, y me alcanzaréis mayores beneficios de cuantos yo nunca sabré pedir.

Una vez que, por negarse los habitantes de Samaria a hospedar al Señor, querían dos de sus discípulos (*Lc.*, 9, 54) *que cayese fuego del Cielo sobre la ciudad*, les corrigió diciendo que *ignoraban cuál era su espíritu*, espíritu de paz y mansedumbre, no habiendo venido al mundo a castigar a los pecadores, sino a salvarlos. Y siendo el espíritu de María tan parecido al de su Santísimo Hijo, bien podemos estar ciertos de la bondad y clemencia de su corazón. Es Madre, y, además, Dios la hizo dulce y amorosa con todos en sumo grado; que por eso la vio San Juan (*Apoc.*, 12. 1) *vestida del sol*. Vistió de su carne inmaculada al Sol divino, dice San Bernardo, y Él la revistió de su poder y misericordia, la cual es tan grande, que cuando se le presenta un pecador implorando su valimiento, no se pone a examinar si merece o no ser oído, pues tiene de costumbre acoger favorablemente a todos

los que llegan a sus pies, sin distinción ninguna. Y el compararla con *la luna* los libros santos (*Cant.*, 6, 9) es porque si este planeta da luz a los cuerpos inferiores, María ilumina y vivifica a los pecadores más abatidos y abandonados. Así, pues, si temiendo la potestad y justicia del Altísimo, o el peso de nuestras culpas, no nos atrevemos alguna vez a ponernos cerca de aquella Majestad infinita a quien ofendimos, no hay que recelar de aproximarnos a María, porque en Ella nada veremos que nos cause temor. Santa y justa es, Reina del Cielo es y Madre de Dios; pero como hija de Adán, es también de nuestra propia carne, y es toda piedad, toda gracia, a todo se presta, a todos abre el seno de su benignidad, todos reciben de la abundancia de su amor, empleada en hacer a todas horas lo contrario de lo que el diablo hace. *El diablo nos rodea con intención de acometernos y tragarnos* (*1 Petr.*, 5, 8), y María nos busca por darnos vida y salvación.

Debemos, además, persuadirnos, dice San Germán, de que no tiene límites su poder, especialmente para desarmar el brazo de la justicia divina. ¿De dónde nace que Dios, que en la antigua Ley era tan severo en castigar, use ahora comúnmente de tanta blandura con los pecadores? Consiste en los merecimientos y amor de María. ¿Cuánto tiempo ha que se hubiera hundido y aniquilado el mundo si Ella, con sus ruegos, no le

sustentase! Al contrario, bien podemos prometer-nos de la divina liberalidad todo género de bienes ahora que tenemos a Jesucristo como mediador con el Eterno Padre, y a la Reina del Cielo con el Hijo amoroso. ¿Cómo podrá negarse al Hijo cosa alguna cuando muestre a su Padre, las llagas que sufrió por nosotros, ni a la Madre Santísima cuando muestre al Hijo los pechos virginales que le alimentaron? Hermosamente dice San Pedro Crisólogo que, habiendo hospedado a Dios en su seno esta Doncella sin mancilla, pide como paga del hospedaje la paz del mundo, la salud de los desahuciados y la vida de los muertos; de forma que de sus manos está pendiente todo nuestro bien, y por eso hemos de recurrir siempre a su amparo como a puerto, refugio y asilo segurísimo. Ella es aquel *trono de gracia a donde el Apóstol (Hebr., 4, 16) nos exhorta a ir sin temor*, dice San Antonino, *ciertos de obtener la divina misericordia, con todos los auxilios necesarios al logro de la eterna felicidad.*

Concluyamos con el ESTÍMULO DE AMOR sobre las palabras de la Salve: ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María! Clemente a los necesitados, piadosa a los que piden, dulce a los que aman. Clemente a los penitentes, piadosa a los aprovechados, dulce a los contemplativos. Clemente, librando; piadosa, perdonando; dulce, dándose a los suyos en premio y posesión eterna.

## EJEMPLO.

*Convertida por rezar el Avemaria.*

Refiere el P. Carlos Bovio, de la Compañía de Jesús, que en Dormans, de Francia, hubo un hombre que, aunque casado, vivía mal con otra mujer. No pudiendo la suya sufrir esto, de continuo los maldecía, y clamaba al Cielo venganza hasta delante de una imagen de nuestra Señora que estaba en la iglesia, pidiendo justicia contra su adversaria, la cual tenía costumbre de rezar diariamente un Avemaría a la misma Virgen.

Una noche se le apareció en sueños a la casada, y ésta empezó al instante a repetir su canción: «Justicia, Señora, justicia.» Pero la Virgen le respondió: «¿Justicia me pides a Mí? Búscala en otra parte.» Después añadió: «Has de saber que aquella pobre pecadora me reza todos los días una salutación tan de mi agrado, que nadie que la rece puedo consentir sufra ni reciba castigo por sus pecados.»

Por la mañana fue a oír misa donde se veneraba la imagen que en sueños había visto, y encontrándose, al salir, con la amiga de su marido, comenzó a voces a llenarla de injurias y a tratarla de hechicera, que con sus hechicerías había también encantado o engañado a la Virgen. La gente espantada, le decía que se callase; pero ella respondía: «No quiero callar, y lo que digo es la pura verdad; esta

noche se me ha aparecido la Virgen, y, pidiéndole justicia, me la negó por una salutación que esta malvada le dice.» Preguntaron a ésta qué salutación era aquélla y respondió que no era más que un Avemaría; pero oyendo al mismo tiempo que por tan poca cosa la miraba María Santísima con tanta piedad, corrió a echarse a los pies de aquella santa imagen, y, pidiendo perdón de sus escándalos, hizo allí públicamente voto de perpetua continencia; después se puso hábito de beata, edificó una estancia reducida cerca de la iglesia, y allí encerrada perseveró hasta la muerte haciendo rigurosa penitencia.

#### ORACIÓN.

¡Oh Madre de misericordia!, ya que son tan ardientes vuestros deseos de acceder a las súplicas de los pecadores, yo, el más infeliz de todos, vengo hoy a las puertas de vuestra piedad. Pidan otros lo que quisieren: salud, honores, fortuna; yo pretendo lo que Vos misma principalmente deseáis de mí y es más conforme con la bondad de vuestro amantísimo Corazón. Vos fuisteis humildísima: alcanzadme la verdadera humildad y la alegría en los desprecios. Vos fuisteis pacentísima en sufrir las penas de esta vida: alcanzadme paciencia en las adversidades. Vuestro amor para con Dios fue ardentísimo: haced que yo también le ame con amor puro y santo. Para con los prójimos fue beneficentísimo: yo solicito para con todos la caridad cristiana, mayormente con los que me son molestos y contrarios. Vuestra voluntad estuvo siempre unida a la voluntad de Dios: pedid para mí una entera resignación en todo cuando el Señor dispusiere de mí. En suma: Vos sois la criatura más santa de cuantas salieron de la mano de Dios; ayudadme a santificarme a mí también. Ni amor ni poder os falta, y sólo puede ser motivo para no lograr vuestros favores, o mi descuido en recurrir a Vos, o mi poca confianza en vuestra intercesión. Pues estas dos gracias especiales

son las que ahora pido y espero de vuestra bondad: acudir siempre a Vos y confiar siempre en Vos. Vos sois mi Madre, mi esperanza, mi amor, mi vida, mi refugio y mi consuelo, y espero seréis mi gozo por toda la eternidad. Amén.



## CAPITULO X

¡OH DULCE VIRGEN MARÍA!

Párrafo único. — *El nombre de María es dulcísimo en vida y en muerte.*

No fue inventado en la tierra el nombre santísimo de María, como lo son los nuestros, sino que descendió del Cielo por divina ordenación, según afirman San Antonino, San Epifanio y otros muchos escritores sagrados. Del trono de la divinidad salió vuestro excelso nombre, Señora, como el más excelente de todos, después del nombre adorable de Jesús, habiendo querido la Santísima Trinidad señalaros y enriqueceros con uno tan santo, que, oyéndole pronunciar, doblen la rodilla el Cielo, la tierra y los abismos.

Mas, entre las otras excelencias que el Señor le concedió, veamos ahora cuán dulce le hizo a sus devotos, así en la vida como en la muerte.

En vida, su nombre santísimo, dice un santo

anacoreta, es la misma dulzura y suavidad celestial. El glorioso San Antonio de Padua hallaba tanta en él como San Bernardo en el sacrosanto de Jesús: *El nombre de Jesús*, decía el uno; *el nombre de María*, respondía el otro, *es júbilo al corazón, miel en la boca, música al oído*. El Beato Juvenal Ancina, obispo de Saluzzo, siempre que pronunciaba el nombre de María sentía en la boca una dulzura sensible, tan suave, que se relamía los labios; y otro tanto afirma Marsilio, obispo, de una devota mujer de Colonia, por cuyo consejo, practicándolo él, empezó también a sentir el mismo sabor, y muy exquisito. Hasta los ángeles preguntaban repetidas veces el día de su gloriosa Asunción (*Cant.*, 3, 6): *¿Quién es Esta?*, por oír reiterado su dulcísimo nombre, de tanta delicia para ellos.

Mas aquí no hablamos del gusto sensible, porque éste se concede a pocos, sino de la dulzura saludable de consuelo, amor, alegría, confianza y fortaleza que de ordinario da este suavísimo nombre a todos los que le invocan devotamente. Después del santo nombre de Jesús, es el de María tan rico de bienes soberanos, que ni en la tierra ni en el Cielo resuena otro con el cual experimenten las almas piadosas tantas avenidas de gracia, confianza y dulzura; porque en sí contiene suavidad tan inefable, que siempre que llega a los corazones de los amigos sienten como fragancia y recreo de santidad. Y su maravillosa propiedad es

que, oído mil veces de los amantes de María, mil veces les parece nuevo, mil veces prueban el mismo gozo y dulzura.

Decía el B. Enrique Suson que al oírle o pronunciarle se le reanimaba tanto la esperanza y tanto se le enardecía el corazón, que entre el júbilo y lágrimas, que le empezaban a correr en abundancia, deseaba exhalar el espíritu por la boca, pareciéndole que este delicioso nombre se le derretía como un panal en el fondo del alma; y así le dice: ¡Oh nombre suavísimo de María! ¿Qué será la persona que tiene nombre tan dulce, si tan lleno está sólo él de gracia y amabilidad? ¡Oh excelsa, oh piadosa, oh dignísima de toda alabanza!, no se puede pronunciar vuestro nombre sin que inflame los corazones, ni pensar en él sin recrear y alegrar los ánimos de todos los que os aman. Y si hablar de tesoros alegra tanto a los pobres, ¡cuánto más nos debe regocijar a nosotros vuestro santo nombre, más deseable y precioso que todas las riquezas del mundo, más eficaz y poderoso para aliviar los males de la vida presente que todos los remedios terrenos! Lleno está de gracia y bendiciones divinas, como dice San Metodio, ni puede nunca ser proferido sin hacer bien a quien le pronuncie con afecto de devoción. Esté duro un corazón más que la piedra, sienta en sí gran desaliento y desconfianza, dice el sabio Idiota, si llega a proferir vuestro nombre, oh María, es tanta su divina

virtud, que al instante se alentará, ablandará y trocará en otro muy diverso que antes, porque Vos confortáis al pecador, animándole a esperar y disponiéndole a recibir la gracia. En fin, escribe San Ambrosio, es vuestro nombre bálsamo lleno de celestial fragancia, y así, Virgen piadosísima, os pido que descienda hasta lo íntimo de mi corazón, concediéndome que le traiga siempre estampado en él con amor y confianza, pues quien os tenga y os nombre así, puede estar seguro de haber alcanzado ya la gracia divina, o, a lo menos, prenda segura de haberla pronto de poseer. Su solo recuerdo, dice Landulfo de Sajonia, consuela a los afligidos, vuelve a los extraviados al sendero de la salud y conforta a los pecadores temerosos, para que no se dejen vencer por la desesperación. Con sus cinco llagas dio al mundo el Salvador el remedio de todos los males, y Vos, con vuestro nombre dulcísimo, que tiene cinco letras, alcanzáis a cada hora perdón a los pecadores. ¡Dichoso el que a la hora de la muerte le invoque confiadamente! Gracia especial será y signo muy cierto de *salvación*.

Por esto el santo nombre de María es comparado al bálsamo en los sagrados *Cantares* (1, 2): *Bálsamo derramado es tu nombre*. Así como el bálsamo sana a los enfermos, difunde el olor y enciende la llama, así el nombre de María sana a los pecadores, recrea los corazones y los inflama en

el divino amor. Por lo cual los pecadores han de acudir a este gran nombre, pues él solo bastará para curarlos de todos sus males, asegurando que no hay enfermedad tan maligna que no ceda al instante a la fuerza de este nombre.

Al contrario, los demonios, afirma Tomás de Kempis, temen de tal manera a la Reina del Cielo, que al pronunciar su nombre huyen de quien le profiere como de un fuego que abrasa. La misma bienaventurada Virgen reveló a Santa Brígida que no hay en esta vida pecador tan tibio en el amor divino que, invocando su santo nombre, con propósito de enmendarse, no ahuyente luego de él al demonio. Y se lo confirmó diciéndole que todos los demonios de tal modo veneran su nombre y le temen, que al oírle resonar desprenden luego del alma las uñas con que la tenían asida.

Y así como los ángeles rebeldes huyen de los pecadores que invocan el nombre de María, así, por el contrario, dijo la misma nuestra Señora a Santa Brígida, los ángeles buenos se aproximan mucho más a las almas justas que con devoción lo profieren. Y atestigua San Germán que así como la respiración es señal de vida, así también el pronunciar a menudo el nombre de María es señal, o de vivir ya en la divina gracia o de que presto vendrá la vida; pues este poderoso nombre tiene la virtud de alcanzar el auxilio y la vida a quien

devotamente le invocare. Finalmente, este admirable nombre es como una torre inexpugnable, en la cual, acogiéndose, el pecador se librará de la muerte; porque esta torre celestial defiende y salva a los pecadores más perdidos.

Con efecto, es torre, y torre de tal fortaleza, que no sólo libra a los pecadores del castigo, sino que defiende también a los justos de los asaltos del infierno. Después del nombre de Jesús, no hay ningún nombre en el que se halle tanto auxilio ni que comunique tanta salud a los hombres como el gran nombre de María; y como generalmente lo experimentan los devotos de esta buena Madre, su excelso nombre comunica fuerza especial para vencer las tentaciones contra la castidad. Sobre las palabras de San Lucas: *Y el nombre de la Virgen era María*, dice un autor que el Evangelista reúne estos dos nombres de *María* y de *Virgen* para darnos a entender que el nombre de esta purísima Doncellita no debe jamás ir separado del de la castidad. Por lo cual afirma San Pedro Crisólogo que el nombre de María es indicio de castidad, queriendo decir que quien dudare de haber o no pecado en las tentaciones impuras, si recordare haber invocado el nombre de María, tendrá una señal cierta de no haber ofendido la castidad.

Sigamos, pues, siempre el admirable consejo de San Bernardo, el cual dice: En todos los peligros de



perder la divina gracia pensemos en María, e invoquemos a María juntamente con el nombre de Jesús, pues estos dos nombres van estrechamente unidos. Jamás se aparten estos dos dulcísimos y poderosísimos nombres de nuestro corazón ni de nuestra boca, porque ellos nos darán fuerza para no caer y para vencer todas las tentaciones. Son magníficas las gracias que Jesucristo ha prometido a los devotos del nombre de María, como Él mismo hablando con su santa Madre, lo manifestó a Santa Brígida, revelándole que quien invocare el nombre de María con confianza y propósito de enmienda recibirá tres gracias singulares, a saber: un perfecto dolor de sus pecados, la satisfacción de ellos y la fortaleza para llegar a la perfección: y, además, finalmente, la gloria celestial. Porque, añadió el divino Salvador, son para Mí tan dulces y queridas, oh Madre mía, tus palabras, que no puedo negarte nada de cuanto me pides.

En suma, San Efrén llega a decir que el nombre de María es la llave de la puerta del Cielo para el que devotamente le invoca. Por esto, el **SALTERIO MARIANO** llama, con razón, a María Salud de todos los que la invocan. Como si fuera lo mismo invocar el nombre de María que alcanzar la salud eterna; porque afirma el sabio Idiota que la invocación de este santo y dulce nombre sirve para obtener una gracia sobreabundante en esta vida y una gloria sublime en la otra. Si deseareis, pues, oh, herma-

nos, concluye Tomás de Kempis, hallar consuelo en todos los trabajos, acudid a María, invocad a María, obsequiad a María, encomendaos a María. Con María regocijaos, con María llorad, con María rogad, con María caminad, con María buscad a Jesús. Con Jesús y María, finalmente, desead vivir y morir. Haciéndolo así, dice, siempre adelantaréis en los caminos del Señor; pues María rogará gustosa por vosotros, y el Hijo ciertamente escuchará a la Madre.

Muy dulce es, por tanto, ya en esta vida el santísimo nombre de María para sus devotos, por las innumerables gracias que, como hemos visto, les alcanza; pero más dulce lo hallarán en la hora suprema por la dulce y santa muerte que les obtendrá. El Padre Sertorio, de la Compañía de Jesús, exhortaba a todos los que auxiliaban a algún moribundo que le repitieran a menudo el nombre de María, diciendo que este nombre de vida y esperanza, pronunciado en la hora de la muerte, basta para disipar a los enemigos y para confortar a los moribundos en todas sus angustias. Igualmente, San Camilo de Lelis dejó muy recomendado a sus religiosos que recordasen con frecuencia a los moribundos el invocar el nombre de María y de Jesús, como él ya lo practicó después consigo mismo en la hora de su muerte, en la cual invocaba con tanta ternura los amados nombres de Jesús y de María, que inflamaba de amor aun a los que le

escuchaban. Y, finalmente, con los ojos fijos en sus adoradas imágenes y los brazos cruzados, expiró con semblante y paz celestial, invocando en las últimas palabras que pronunció los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Esta breve oración invocando los sacrosantos nombres de Jesús y de María, dice Tomás de Kempis, es tan fácil de retener en la memoria cuanto es dulce para considerarla, y fuerte al propio tiempo para proteger a quien la usa de todos los enemigos de su salvación.

¡Bienaventurado, dice el ESPEJO DE NUESTRA SEÑORA, el que ama vuestro dulce nombre, oh Madre de Dios! Es tan glorioso y admirable vuestro nombre, que todos los que se acuerdan de invocarle en el trance de la muerte no temen los asaltos de los enemigos.

¡Oh, quién tuviera la dicha de morir como murió el Padre fray Fulgencio de Ascoli, capuchino, el cual expiró cantando: ¡Oh María! ¡Oh María, la más hermosa de las criaturas, quiero ir en vuestra compañía! O, también, como murió el Beato Enrique, cisterciense, de quien se refiere en los Anales de su Orden que terminó su vida articulando el nombre de María. Roguemos, pues, ¡oh devoto lector mío!, roguemos a Dios que nos conceda esta gracia de que la última palabra que pronuncien nuestros labios en la hora de la muerte

sea el nombre de María, como lo deseaba y rogaba San Germán. ¡Oh muerte dulce, muerte segura, la que va acompañada y protegida del nombre de salud, que Dios sólo concede invocar en la hora de la muerte a los que quiere que se salven!

¡Oh dulce Madre mía, os amo, y porque os amo tengo también amor y devoción a vuestro santísimo nombre! Con vuestro favor y benignidad espero que le invocaré toda mi vida, y particularmente a la hora de la muerte. Por la gloria, pues, y dignidad de vuestro nombre dulcísimo, salid al encuentro de mi alma cuando parta de este mundo, y recibidla en vuestros brazos maternales, consolándola con la hermosura de vuestra presencia, abogando por mí en el Tribunal de la divina justicia y poniéndome, ya perdonado, en posesión del eterno descanso.

#### EJEMPLO.

##### *Arrancada de las garras del demonio.*

Cuenta el P. Rho, S. J., en su *Libro de los Sábados*, que en un pueblo de Gueldres, por el año de 1465, una soltera llamada María fue enviada por un tío suyo a comprar algunas cosas al mercado de Nimega, con orden de quedarse aquella noche a dormir en casa de otra tía suya. Esta no la quiso recibir, y tuvo la sobrina que volverse; mas ha-

ciéndosele de noche en el camino, empezó, desechada, a llamar al demonio, que no tardó en aparecérselo en figura de hombre prometiéndole que la ayudaría con tal de que hiciese dos cosas. «Todo lo haré» — respondió la infeliz —. «Pues la una es — volvió a decir el diablo — que de hoy en adelante no te has de hacer la señal de la Cruz, y la otra, que has de mudar de nombre.» «En lo de la cruz, convengo — contestó ella — ; pero nombre tan dulce como el de María no me lo mudo.» «Pues yo no te favorezco» — replicó el enemigo —. Finalmente, después de una larga contienda quedaron en que se llamaría con la primera sílaba de su nombre, esto es MA, y se fueron juntos a la ciudad de Amberes, donde vivió seis años con tan mal compañero en el estado infelicitísimo que se deja pensar, al cabo de los cuales tuvo deseo de volver a su patria, y aunque él se negaba mucho, al fin condescendió.

Al entrar en Nimega hallaron que se estaba representando en público un drama de la vida de la Virgen, a cuya vista la pobre MA sintió avivarse la centella que conservaba en el corazón de afecto para con la Virgen Santísima, y empezó a llorar. A esto, el demonio le dijo, muy enojado: «¿Qué hacemos aquí? ¿Quieres que nosotros representemos otra comedia más graciosa?» Y tiraba de ella para apartarla de allí por fuerza, mas ella resistió. Conociendo entonces que iba a perderla para

siempre, la levantó en el aire y la dejó caer en el tablado. Se hizo poco daño, y contó en alta voz toda su historia, yendo desde allí a buscar al párroco para confesarse, quien la mandó al obispo de Colonia, y éste al Papa, el cual, oídola en confesión, le mandó por penitencia llevar siempre tres aros de hierro, uno al cuello y dos a los brazos. Obedeció la penitente, y llegando a Maestricht, se encerró en una casa de recogidas, donde vivió catorce años en rígida penitencia, al cabo de los cuales, al levantarse una mañana, vio rotas por sí las tres argollas, y pasados otros dos, murió con fama de santidad, dejando dicho que la enterrasen con aquellos hierros, que de esclava del demonio la habían hecho sierva feliz de su divina libertadora.

#### ORACIÓN.

Madre de Dios y Madre mía, aunque mi lengua inmunda es indigna de nombraros, Vos, que me amáis y deseáis mi salvación, me habéis de conceder el que pueda invocar en mi favor vuestro santísimo y poderosísimo nombre, de gracia y salud en vida y muerte. ¡Oh Virgen purísima, oh Madre amorosísima, oh María!, sea para mí en adelante vuestro santo nombre escudo y defensa, concediéndome que en todas mis tentaciones, necesidades y peligros, y con especialidad a la hora de la muerte, clame sin cesar: «María, María», para tener así la suerte de acabar la vida felizmente y veros y bendeciros en el Cielo por toda la eternidad. ¡Oh clementísima, oh dulcísima Virgen María, oh Madre amabilísima, qué aliento, confianza y alegría siente mi alma en nombraros y aun solamente en acordarme de Vos! Doy gracias a Dios de haberos dado, para mi bien, un nombre tan dulce, un nombre tan amable y tan poderoso.

Mas no me satisfago con que mis labios le pronuncien, sino que



además quiero nombraros por amor y con amor; quiero que el amor me recuerde a cada hora tan hermoso nombre; quiero poner todo mi amor en él. ¡Oh María, oh Jesús! Vivan únicamente vuestros dulcísimos nombres en mi memoria y en la de mis prójimos, olvidando cómo se llaman las criaturas para no tener otros en el corazón y la boca que los nombres adorables de Jesús y María. Jesús amantísimo, Redentor mío; Madre amorosísima, Madre de mi alma, por vuestros merecimientos os pido, como gracia especial, que a la hora de mi muerte las últimas palabras que articule sean decir:

Jesús, José y María,  
os doy el corazón y el alma mía.

### ORACIONES MUY DEVOTAS DE ALGUNOS SANTOS A LA DIVINA MADRE (1)

DE SAN EFRÉN. — ¡Oh inmaculada y purísima Virgen María, Madre de Dios, Reina del universo, bondadísima Señora nuestra! Vos sois superior a todos los Santos, la esperanza de los escogidos y la alegría del Paraíso. Vos nos habéis reconciliado con nuestro Dios; Vos sois la única abogada de los pecadores, el puerto seguro de los que naufragan, el consuelo del mundo, la redentora de los cautivos, el regocijo de los enfermos, el recreo de los afligidos, el refugio y la salvación del universo. ¡Oh excelsa Princesa, Madre de Dios, cubridnos con las alas de vuestra misericordia, tened piedad de nosotros! No tenemos más esperanza que en Vos, ¡oh Virgen purísima!; nos hemos entregado a Vos, y consagrados a vuestro obsequio, llevamos el nombre de vuestros siervos: no permitáis, pues, que el demonio nos lleve consigo al infierno. ¡Oh Virgen inmaculada!, ponednos bajo vuestra protección: por esto acudimos sólo a Vos, y os suplicamos que impidáis que vuestro Hijo, irritado por nuestros pecados, nos abandone al poder del demonio.

¡Oh María, llena de gracia!, alumbrad mi entendimiento, moved mi lengua para cantar vuestras alabanzas y principalmente la Salutación angélica tan digna de Vos. Yo os saludo, oh paz, oh

---

(1) Se han añadido aquí estas oraciones, no sólo para que se haga uso de ellas, sino también para que se vea la grande idea que los Santos han tenido del poder y misericordia de María y la suma confianza que pusieron en su poderosa protección.

alegría, oh salud y consolación de todo el mundo. Yo os saludo, oh el mayor de los milagros que jamás se haya obrado en el mundo; paraíso de delicias, puerto seguro del que se encuentra en peligro, fuente de la gracia, medianera entre Dios y los hombres.

¡Oh Madre de Jesús, amor de Dios y de todos los hombres!, a Vos sea dado honor y bendición, con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

DE SAN BERNARDO. — ¡Oh Reina del mundo!, a Vos levantamos nuestros ojos. Debiendo presentarnos delante de nuestro Juez, después de haber cometido tantos pecados, ¿quién podrá aplacarle? Nadie puede hacerlo mejor que Vos, oh santa Señora; Vos, que tanto le amáis y sois de Él tan tiernamente amada. Abrid, pues, oh Madre de misericordia, vuestro corazón a nuestros suspiros y a nuestras súplicas. Nos refugiamos bajo vuestra protección, aplacad la cólera de vuestro Hijo y haced que recobremos su gracia. Vos no aborrecéis al pecador por más criminal que sea. Vos no le desecháis si suspira por Vos y arrepentido solicita vuestra intercesión. Vos con vuestra piadosa mano le libráis de la desesperación; le inspiráis esperanza, le infundis consuelo, y no le abandonáis hasta haberlo reconciliado con su Juez.

Vos sois la única mujer en la cual el Salvador ha hallado su descanso, y en la que ha depositado a manos llenas sus tesoros inagotables. Por esta razón, todo el mundo, oh santa Señora mía, honra vuestro casto seno como templo de Dios, en el cual se dio principio a la salvación del mundo, y se verificó la reconciliación entre Dios y los hombres. Vos sois, oh gran Madre de Dios, el huerto cerrado en el cual jamás ha penetrado la mano del pecador para coger las flores. Vos sois el hermoso jardín en el que Dios ha colocado las flores que adornan a vuestra Iglesia, y entre otras la violeta de vuestra humildad, la azucena de vuestra pureza y la rosa de vuestra caridad. ¿Con quién podré compararos, oh Madre de gracia y hermosura? Vos sois el paraíso de Dios. De Vos ha salido el manantial de agua viva que fecunda toda la tierra. ¡Cuántos beneficios ha recibido el mundo de Vos, que habéis merecido ser un acueducto tan saludable!

De Vos se dice: ¿Quién es aquella que se levanta como la aurora, hermosa como la luna y resplandeciente como el sol? Habéis venido al mundo, oh María, como brillante aurora precediendo con la luz

de vuestra santidad la aparición del Sol de justicia. El día en que vinisteis al mundo, puede muy bien llamarse día de salud, día de gracia. Sois hermosa como la luna, porque así como no hay planeta que más se asemeje al sol, así también no hay criatura más semejante a Dios que Vos. La luna alumbra por la noche con la luz que recibe del sol, y Vos alumbráis nuestras tinieblas con el resplandor de vuestras virtudes; pero Vos sois más bella que la luna, porque en Vos no hay manchas ni sombras. Vos sois escogida como el sol, esto es, como el Sol que ha criado al sol. Él fue escogido entre todos los hombres, y Vos habéis sido escogida entre todas las mujeres. ¡Oh dulce, oh excelsa, oh amabilísima María! No es posible pronunciarse vuestro nombre sin que Vos inflaméis el corazón en vuestro amor; y los que os aman no pueden pensar en Vos sin sentirse excitados a amaros más todavía.

¡Oh santa Señora!, fortaleced nuestra debilidad. Y ¿quién mejor que Vos puede hablar a nuestro Señor Jesucristo, que gozáis tan intimamente de su dulcísima conversación? Hablad, hablad, Señora, porque vuestro Hijo os escucha, y alcanzáis de Él todo cuanto le pedis.

DE SAN GERMÁN. — ¡Oh única Señora mía, único consuelo que recibo de Dios! Vos, que sois el solo y celestial rocío que me refrigera en mis penas; Vos, que sois la luz de mi alma cuando se halla rodeada de tinieblas; Vos, que sois mi guía en mis viajes, mi fortaleza en mis debilidades, mi tesoro en mi pobreza, mi medicina en mis enfermedades, mi consuelo en mis lágrimas; Vos, que sois mi refugio en mis miserias, y la esperanza de mi salvación, oíd mis ruegos, apiadaos de mí cual conviene a la Madre de un Dios que tanto ama a los hombres. Concededme todo cuanto os pido. Vos, que sois nuestra defensa y alegría. Haced que sea digno de gozar con Vos aquella felicidad que gozáis en el Cielo. Sí, Señora mía, mi refugio, mi vida, mi auxilio, mi defensa, mi fortaleza, mi alegría, mi esperanza; haced que me reúna con Vos en el Paraíso. Yo sé que siendo Vos la Madre de Dios, si queréis, podéis obtenerme esta gracia. ¡Oh María! Vos sois omnipotente para salvar a los pecadores y no necesitáis recomendación alguna, porque sois la Madre de la verdadera vida.

DEL ABAD CELENSE, LLAMADO EL IDIOTA — Atraedme en pos de Vos, oh Virgen María, para que yo corra tras el olor de vuestros

perfumes. Atraedme, pues me hallo detenido por el peso de mis pecados y la malicia de mis enemigos. Así como nadie se presenta a vuestro Hijo, si el divino Padre no le atrae, así también me atrevo a decir en cierto modo que nadie va a Él si Vos no le atraéis con vuestros santos ruegos. Vos sois la que enseñáis la verdadera sabiduría. Vos la que alcanzáis las gracias a los pecadores, porque sois su abogada. Vos prometéis la gloria a los que os honran, porque sois la tesorera de las misericordias.

Vos habéis hallado gracia en presencia de Dios, oh Virgen dulcísima, porque fuisteis preservada del pecado original, llena del Espíritu Santo, y concebisteis al Hijo de Dios. Habéis recibido todas estas gracias, oh humildísima María, no sólo para Vos, sino también para nosotros, a fin de que nos asistáis en todas nuestras necesidades. Esto es lo que ya hacéis socorriendo a los buenos, conservándoles en la gracia y preparando a los pecadores para recibir la divina misericordia. Vos auxiliáis a los moribundos, protegiéndoles contra las asechanzas del demonio, y les ayudáis aun en su último trance, recibiendo sus almas y conduciéndolas al reino de los bienaventurados.

DE SAN METODIO. — Vuestro nombre, oh Madre de Dios, está lleno de todas las gracias y bendiciones divinas, Vos habéis llevado en vuestro seno al que es incomprensible, y alimentado al que alimenta a todo el universo. El que llena el Cielo y la tierra, el Señor del mundo, ha querido seros deudor, por haberle Vos revestido de la carne humana que antes no tenía. Regocijaos, oh Madre, oh sierva de Dios, pues tenéis por deudor al que da el ser a todas las criaturas. Nosotros somos todos deudores a Dios, pero Dios es deudor vuestro. Así es, oh santísima Madre del Salvador, que vuestra bondad y vuestra caridad exceden a las de todos los otros Santos, y que en el Cielo podéis más que todos ellos cerca de Dios, porque sois su Madre. ¡Ah!, nosotros, que celebramos vuestras glorias y comprendemos cuán excelsa es vuestra bondad, os suplicamos que os acordéis de nosotros y de nuestras miserias.

DE SAN JUAN DAMASCENO. — Yo os saludo, oh María, a Vos, esperanza de los cristianos: recibid la súplica de un pecador que os ama tiernamente, que os honra de un modo especial, y pone en Vos toda la esperanza de su salvación. De Vos tengo la vida: Vos me

restablecéis en la gracia de vuestro Hijo, Vos sois la prenda cierta de mi salvación. Os suplico, pues, que me libréis del grave peso de mis pecados; disipad las tinieblas de mi entendimiento, alejad de mi corazón los afectos terrenos, reprimid las tentaciones de mis enemigos, y dirigid mi vida de modo que por vuestro medio, y teniéndos por guía, pueda llegar a la eterna felicidad del Paraíso.

DE SAN ANDRÉS DE CANDÍA. — Os saludo, oh llena de gracia, el Señor es con Vos. Os saludo, oh instrumento de nuestra alegría, ya que por Vos la sentencia de nuestra condenación fue revocada y cambiada en juicio de bendición. Os saludo, oh templo de la gloria de Dios, casa sagrada del Rey de la gloria: Vos sois la reconciliadora de Dios con los hombres. Os saludo, oh Madre de nuestra alegría: verdaderamente sois Vos bendita, porque entre todas las mujeres fuisteis hallada digna de ser Madre de vuestro Criador. Todas las naciones os llaman bienaventurada.

¡Oh María!, si en Vos pongo mi confianza, seré salvo; si me hallare bajo vuestra protección, nada he de temer; porque ser vuestro devoto es tener armas ciertas de salvación, las que Dios sólo concede a los que quiere sean salvos.

¡Oh Madre de misericordia!, aplacad a vuestro Hijo. Mientras permanecisteis en la tierra sólo ocupabais una mínima parte de ella; mas ahora que estáis exaltada en lo más alto de los Cielos, todo el mundo os considera como el propiciatorio común de todas las naciones. Os suplicamos, pues, oh Virgen santa, que nos concedáis el auxilio de vuestras súplicas para con Dios: súplicas que nos son más gratas y preciosas que todos los tesoros de la tierra; súplicas que nos hacen a Dios propicio, y nos obtienen abundancia de gracias para recibir el perdón y practicar la virtud; súplicas que inutilizan el furor de nuestros enemigos, confunden sus designios y triunfan de sus esfuerzos.

DE SAN ILDEFONSO. — A Vos vengo, oh Madre de Dios, para suplicaros que me alcancéis el perdón de mis pecados, y me purifiquéis de todas las faltas que he cometido. Os ruego que me concedáis la gracia de que me una afectuosamente a vuestro Hijo y a Vos: a vuestro Hijo, como a mi Dios, y a Vos, como a la Madre de mi Salvador.

DE SAN ATANASIO. — Acoged, oh Virgen Santísima, nuestras



súplicas, y acordaos de nosotros. Dispensadnos los dones de vuestras riquezas y de la abundancia de las gracias de que estáis llena. El Arcángel os saluda y os llama llena de gracia. Todas las naciones os llaman bienaventurada, todas las jerarquías del Cielo os bendicen, y nosotros, que pertenecemos a la jerarquía terrestre, os decimos también: Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo; ruega por nosotros, oh Madre de Dios, Nuestra Señora y nuestra Reina.

DE SAN ANSELMO. — Os rogamos, oh Santísima Señora, por el favor que Dios os ha hecho de exaltaros tanto, y de que con Él todas las cosas os sean posibles, hagáis que la plenitud de la gracia que merecisteis nos haga partícipes de vuestra gloria. Afanaos, oh misericordiosísima Señora, en procurarnos el bien por el cual Dios se dignó hacerse hombre en vuestro casto seno. Oíd benigna nuestras súplicas. Si os dignáis rogar a vuestro Hijo, Él al punto nos escuchará. Basta que Vos queráis salvarnos para que infaliblemente nos salvemos. ¿Quién podrá cerrar las entrañas de vuestra misericordia? Si no os apiadáis de nosotros, siendo la Madre de la misericordia, ¿cuál será nuestra suerte cuando venga vuestro Hijo a juzgarnos?

Socorrednos pues, oh piadosísima Señora, sin atender a la multitud de nuestros pecados. Considerar que nuestro Criador ha tomado carne humana en Vos, no para condenar a los pecadores, sino para salvarles. Si no hubieseis sido elegida por Madre de Dios más que en beneficio vuestro, entonces pudiera decirse que poco os importa que nos salvemos o condenemos; mas no, que si Dios se revistió de vuestra carne, lo hizo no menos por vuestra salvación que por la de todos los hombres. ¿De qué nos servirían vuestro poder y vuestra gloria, si no nos hicieseis partícipes de vuestra felicidad? Ayudadnos y protegednos; pues no ignoráis cuánto necesitamos de vuestro auxilio. Nosotros nos encomendamos a Vos; haced que no nos condenemos, sino que sirvamos y amemos eternamente a vuestro Hijo Jesucristo.

DE SAN PEDRO DAMIÁN. — Santa Virgen, Madre de Dios, socorred a los que imploran vuestro auxilio. Volved vuestros ojos hacia nosotros. ¿Acaso por haber sido unida a la Divinidad ya no os acordaríais de los hombres? ¡Ah!, no por cierto. Vos sabéis en qué peligros nos habéis dejado, y el estado miserable de vuestros siervos;



no es propio de vuestra gran misericordia el olvidarse de una tan grande miseria como la nuestra. Emplead en nuestro favor vuestro valimiento, porque el que es Omnipotente os ha dado la omnipotencia en el Cielo y en la tierra. Nada os es imposible, pues podéis infundir aliento a los más desesperados para esperar la salvación. Cuanto más poderosa sois, tanto más misericordiosa debéis ser.

Ayudadnos también con vuestro amor. Yo sé, Señora mía, que sois sumamente benigna, y que nos amáis con un afecto al que ningún otro aventaja. ¡Cuántas veces habéis aplacado la cólera de nuestro Juez en el instante en que iba a castigarnos! Todos los tesoros de la misericordia de Dios se hallan en vuestras manos. ¡Ah!, no ceséis jamás de colmarnos de beneficios. Vos sólo buscáis la ocasión de salvar a todos los miserables, y de derramar sobre ellos vuestra misericordia, porque vuestra gloria es mayor cuando por vuestra intercesión los penitentes son perdonados, y los que lo han sido entran en el Cielo. Ayudadnos, pues, a fin de que podamos veros en el Paraíso, ya que la mayor gloria a que podemos aspirar consiste en veros, después de Dios, en amaros y en estar bajo vuestra protección. ¡Ah!, oídnos, Señora, ya que vuestro Hijo quiere honraros concediéndoo todo cuanto le pidáis.

DE SAN GUILLERMO. OBISPO DE PARÍS. — ¡Oh Madre de Dios! A Vos acudo, y os suplico que no me desechéis, ya que toda la comunión de los fieles os titula y proclama Madre de misericordia. De tal manera Vos sois amada de Dios, que siempre os escucha; vuestra piedad jamás ha faltado a ninguno; vuestra dulce afabilidad no ha rechazado nunca a pecador alguno por grande que fuera su crimen, si se ha encomendado a Vos. ¿Por ventura la Iglesia en vano os llamaría su abogada y el refugio de los miserables? Dios no permite que mis culpas os impidan ejercer el grande oficio de piedad que se os ha confiado en calidad de abogada y mediadora de paz, única esperanza y refugio seguro de los desdichados. Dios no permita que su Santísima Madre, la cual dio a luz la fuente de misericordia por la salvación de todo el mundo, rechace a ninguno de los miserables que acudan a ella. Vuestro oficio es el de reconciliadora entre Dios y los hombres; socorredme, pues, con vuestra inagotable misericordia, que es mucho mayor que todos mis pecados.

DE SANTO TOMÁS DE AQUINO. — ¡Oh beatísima y dulcísima

Virgen María, llena de misericordia!, yo recomiendo a vuestra piedad mi alma, mi cuerpo, mis pensamientos, mis obras, mi vida y mi muerte. ¡Oh Señora mía!, ayudadme y confortadme contra las asechanzas del demonio; alcanzadme el verdadero y perfecto amor, con el cual ame de todo mi corazón a vuestro muy querido Hijo y Señor mío Jesucristo; y después de Él os ame a Vos sobre todas las cosas. ¡Oh Reina y Madre mía!, con vuestra poderosísima intercepción, haced que permanezca siempre en mí este amor hasta la muerte, después de la cual sea yo por Vos conducido a la patria de los bienaventurados.

DE SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. — Santísima Virgen inmaculada, oh Madre mía, María, a Vos, que sois la Madre de mi Señor, la Reina del mundo, la abogada, la esperanza y refugio de los pecadores, acudo yo hoy, el más miserable de todos. Yo os adoro, oh excelsa Reina, y os doy gracias por tantos favores como me habéis dispensado hasta el presente, especialmente por haberme librado del infierno, que tantas veces he merecido. Yo os amo, amabilísima Señora, y por el afecto que os profeso, protesto que quiero amaros siempre, y que haré todo lo posible a fin de que todos los demás os amen. En Vos pongo todas mis esperanzas, toda mi salvación; admitidme por vuestro siervo, y acogedme bajo vuestro manto, Madre de misericordia. Y ya que sois tan poderosa con Dios, libradme de todas las tentaciones, o más bien alcanzadme la fortaleza necesaria para vencerlas hasta la muerte. A Vos pido el verdadero amor de Jesucristo, y espero que me procuréis una buena muerte. Madre mía, por el amor que tenéis a Dios, os suplico que me ayudéis siempre, pero principalmente en los últimos momentos de mi vida. No me abandonéis hasta que me veáis salvo en el Cielo para bendeciros y cantar vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén. Así lo espero. Así sea.

## INDICE

|                                         |    |
|-----------------------------------------|----|
| NOTA DE LOS EDITORES .....              | 7  |
| ADVERTENCIA EDITORIAL .....             | 9  |
| SÚPLICA DEL AUTOR A JESÚS Y MARÍA ..... | 13 |
| INTRODUCCIÓN .....                      | 17 |

### EXPLICACIÓN DE LA SALVE REGINA.

|                                                                                        |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------|----|
| CAPÍTULO PRIMERO. — <i>Dios te salve, Reina y Madre de misericordia</i> .....          | 25 |
| 1.º De la confianza que debemos tener en la Virgen por ser Reina de misericordia ..... | 25 |
| 2.º Que debemos tener mayor confianza en la Virgen María por ser nuestra Madre .....   | 35 |
| 3.º Del grande amor que nuestra Madre nos tiene .....                                  | 44 |
| 4.º María también es Madre de los pecadores arrepentidos .....                         | 58 |
| CAPÍTULO II. — <i>Vida y dulzura</i> .....                                             | 69 |
| 1.º María es vida nuestra, porque nos alcanza el perdón de los pecados .....           | 69 |
| 2.º La Virgen también es nuestra vida, porque nos obtiene la perseverancia .....       | 76 |
| 3.º María hace dulce la muerte a sus devotos ..                                        | 84 |

|                                                                                                            |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPÍTULO III. — <i>Esperanza nuestra</i> .....                                                             | 97  |
| 1.º María es esperanza de todos .....                                                                      | 97  |
| 2.º María es la esperanza de los pecadores .....                                                           | 106 |
| CAPÍTULO IV. — <i>A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva</i> .....                                     | 117 |
| 1.º María ayuda prontamente a todos los que la invocan .....                                               | 117 |
| 2.º Poder de María contra las tentaciones .....                                                            | 125 |
| CAPÍTULO V. — <i>A Ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas</i> .....                   | 135 |
| 1.º Cuán necesaria sea para salvarnos la intercesión de nuestra Señora .....                               | 135 |
| 2.º Prosigue la misma materia .....                                                                        | 147 |
| CAPÍTULO VI. — <i>Ea, pues, Señora, abogada nuestra</i> ...                                                | 159 |
| 1.º María es nuestra abogada, y tiene poder para salvarnos a todos .....                                   | 159 |
| 2.º María es abogada compasiva, y no rehúsa defender la causa de ningún desvalido ...                      | 168 |
| 3.º María hace las paces entre Dios y los hombres                                                          | 176 |
| CAPÍTULO VII. — <i>Vuelve a nosotros esos tus misericordiosos</i> .....                                    | 187 |
| Párrafo único. — María Santísima mira con gran compasión nuestras miserias para remediarlas .....          | 187 |
| CAPÍTULO VIII. — <i>Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre</i> ..... | 197 |
| 1.º María libra del infierno a sus devotos .....                                                           | 197 |
| 2.º María alivia a los suyos las penas del purgatorio y los saca de ellas .....                            | 206 |
| 3.º María lleva sus siervos a la gloria .....                                                              | 212 |

|                                                                                   |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPÍTULO IX. — <i>¡Oh clemente! ¡Oh piadosa!</i> . . . . .                        | 223 |
| Párrafo único. — Cuán grande sea la clemencia y<br>piedad de María . . . . .      | 223 |
| CAPÍTULO X. — <i>¡Oh dulce Virgen María!</i> . . . . .                            | 233 |
| Párrafo único. — El nombre de María es dulcísimo<br>en vida y en muerte . . . . . | 233 |
| ORACIONES MUY DEVOTAS . . . . .                                                   | 245 |